LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

21 MAYO 1941



número:

CRIMEN DEL CINEMATOGRAFO

policial de ROBERT THERRY SHANNON.

ONOR ... de LEONIDAS ANDREIEV

LA MASCARA DE LA MUERTE ROJA

historia extraordinaria de EDGAR ALLAN POE.

BIROUK relato de IVAN TURGUENEF.

HOMBRES CONTRA SAURIOS

crónica sobre aborígenes australianos.


LO QUE ANTES COSTABA MAS DE $1000
A H O R A
AL CONTADO
DIRECTAMENTE EN LA FABRICA
A MENOS de UNA SEXTA PARTE



LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.

ESMERALDA 116
U.T. 34 - 4067 - Buenos Aires

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 78.920

AÑO VIII ★ N.º 166 ★ 21 MAYO 1941

Sumario

Págs.

UNA OBRA FAMOSA:

CUENTOS Y VARIEDADES LITERARIAS:

CRONICAS:

REPORTAJES:

ARTICULOS Y NOTAS:

SECCIONES:

NOTAS GRAFICAS:

Ilustraciones de **Bernabó, Raúl Valencia, Fairhurst, Luis Nex** y **Domingo Villafañe.** Fotografías de **Angel Castellano, Pedro Conesa, Julio Podestá** y **Florencio Romero.**

En el próximo número, una obra famosa:

AVENTURAS DE UN NOVELISTA
por **Alejandro Dumas.**

Una novela policial:

EL DRAMA DE MARSDON MANOV
por **Agatha Christie.**

Y un cuento célebre:

EN LA BAHIA DE YEDDO
por **Jack London.**

LAS PIERNAS Y LOS FOTOGRAFOS es el título de la curiosa nota gráfica que se publica en la página 22 del presente número, y a la cual corresponde esta sugestiva foto de la celebrada artista cinematográfica Marlene Dietrich.

"Extrajo un puñal, y ya había llegado a unos tres o cuatro pies del sombrío personaje, cuando éste se dió vuelta de pronto y enfrentó a su perseguidor..." (Del cuento "La máscara de la Muerte Roja", de Allan Poe, página 47).





He aquí un salto espectacular y acrobático de Carmen D'Antonio, que pone de manifiesto su agilidad y su aire salvaje.

↓ De la cocina al tablado... Carmen D'Antonio prepara pa
Y su famosa mixtura a base de huevos, aceite y perfum

Las danzas terribles

Extravagante cultora de una danza exótica y llamativa, Carmen D'Antonio domina a la perfección la pantomima efectista y el gesto espectacular, que hacen cada noche las delicias de los concurrentes a uno de los más famosos "cabarets" nocturnos del Broadway neoyorquino. Su truculenta creación es una mezcla de baile guerrero de los indios sioux y rito pagano de los salvajes de la Polinesia, aderezado todo con una buena dosis de... perfumada mayonesa. Así como suena, porque Carmen, que actúa bajo la luz de los reflectores, se unta el cuerpo con una mixtura de huevos, aceite y perfumes "inventada" por ella y que, según afirma, le da mayor flexibilidad y soltura en los movimientos y comunica a su cuerpo un brillo inusitado. La presente nota gráfica la muestra preparándose para entrar a escena, y también, en dos de sus más espectaculares creaciones.



Ya caracterizada con su brevísima vestimenta y su penacho de plumas, se unta el cuerpo con aceite.



Los toques finales antes de actuar. Plumas, pulseras y un extraño fetiche constituyen los adornos de la artista.

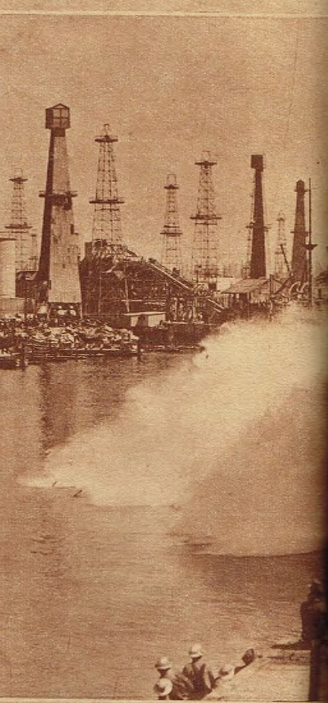


Después de cada función, Carmen debe permanecer media hora bajo la ducha, para sacarse la untura.

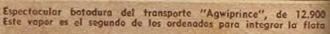
"Terrible" y "feroz", este truculento gesto de la bailarina armoniza perfectamente con sus violentas contorsiones.

Noticiario

Dos hermosas bañistas jugando a "Yendo a Hollywood", el curioso entretenimiento puesto actualmente de moda en California, mientras toman el sol frente al mar en las hermosas playas de Venecia.



Espectacular botadura del transporte "Agwiprince", de 12.900
Este vapor es el segundo de los ordenados para integrar la flota



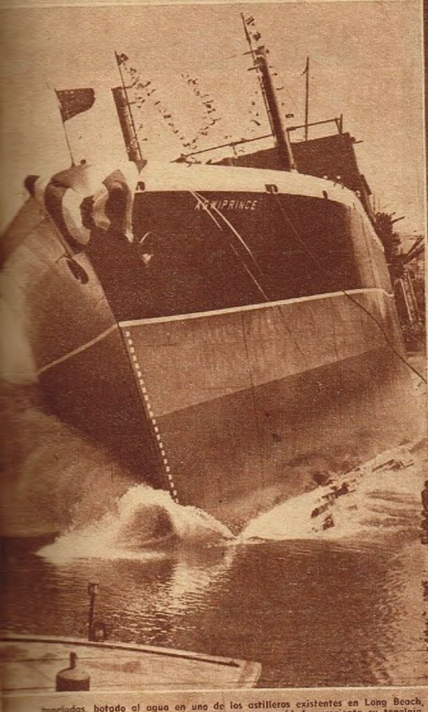
Ruth Caro, a la izquierda, integrante del equipo de rugby de Newport, aparece en esta fotografía junto a su compañera Nancy Drew, a quien ayuda a colocarse unas grandes esponjas protectoras del busto.

Este caballito de madera, muestra de una estancia de Virginia, parece emular al "de verdad", que aparece en la otra página.





norteamericano



toneladas, botado al agua en uno de los astilleros existentes en Long Beach, mercante norteamericana, que, con esta nuevo unidad, acrecienta su tonelaje.

Darla Hood y "Azabache", dos componentes de "La pandilla", juegan al golf, en los links de Hollywood, mientras esperan turno para entrar a filmar.





El capitán Armando Fernández, del equipo militar chileno de equitación, sorprendido durante un difícil salto, en los últimos concursos hípicos internacionales celebrados en Nueva York.



Sin compá

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS,

LA FOTO CURIOSA

Paz sobre la tierra...

NO CREIA

Se hablaba de espiritismo en un animado núcleo de concurrentes a cierta aristocrática fiesta celebrada hace un par de años en París, y del que formaba parte un conocido cirujano francés, cuyo lema, "curarse o morir", lo ha hecho popular en su país. De pronto, una dama de avanzada edad se vuelve hacia él y le pregunta:

—¿Usted cree en las apariciones, doctor?

—¡En absoluto, señora! De otro modo ya habría cambiado de profesión — responde muy serio el aludido.

EL ESCULTOR Y LA ESTRELLA

Verónica Lake se llama la escultural estrella del cine norteamericano que posa aquí para Yucca Salamunich, quien ha terminado casi la estatua de esta rubia beldad, que será obsequiada a los cadetes de aviación, de Randolph Scott, por su cooperación en un film de aeronáutica. Aunque están a muchos miles de kilómetros de distancia unos de otros, tanto aquéllos como los lectores convendrán, sin la menor vacilación, en que sería mucho mejor el original que la estatua; pero, a falta de pan...

LINEAS HELADAS...

Curiosa perspectiva obtenida en un camino de Brooklawn, Nueva York, que muestra los desperfectos ocasionados en las líneas telefónicas por una fuerte tormenta de nieve. Sin duda que ese día las conversaciones telefónicas amorosas fueron sumamente frías...

LAS ENFERMERAS TERRIBLES

—Es ese joven millonario soltero que llegó esta mañana al sanatorio para someterse a una cura de reposo.

TRES LAUDES...

Si alguien leyera que un laúd tocaba el laúd sobre un laúd, se quedaría asombrado. Sin embargo, gramaticalmente puede ser cierto, aunque la tortuga no sea capaz de tocar un instrumento de cuerda... Laúd, en efecto, significa tortuga marina de gran tamaño y caparazón coriácea, instrumento de cuerda del género de la cítara, y embarcación pequeña, a vela, usada en el Mediterráneo.

Las patas del cangrejo

El cangrejo tiene la propiedad de desprender cualquiera de sus miembros por la articulación que los une al cuerpo. Si se lo toma por una pata, por ejemplo, forcejea un instante, pero al no poder librarse, despega el miembro con un seco chasquido y se aleja tranquilamente, dejando la pata en manos de su captor. La pata vuelve a crecer al cabo de cierto tiempo. ¡Si pudieran hacer lo mismo muchos hombres, en ciertos trances!...

ESTABA ACERTANDO

El hombre, todo vendado y lleno de moretones, estaba ante el tribunal pidiendo el divorcio.

—Mi esposa es una mala mujer, señor; desde nuestro casamiento no ha hecho más que tirarme con la vajilla, cada vez que disputamos — le decía al juez.

—¿Y recién ahora, después de diez años de matrimonio, pide usted el divorcio?

—Es que ahora comienza a tirármela con puntería, señor.

LO QUE SE DICE

La conocí hace treinta... kilos

JACK LONDON

Epigrama

¿Por qué amor es ciego, madre,
y nos le pintan vendado?
—Ve, pregúntalo a tu padre,
Que está mejor enterado.

Francisco de Queved

SITUACION COMPROMETIDA

Esta rubia y hermosa chiquilla no ha podido decidirse, al parecer, entre prestar atención a los llamados de su mamá, a su pantaloncito, que se está deslizando peligrosamente, o a su amiguito el cachorro, culpable de su situación. Una situación bastante comprometida, que lo sería mucho más si se le presentara a su traviesa protagonista de aquí a veinte años.

ni·ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS



EL AEROLITO MAS GRANDE

El más grande de los aerolitos conocidos es el que descubrió el teniente Peary, en el cabo York. El "Ahnighto", como se le llama, mide tres metros y medio de largo y otro tanto de ancho, pesando más de cien toneladas.



LOS TIEMPOS CAMBIAN

En el año 1492 Cristóbal Colón efectuaba el primer viaje a América con sus carabelas: la "Santa María", la "Pinta" y la "Niña", tardando casi tres meses en la travesía. Hoy, los formidables "Clippers", pájaros mecánicos inventados por el hombre, hacen la travesía en menos de veinticuatro horas, y el último de ellos, ya casi terminado, tiene 64,6 metros de ala, contra 22,5 metros de eslora, que medía la primera de las carabelas mencionadas, la mayor de las tres.

EL SOMBRERO Y LAS ESTACIONES

En China, cuando la primavera sucede al invierno, los gobernadores de las distintas provincias cambian de gorro, adoptando uno de género más liviano y, generalmente, de colores vivos. Tal cambio se anuncia oficialmente, para que sus subalternos substituyan también los suyos, de acuerdo al de su señor y amo.



HADA MODERNA

Está visto que el modernismo lo revoluciona y lo transforma todo, hasta las hadas; y no es cosa de ponerse a negar sus beneficios ante esta edición moderna del "hada primavera", cuyo nombre terreno es Joan Leslie. ¡Qué fácil sería para algunos incrédulos creer en ellas, si todas las hadas fueran así!...

DESEO EXPLICABLE

Toda la Francia literaria vistió de luto el año pasado, a la muerte del gran Berry Wall, el célebre francés de adopción, que no dejaba París sino para ir hasta Montecarlo. En Montmartre eran populares su amplia corbata blanca, su cuello postizo y su aspecto físico. Todo el mundo sabía que "Le pere" Wall, como le decían sus amigos, tenía un corazón de oro, aunque algunas veces sus respuestas fueran punzantes. En cierta ocasión en que se hallaba en un concierto de piano, por ejemplo, respondió a quien le decía que "lo que la concertista hacía era muy difícil":

—¡Ojalá fuera imposible!

TREINTA DIAS DESPUES

Sólo hay un mes de diferencia entre las fechas en que fueron tomadas estas dos fotos. La primera, antes del 3 de septiembre de 1939; la segunda, después de esa fecha. Existe la misma aparente calma en las dos, pero unas cuantas máscaras hacen la diferencia. Y no son, precisamente, máscaras de carnaval...

Epitafio

Muriendo, quien yace aquí,
de sí mismo murmuró;
pues sólo se confesó
para decir mal de sí.

Anónimo



BOTAS DE SIETE LEGUAS

Este gigantesco personaje, que se halla equipado con objetos tan dispares como un casco de guerra, un balde, una manguera y un inflador, sin duda se ha puesto las legendarias botas de siete leguas, para poder caminar tan tranquilamente sobre las casas de una aldea inglesa, con descomunales pasos que alcanzan de una a otra manzana... La realidad, sin embargo, es que se trata de una aldea en miniatura, y su constructor y propietario se halla vigilando algún posible incendio. Cosas de la fotografía... y del fotógrafo.

PLANCHA



—Le pasé su ta a la cancion ta, señor, y d que acepta la vitación, siemp que usted lu zaforse de su m do, es decir, de m

ESQUI sin nieve

1 Estos esquiadores se disponen a partir... ¡con tres pares de esquís en el auto! No les importa que sea verano, porque no necesitan nieve. Sigámoslos y lo podremos comprobar.

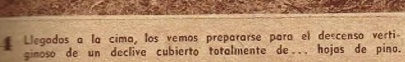
EN Norteamérica, en el Estado de New Hampshire, los estadounidenses, esos creadores de lo inverosímil, han encontrado la manera de practicar, en pleno verano, el alpino e invernal deporte del esquí. No es que les hayan colocado ruedas a los esquís, como se hace con los patines; estos esquís veraniegos no ruedan por sobre pistas especiales circunscriptas a unos pocos metros cuadrados preparados costosamente, sino que, en verdad, resbalan por sobre extensos campos naturales, y descendiendo por los declives de suaves colinas, a grandes velocidades, recorren paisajes de maravillosa hermosura. Pero la técnica de esta nueva e inusitada manera de practicar el esquí es igual que la del que ya conocíamos. La única diferencia que existe radica en esto: que el invernal se realiza sobre la nieve, y, el estival, sobre las hojas secas de los pinos, caídas durante el invierno, y otras de los pinos volteados para cubrir los claros donde no las había. Esta es, pues, la clave del inusitado deporte.

2 Se han detenido en una gran región de pinos, calzáronse los esquís y han comenzado la ascención de la cuesta, como si fuera por sobre la nieve.

3 A veces se dan vuelta para calcular distancias y descansar. El piso de hojas de pino, que cubre el suelo, es tan resbaladizo como el de nieve.







4 Llegados a la cima, los vemos prepararse para el descenso vertiginoso de un declive cubierto totalmente de... hojas de pino.

5 El esquiador, en plena carrera, salta un obstáculo. Para hacerlo, tuvo que apoyarse en sus bastones, maniobra que no se realiza en la nieve.

6 He aquí algo que podríamos llamar una variante del "telemac" que se practica sobre la nieve para frenar de golpe el impulso que se lleva.





—¿Cuántas películas ha filmado usted hasta ahora?
—Fuí protagonista de ocho producciones en Hollywood, y en España filmé "El penado 113", película en la que me dirigí a mí mismo, al desempeñar la doble función de actor y director. Por cierto que tropecé entonces con una dificultad inesperada: cuando me ponía en trance de director, criticaba la acción del protagonista; pero como éste era yo mismo, puesto en su lugar, las cosas me parecían, naturalmente, muy bien; y así anduve siempre, durante el transcurso de la filmación, en eterna disputa conmigo mismo...



—¿Cuál es la anécdota más feliz que recuerda de su actuación cinematográfica?
—Cierta vez, en Hollywood, una dama me demandó por incumplimiento de promesa matrimonial. Filmaba yo entonces "Wu-Li-Chang", y el director mandó llamar a la joven.
"—¡Pero yo no la conozco a usted! — exclamé en cuanto la tuve delante.
"—¿Y usted quién es? — díjome ella.
"—¡Toma, ésta sí que es buena! Yo soy Ernesto Vilches.
"—¡Oh, no!; usted no me engaña. Ahora lo reconozco; usted es el criado de Ernesto.
"Y entonces se puso en descubierto que mi aprovechadito criado usaba mi nombre y apellido. Yo era él, y él era yo...



—Usted que ha vivido y filmado en los Estados Unidos y en otros países, ¿cuál es, según su criterio, el momento más importante de una película?
—Pregunta es ésa un tanto difícil de contestar, y aun creo que hay en ella una pizca de picardía de vuestra parte; pero, en fin, para salir del apuro, les diré que tengo para mí que son dos los momentos importantes de una película: el primero, el trascendental, cuando uno estampa su firma en el contrato; el segundo, cuando se va a cobrar los dividendos, sobre todo si éstos son abultados... Este..., y perdónenme si los he desilusionado con mis respuestas...



OCHO PREGUNTAS Y OCHO FOGONAZOS

Ernesto Vilches, el hombre que

ESTA ya en boca de todos que Buenos Aires vive de prisa. En nuestra capital, en efecto, se viaja de prisa, se come de prisa y también se lee de prisa. Por eso hoy, en el periodismo, el cronista gráfico se ha hecho compañero inseparable del reportero, y lo mismo que, no hace mucho, la máquina de escribir sustituyera a la estilográfica en manos del periodista, la cámara va reemplazando ahora a ésta en los reportajes, donde el gesto tiene para el público porteño — súbdito del apuro y esclavo del péndulo — más fuerza expresiva, más convicción y, sobre todo, más elocuencia que un par de apretadas carillas... que quizá no tiene tiempo para leer. Esta

—En su vida y en su carrera, ¿le han quedado algún deseo insatisfecho, algún propósito o idea que no haya podido realizar?
—Lo vivido, vivido está; de mis recuerdos y de mis... pecados, no me retractaría aunque pudiera. En el cinematógrafo, quizá sí, habría deseado que éste llegara a mí más temprano. La verdad es que me hubiera agradado ser galán de la pantalla para interpretar, con la heroína, ese final clásico a que se arriba siempre en todas las películas de amor. Pero el cine o yo llegamos demasiado tarde. En fin, ellos se lo perdieron...







—De todos los países en que actuó, ¿cuál ha dejado en usted más hondos recuerdos?

—Pues, verán ustedes; yo guardo de todos muy grata impresión y creo, sinceramente, que he sabido ver y gustar de las cosas. Puesto a decidir, creo que Francia, sin duda alguna, es el país que más me agradó; cómo que allí conocí a alguien que..., pero aguarden un momento, ahora recuerdo que en Cuba y también en Portugal... Vamos, que ustedes, con sus endiabladas preguntas, me harán decir lo que no quiero; en esta materia, preferiría no ser categórico. Mis recuerdos son muy buenos recuerdos, y no tienen, como pueden imaginarse, nombres masculinos. ¿Comprenden?

—¿Qué causa motiva su ausencia de las actividades teatrales porteñas?

—Pues, muy sencillo; entre el teatro actual y yo se interpone un mueble chino... No, no se alarmen, que les explicaré, o, mejor dicho, les relataré el caso: No hace mucho tiempo, mi empresario ofreció poner en escena "Disraeli" al señor Giácomo Contento. Este contestó, más o menos: "No, no lo quiero en mi teatro a Ernesto Vilches, porque si el libreto marca que hay que presentar un mueble chino, él es capaz de remover cielo y tierra para presentar el mueble chino". Conque así, ya ven... Para otros, es probable que eso sería una censura; yo, por el contrario, lo considero un elogio...

—¿Quisiera adelantarnos sus impresiones personales sobre la película "Embrujo"?

—Gustosamente; he prescindido de toda aspiración personal en el deseo de secundar la magnífica labor del doctor Enrique Susini y del poeta Pedro Miguel Obligado. Creo en las obras de conjunto y por ello he prestado al film mi más decidida colaboración. Estoy convencido de que será un éxito, y les aseguro firmemente que así lo deseo muy de veras, porque así lo merecen el esfuerzo de sus realizadores y el creciente auge adquirido por el cinematógrafo de este país.

FOTOGRAFIAS DE JULIO PODESTA

discutía con *Ernesto Vilches*

verdad cobra fuerza de argumento incontestable cuando el cronista debe entrevistar a un hombre que, como nuestro reporteado de hoy, el conocido actor Ernesto Vilches, une a su celebridad las dotes de su arte magnífico de intérprete consagrado de la escena teatral y de la pantalla cinematográfica.

El reportero le hizo ocho preguntas, rubricadas por otros tantos fogonazos del magnesio, y Vilches respondió a ellas con la palabra concisa y amena, que le confiere su clásico decir hispano de hombre de mundo, y con el gesto medido y expresivo, propio de un actor de sus quilates.

A una y otro les cedemos ya estas páginas.

—¿No le tienta a usted la dirección de las películas nacionales?

—¡Ah!, no me hablen de ello..., ya conocen ustedes la suerte que le cupo a "Una prueba de cariño". Quien sabe ganar, debe ser buen perdedor también, y reconozco sin reticencias que no tuvo éxito; la crítica, sin embargo, convino en que no contaba yo con elementos suficientes como para triunfar... Sí, quiero ser director en Buenos Aires; ya no puedo ser galán, pero, en cambio, me gustaría sobremanera poner todo el caudal de mi experiencia al servicio de quien se desempeñe en ese preciado papel, y entonces...; bueno, que las compatriotas de ustedes tienen muy bien ganada su fama de bonitas...

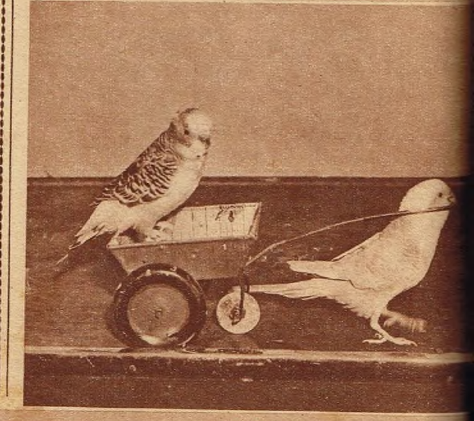
Los loros acróbatas



El primer número es el espectacular "trapecio volante", a cargo de "Alondra" y "Pico blanco", dos consumados acróbatas que presenta aquí el propietario del circo de loros, Jorge H. Berton.

Emplumados embajadores de una fiesta de alegría, los dos loritos de este circo, único en el mundo, disparan el cañón y levantan la bandera, para iniciar la función.

Una vuelta a la pista llevando triunfalmente a la "estrella" en un carro romano. Tres años de paciente labor fueron necesarios para amaestrar a estos animalitos.





Uno de los números más llamativos y que suele arrancar más aplausos: "Perico", el mago del equilibrio, camina por la cuerda floja, llevando una pequeña sombrilla. Esta prueba es fácil para él, acostumbrado a la percha...

Cierra el programa una convincente demostración del infaltable número de la foca equilibrista, a cargo también de "Perico", que demuestra así, con los variados números que realiza, sus grandes condiciones para el oficio.

Esta muchacha usa un traje de estilo torero, modernamente estilizado.

Andaluzas de California

Posar los ojos en esta serie gráfica y atribuir sus escenas a la España de la pandereta, gitana y pintoresca, es todo uno. Hay, ciertamente, en las facciones, en las cruces cristianas que adornan los cuellos de las mujeres, en el estilo de las vestimentas, en el clásico sombrero cordobés, en las mantillas, en el revuelo de la pollera de la bailarina y en los ojos negros el rasgo familiar y atractivo de la raza; mas, ¡oh, lector!, las que engalanan estas páginas son... norteamericanas.

El hecho tiene su explicación. Basta decir que se trata de escenas tomadas durante un día de fiesta en Santa Bárbara, ciudad costera californiana donde la tradición del origen español se cultiva aún entre sus habitantes. Y es éste un motivo más de atracción para los veraneantes de aquellas playas, célebres por la benignidad de su clima.

Patios andaluces, bailes españoles bajo el cielo de Norteamérica, pero no por alarde comercial o artístico, sino por natural impulso; tan natural como bailar un shimmy en Nueva York o un tango en Buenos Aires.

Una belleza de Santa Bárbara que no desmiente su origen español.

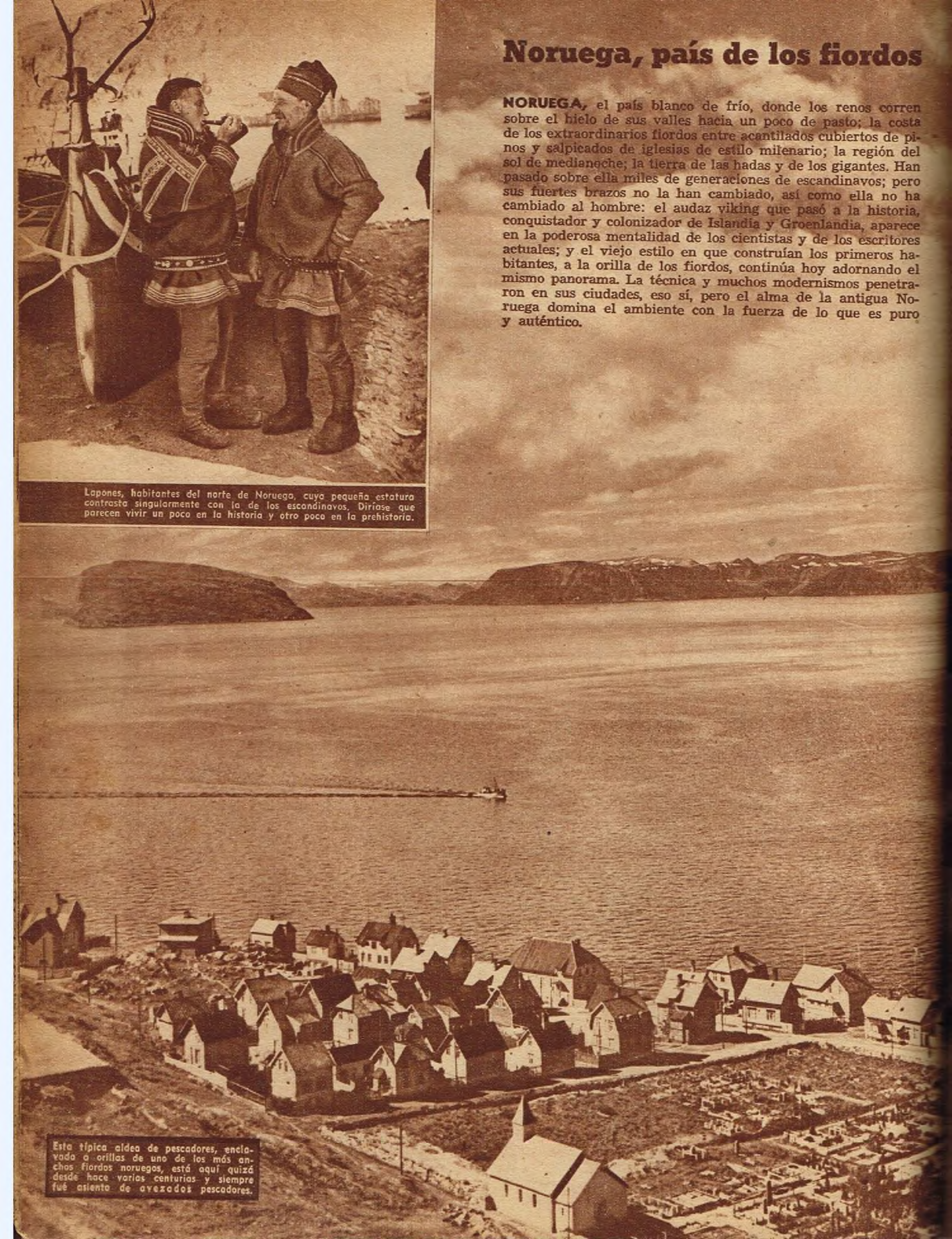
¿Gitanos de Andalucía? No. Muchachos de Santa Bárbara.



Las muchachas californianas gustan también lucir el sombrero cordobés.

Así ataviadas, van a las grandes fiestas las americanitas de Santa Bárbara.

¿Puede concebirse algo más español que esta bailarina... norteamericana?



Noruega, país de los fiordos

NORUEGA, el país blanco de frío, donde los renos corren sobre el hielo de sus valles hacia un poco de pasto; la costa de los extraordinarios fiordos entre acantilados cubiertos de pinos y salpicados de iglesias de estilo milenario; la región del sol de medianoche; la tierra de las hadas y de los gigantes. Han pasado sobre ella miles de generaciones de escandinavos; pero sus fuertes brazos no la han cambiado, así como ella no ha cambiado al hombre: el audaz viking que pasó a la historia, conquistador y colonizador de Islandia y Groenlandia, aparece en la poderosa mentalidad de los cientistas y de los escritores actuales; y el viejo estilo en que construían los primeros habitantes, a la orilla de los fiordos, continúa hoy adornando el mismo panorama. La técnica y muchos modernismos penetraron en sus ciudades, eso sí, pero el alma de la antigua Noruega domina el ambiente con la fuerza de lo que es puro y auténtico.

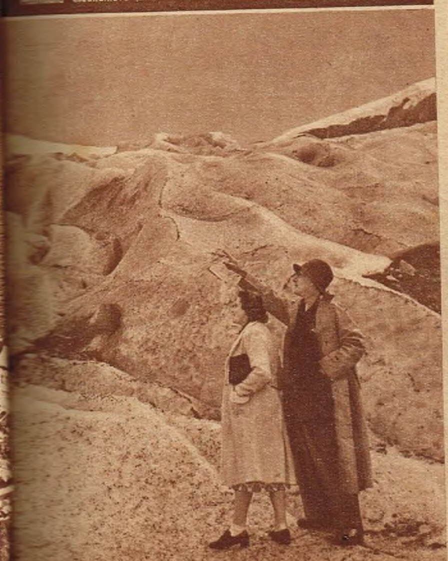
Lapones, habitantes del norte de Noruega, cuya pequeña estatura contrasta singularmente con la de los escandinavos. Diríase que parecen vivir un poco en la historia y otro poco en la prehistoria.

Esta típica aldea de pescadores, enclavada a orillas de uno de los más anchos fiordos noruegos, está aquí quizá desde hace varias centurias y siempre fué asiento de avezados pescadores.



Cobijado por altos acantilados coronados de nieve, y en los que las coníferas ponen una nota de vida, este fiordo recibe por su escotadura las plácidas aguas del Báltico. El que contempla esto tiene que pensar en refugios de hadas y gigantes.

Este terreno es la expresión máxima de la desolación. Numerosos hombres de ciencia han expresado que es en la vida dura y difícil de estos países de la Península escandinava donde el hombre ha alcanzado su máximo desarrollo.





..ES EL SABER!

No se desanime si usted no es rica o simplemente si sus medios no le permiten vivir con más confort y despreocupación! Estudie! Su inteligencia y su deseo de triunfar le ayudarán a adquirir conocimientos que pueden significar una FORTUNA!

Confíe en nuestros modernos y sencillos cursos de enseñanza por correo, que le permitirán aprender sin descuidar sus obligaciones actuales. Bien pronto usted estará en condiciones de mejorar su situación!

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

	TOTAL	POR MES		TOTAL	POR MES		TOTAL	POR MES
Corte y Confección	$ 25	$ 3 por mes	Corresponsal	$ 27	$ 6 por mes	Redac. y Ortografía	$ 29	$ 4 por mes
Labores	$ 25	$ 3 » »	Secretaria	$ 95	$ 10 » »	Aritmética	$ 29	$ 6 » »
Labores y Artes Decorativas	$ 32	$ 3 » »	Contadora General	$ 190	$ 10 » »	Taqui-mecanógrafa	$ 50	$ 10 » »
Cocina	$ 22	$ 3 » »	Taquigrafía	$ 32	$ 6 » »	Química Industrial	$ 120	$ 10 » »
Higiene y Belleza Femenina	$ 32	$ 4 » »	Mecanografía	$ 85	$ 5 » »	Prep. p/Id. Farmacia	$ 150	$ 10 » »
Teneduría de Libros	$ 45	$ 6 » »	Jefa Oficina	$ 100	$ 6 » »	Dibujo Artístico	$ 95	$ 6 » »
Contadora Mercantil	$ 170	$ 10 » »	Emp. de Comercio	$ 32	$ 7 » »	Dibujo Industrial	$ 105	$ 10 » »
Técnica en Argumentos del Cine Nacional	$ 170	$ 20 » »	Empleada Bancaria	$ 80	$ 6 » »	Avicultura	$ 45	$ 10 » »
			Caligrafía	$ 20	$ 3 » »	Horticultura y Jardinería	$ 45	$ 10 » »
			Publicidad	$ 135	$ 10 » »	Cajera	$ 31	$ 7 » »

IDIOMAS: Estudie con el modernísimo sistema "Fono-Maestro Argentino", de enseñanza por discos.

Obsequio: A cada alumna inscripta obsequiamos un "Diccionario Enciclopédico Castellano" o "La Farmacia en Casa" cuyo valor es $ 9.- y el lujoso "Carnet del Estudiante."

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "COMO LABRARSE UN PORVENIR" que le enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE ....

DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

L. 166



Esta anciana noruega se pasea con su oso blanco por las calles. Pero no
ta a nadie. Toda la fauna del Polo Norte es familiar en este país del

Los cazadores del norte de Noruega son los que deben soportar más duram
las inclemencias del clima, y con ellos sus hijos, para "hacerse hombr



Vista del más típico de los fiordos, situado en la costa sur de Noruega y que baña el Mar del Norte. El amplio camino que se ve en la fotografía de arriba, y que el objetivo captó en momentos en que lo transitaban estos pequeños carricoches, seguramente fué construído sobre el que abrieron los antiguos vikings, y representa uno de los avances que en materia vial logró el progreso en Noruega. La foto de abajo presenta a un viejo cazador mostrando las ramosas astas de un reno, que constituyó su más reciente trofeo, y que le brindan la oportunidad de poder demostrar, a pesar de sus años, su recia fortaleza. Entre estos hombres, la incapacidad para cazar llega en las postrimerías de su vida.

Las piernas y los fotógrafos



Como partes integrantes del cuerpo, simplemente útiles algunas veces, y espectacularmente atractivas otras, las piernas desempeñan un papel preponderante en muchas activi- des de la vida humana. Las fotos de esta nota gráfica, en las que el fotógrafo ha hecho derroche de habilidad con su cámara al lograr una serie de enfoques sugestivos e in- niosos, reúnen, para deleite del lector, algunos de los aspectos más interesantes de dichas actividades. Entre otros, el artístico, el deportivo y el inusitado. En esta página, p ejemplo, se ve, arriba, al jurado de un concurso de piernas hermosas en plena y agradable tarea. Abajo, a la izquierda, un sugestivo enfoque que convierte un par de p nas femeninas en dos torneadas columnas, y, a la derecha, al atleta Charles Atlas, el hombre más perfecto del mundo, luciendo, de espectacular manera, su envidiable físi

He aquí un par de piernas que no desmerecen en nada, por cierto, de los demás encantos de su dueña. Ella las luce satisfecha y orgullosa...

Cuando se trata de... lo que se ve en esta foto, el "marco" es de mucha importancia, y aquí el marco está constituído por un par de zapatos y unas medias de seda que hacen del conjunto un dechado de perfección.

Estas otras piernas, en cambio, que pertenecieron al gigante Robert Wadlow, son sencillamente inusitadas. Y grotescas, aunque la culpa, hasta cierto punto, la tiene el fotógrafo...



Cinco mil pares de piernas moviéndose al conju de un solo pensamiento: belleza física, No hay m cho ritmo, como es fácil apreciar, pero, en camb el entusiasmo y, sobre todo, los "resultados" puest de manifiesto por la profesora obran el milagr

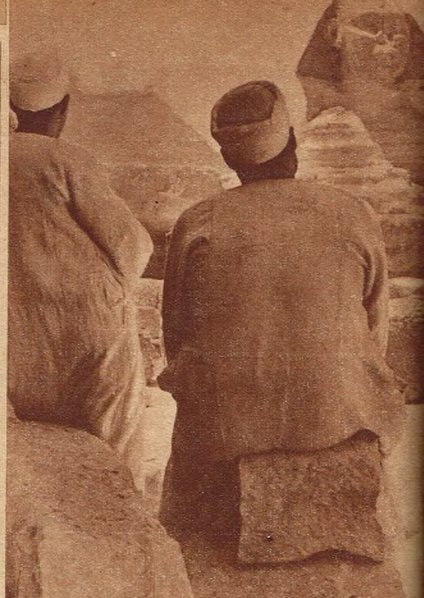






Aquí se lucen por igual ellas y el fotógrafo, aunque, claro está, por muy distintos motivos...

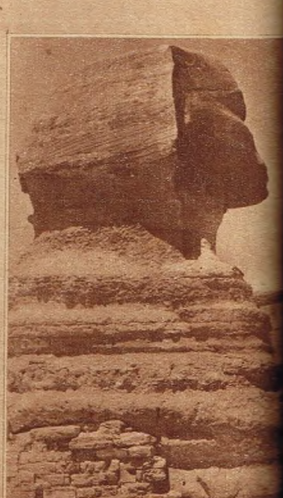
... grupo de hermosas bañistas soleándose en una ..., un fotógrafo oportunista con veleidades tea- ..., y en un santiamén quedó registrada la ins- ... En verdad que, ante tal magnífico resul- ... obtenido, vale la pena haber gastado una placa...



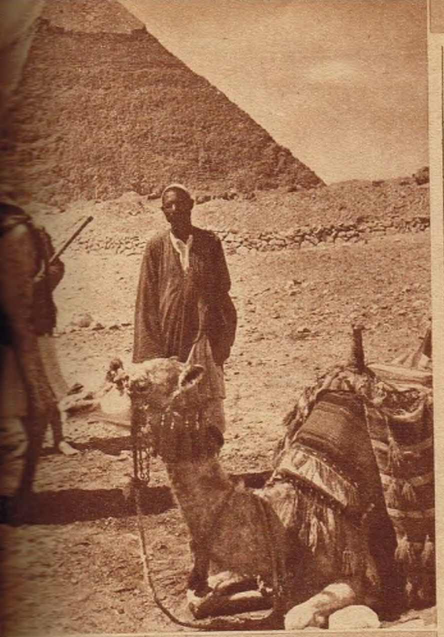
Viajando por la tierra legendaria de los faraones, la cámara registró cuatro magistrales enfoques, de los que parece surgir un hálito de leyenda y de misterio. El que aquí se ve es el de una pirámide y la Esfinge.



En la patria de

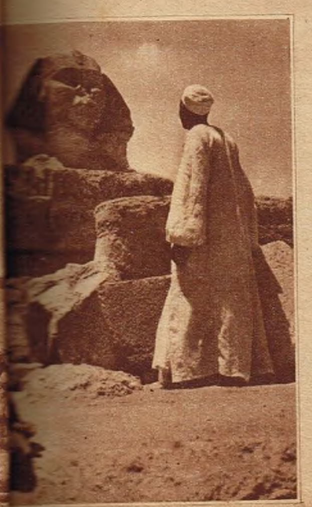


El perfil mutilado de la Esfinge evoca, en su inmutable pose, una larga fila de agobiados esclavos que gimen bajo el látigo, y el esplendor de aquellos antiquísimos adoradores del dios Osiris.



...los faraones

Agobiada por el peso de varios milenios, la tumba de Cheops yergue su pesada mole hacia la bóveda celeste, con cuyos astros guardan sus aristas sorprendentes relaciones astronómicas.



Hermosa vista frontal de la enigmática cabeza, cuyo secreto ha permanecido impenetrable a través de los siglos, y cuya construcción asombra, aún hoy, por la magnitud de la antiquísima obra.

El sexo débil...

1

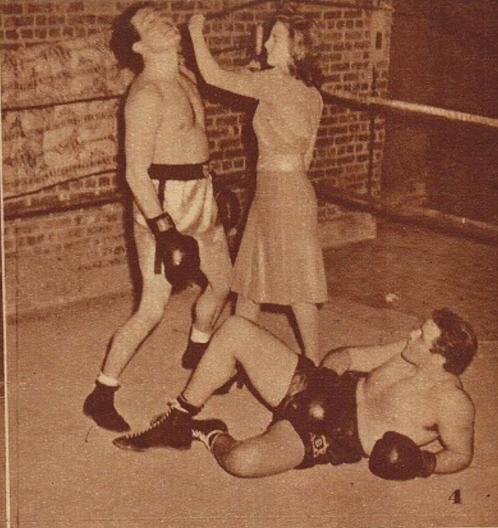
2

Esta risueña foto, que muestra a los conocidos hermanos Max y Buddy Baer disputándose las preferencias de una linda amiguita, olvidados de sus vínculos de familia, abre la presente y desopilante historia gráfica que ofrecemos al lector.

El árbitro era "ella", es decir, la encantadora Marjorie Lakewood, y ellos..., bu pero se explica, porque ¡como para acordarse de guardias, esquives y bloqueos con un ju tan.., maravilloso! Ambos quisieron arreglar su rivalidad a golpes y desoyeron las órde

Epílogo: una hija de Eva triunfante y dos hombres mareados, si no por sus puños, por su sonrisa, de la que nos da aquí una concluyente muestra, capaz de eso y mucho m





3 — [illegible] Marjorie, que por lo visto tiene su geniecito y toma las cosas muy en serio, le dió a Buddy, mediante una poderosa derecha, una terminante demostración de sus condiciones para el oficio, ante el regocijo de Max, que con ello se creyó favorecido.

4 — Y cuando éste se adelantaba ya muy sonriente para "entrar en clinch" con ella, la hermosa e irritada Marjorie lo recibió de la "afectuosa" manera que muestra la foto, y, ante la contundencia del argumentó, Max fué a hacerle compañía a su hermano.



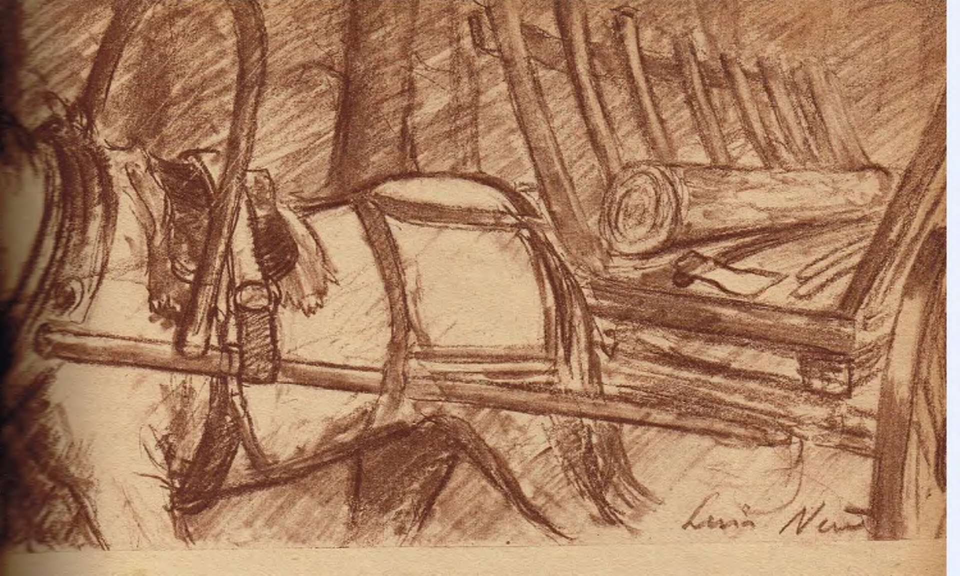
Un cuento de

IVAN TURGUENE

Birouk

ILUSTRACIONES DE LUIS NEU

REGRESABA de cazar, solo, en "dr
ka" (1). Aun faltaban ocho "verstas"
llegar a mi casa.
Con paso igual y rápido, mi excelente
gua hollaba el camino polvoriento, p
las orejas y de vez en cuando emitía u
lincho, sofocado de inmediato.
A medio paso de las ruedas de atrás
mi perro.
En el ambiente se preparaba una temp
Delante de mí, lentamente, se formaba
nube violácea, por encima del bosque;
pores grises llegaban flotando hacia mi;
hojas de los sauces se agitaban murmur
El calor, sofocante hasta aquel mom
fué sustituído por una frescura húmeda,
netrante.
Incité a la yegua, descendí el barranco,
cé el lecho desecado, cubierto de espin
al cabo de algunos minutos penetré e
bosque.
Reinaba oscuridad profunda, el camino
penteaba entre masas de nogales y avell
yo avanzaba al acaso.
Mi pequeño vehículo tropezaba contr
raigambre nudosa de tilos y encinas cen
rias, o bien se hundía en las huellas de
por los carros.
Comenzó a entrarle miedo a mi y
Sobre las hojas caían gotas de agua,



viento impetuoso, levantándose, vino a sumergirse en el bosque, ruidosamente. Un relámpago fulguró en el cielo y le siguió el estampido de un trueno.

A dos pasos de mí ya no veía; la lluvia se transformó en un verdadero torrente; que me obligó a contener la marcha; mi yegua se embarraba.

Me cobijé bajo un abrigo de follaje.

Con el rostro cubierto, encorvado, me armé de paciencia para esperar el final de la tormenta.

Al resplandor de un relámpago, en el camino, vislumbré a un hombre.

—¿Quién eres? — me interrogó con voz sonora.

—¿Y tú?

—Soy el guardabosque.

Y luego me di a conocer.

—¡Ah!, comprendo; ibais a vuestra casa.

—¡Qué tormenta! ¿Verdad?

—Es espantosa — replicó la voz.

Un relámpago amarillo, en ese momento, iluminó a mi interlocutor, y pude verlo claramente. Siguió un trueno al resplandor inesperado y la lluvia redobló.

—Tenemos para un buen rato — dijo el guardabosque.

—¿Y qué hago yo?

—¿Queréis que os conduzca a mi "isba"? (2)

—Con mucho gusto.

—Entonces subid a vuestra "drochka".

El guardabosque tomó mi yegua por la brida y arrancó el vehículo de la huella fangosa donde nos habíamos encajado.

Me así del almohadón del coche, que se balanceaba como un esquife en el mar borrascoso.

Resbalaba la yegua y a cada instante amenazaba caer... El guardabosque la estimulaba castigándola con el látigo, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Como un espectro avanzaba en la oscuridad, y luego de atravesado el bosque nos detuvo frente a su cabaña.

—Aquí es, mi amo.

En el patio se oyó ladrar a los perros.

Miré. Alcancé a ver, a la luz de los relámpagos, una pequeña "isba" en medio de un claro de césped.

El guardabosque, después de atar el animal a la reja, fué a llamar a la puerta. Un débil hilo de luz pasaba por una de las estrechas ventanas.

Percibí el precipitado caminar de unos pies descalzos, el picaporte giró y una chiquilla de doce años abrió la puerta.

—Alumbra al señor — le dijo mi guía —, mientras voy a guardar el coche en el galpón.

La muchacha levantó los ojos y me hizo seña de seguirla.

Una sola habitación baja, llena de humo y sin ningún tabique, constituía la choza del guarda.

Una vieja manta, desgarrada, colgaba del muro. Había un fusil y dos atados de trapo sobre un taburete. Triste y miserablemente, la claridad de una "loutchina" (3) alumbraba este interior.

En medio de la habitación estaba sujeta una cuna mediante una larga percha. La niña, después de apagar la linterna, se sentó en un banquito; cambió la "loutchina" y se puso a mecer la cunita con suave balanceo.

Observé, con el corazón oprimido, semejante cuadro. Sólo la respiración ansiosa de la criatura dormida alteraba el silencio sepulcral.

Interrogué a la muchacha:

—¿Estás sola?

—Sí, amo — me contestó medrosa.

—¿Eres la hija del guardabosque?

—Sí — repitió balbuciendo.

La puerta se abrió y entró éste.

Frotó una cerilla, al ver la linterna en el suelo, y encendió una vela colocada sobre la mesa.

—Es probable que no os agrade la luz de nuestras "loutchinas" — exclamó, echándose, con un gesto brusco, el cabello hacia atrás.

Excepcionalmente había tenido oportunidad de ver un hombre tan fuerte. Enorme, poderoso de espaldas y de pecho, tenía bien plantado el talle. Sus vigorosos músculos se marcaban bajo la remendada camisa. El mentón, masculino y duro, lo tenía cubierto por una barba negra; tupidas cejas sombreaban sus ojos negros, de mirada viva. Se plantó delante de mí con las manos en la cintura.

Le di las gracias por su ayuda y le pregunté su nombre.

—Foma — contestó —, y Birouk de sobrenombre.

Lo observé con mayor atención. Jermolai y los paisanos me habían hablado muchas veces de este guardabosque; le temían más que al rayo, por causa de la actividad eficaz con que se aplicaba a sus funciones. Imposible, con él, hurtar una ramita de leña. Siempre estaba en acecho, fuese bueno o malo el tiempo, dispuesto a caer sobre el malhechor. Se le tendían emboscadas frecuentemente. Mas siempre había salido triunfante de ellas.

—¡Ah! — exclamé luego de recordar —. ¡Eres Birouk! Me han dicho que jamás dejas de ser implacable.

—Cumplo con mi deber — repuso rudamente —. Estoy obligado a ganar honradamente el pan que da mi mano.

Sacó el hacha que le colgaba de la cintura y se dedicó a preparar una "loutchina".

—¿Luego, no tienes mujer?

—No — replicó tristemente —; mi pobre amiga murió; hará pronto tres meses que nos dejó.

—¡Pobres niños! — murmuré.

Mas él, desechando sus dolorosos pensamientos, salió dando un portazo.

Contemplé la "isba", que me pareció más desolada aún. Me penetraba un olor acre en la garganta. Sin moverse del banquillo, la muchachita seguía meciendo la triste cuna.

—¿Cómo te llamas?

—Aulita — contestó débilmente.

—La tormenta se aleja — expresó el guardabosque, entrando —. Si el amo no dispone otra cosa, lo guiaré a la linde del bosque.

Me preparé para marchar.



Birouk descolgó su fusil y lo cargó.

—¿Para qué esa arma?

—Apostaría que ahí, en el barranco de Kabouyl, están cortando leña.

—¿Cómo puedes oírlo desde aquí?

—De aquí, claro que no. Pero sí desde el patio.

No llovía ya. Partimos. Se mantenía sobre el horizonte un espeso cortinado de nubes, que surcaban relámpagos. El cielo, encima de nosotros, tenía un sombrío color azul, y las estrellas coquetas intentaban traspasar con su luz las nubes oscuras.

Aspiré con delicia el perfume penetrante del bosque húmedo y atisbaba el ruido de las gotas que caían de las hojas.

Birouk me sacó del ensueño. Señalando hacia el oeste, me dijo:

—Es allí. Mirad qué tiempo han elegido.

No oía yo nada, como no fuese el suspiro de la brisa pasando y de la hoja al caer.

—¡Les voy a dar yo! — exclamó, mientras me traía el coche.

—Dejemos la "drochka" aquí y permíteme que te acompañe al barranco.

—Bien, amo. A la vuelta os acompañaré.

Fuimos.

El guardabosque delante, yo escoltándolo dificultosamente en medio del matorral y de las malezas crecidas. De vez en cuando se detenía para decirme: "¿Oís los hachazos?". Pero no llegaba ningún ruido a mis oídos.

Instantes más tarde ya estábamos en el barranco; habiendo amainado considerablemente el viento, conseguí oír con toda claridad los hachazos.

Continuamos nuestra caminata cruzando por entre la maleza; el musgo, henchido de agua, se aplastaba bajo nuestros pies como una esponja cuando la aprietan.

Un rumor de algo que se quiebra sorda y prolongadamente me llegó al oído.

—Se acabó — gruñó Birouk —, lo cortaron.

Menos oscuro ya el cielo, estábamos en el extremo del barranco.

—Estaos aquí — me dijo el guardabosque. Se agachó con paso furtivo, manteniendo en alto el fusil, y avanzó gateando en el matorral.

Yo escuchaba atentamente. Percibía unos golpecitos rápidos, el hacha que cortaba las ramas del árbol caído. Luego, el rechinar de las ruedas de un carro. Apareció el caballo.

—¡Alto ahí! ¡Para! — vociferó Birouk.

Una queja lastimera siguió a estas palabras.

—¡No escaparás! — gritó el guarda —. ¡Aguarda!

Me abalancé hasta el sitio de donde surgían los gritos, y después de tropezar varias veces llegué junto al árbol caído.

Mantenía Birouk al campesino tendido en el suelo y vigorosamente sujeto. Lo dejó alzarse al verme. Era un mísero paisano, de rostro sucio y barba revuelta. El carro y un viejo jamelgo estaban a pocos pasos.

Con la manaza siempre aferrada al cuello del ladrón, el guardabosque asió por la brida al animal y dijo vivamente.

—Adelante, Corneja.

—El hacha, recógela — le rogó el campesino.

—Cierto — murmuró Birouk —, puede servir. Y la levantó.

Regresábamos; yo detrás. La lluvia recomenzó durante el camino y nos cayó un chaparrón. Llegamos a la choza después de una marcha penosa.

Birouk dejó el caballo en medio del patio, encadenó los perros y nos hizo entrar en la cabaña.

Cuando el guarda le hubo soltado las muñecas el campesino se sentó en el banco.

—¡Qué chubasco! — dijo Birouk —. No podéis iros ahora. Reposad, por favor; yo aseguraré al otro lado a este cuervo.

—Gracias, pero no le hagas daño.

El campesino me miró con agradecimiento. Me propuse emplear todo mi crédito en lograr que el guarda suavizara su rigor.

Los niños se habían dormido. Sentándose a la mesa, Birouk se tomó la cabeza entre las manos. Un grillo, en la calma completa, empezó a cantar.

—¡Foma Birouk! — exclamó el campesino —. ¡Foma, Foma!

—¿Qué quieres?

—Déjame salir.

Birouk no contestó.

—Te lo ruego...; el hambre..., ¿ves?..., déjame que me vaya.

—Te conozco — exclamó Birouk con aspereza —, tu vida es robar, después robar, siempre robar.

—Déjame ir — prosiguió el rústico —; tú sabes... el intendente tiene la culpa, ¡él nos arruinó a todos!

—Ese no es motivo para robar.

El campesino suspiró; lo sacudían febriles movimientos que apresuraban su respiración.

—¡Ten piedad! — clamó desesperado —. ¡Mis hijos se mueren de hambre; suéltame!

—No hay que robar.

—Pobre caballo mío, no tengo otra cosa.

—Basta, cállate y quédate quieto, porque aquí hay un señor.

Se acomodó tranquilamente de codos a la mesa. Yo, ansioso, esperaba el final de esta escena.

De improviso, el campesino se incorporó con un esfuerzo postrero, y gritó:

—¡Ah, tigre sediento de sangre! ¡Crees, lobo rabioso, que no vas a morir!

—¿Estás borracho? — interrogó el guardabosque.

—Sí, estoy borracho, ¿he bebido a costa tuya, devorador de hombres? Sí, quédate con mi caballo, mátame, pero tú morirás, tú te irás también! ¡Tigre! — Está bien, ¡pega!

Birouk se había puesto de pie.

—¡Pega de una vez! — aulló el campesino con furia.

La pequeña Aulita se había despertado y estaba de pie ante el prisionero.

—¡Silencio! — dijo el guarda. Y acercándose asió al ladrón por los hombros, como si fuese a sacudirlo violentamente.

Me abalancé para defender al infeliz.

—¡No os mováis, señor! — me gritó Birouk.

No obstante, no me detuve y ya cerraba los puños cuando, con gran asombro mío, Birouk desanudó la cuerda que ataba los brazos de aquel campesino. En seguida, tomándolo por el cuello, abrió la puerta y lo empujó afuera.

—¡Vete al demonio con tu caballo!

Luego, silenciosamente, entró de nuevo en la "isba".

—Bien — díjele —; me has asombrado; eres un buen hombre.

—Olvidemos eso, amo — farfulló —, y no se lo digáis a nadie. Ya no llueve. Puedo guiaros.

—Se escapa — murmuré, escuchando el ruido de un carro que se alejaba.

Cerca de una hora más tarde, abandonaba a Birouk en la linde del bosque. ◈

---

(1) Vehículo muy chico y liviano de una sola persona con un asiento sobre el cual hay que colocarse a caballo, apoyándose en un respaldo; se balancea continuamente sobre sus resortes, de ahí su nombre de "drochka", temblar.

(2) Cabaña.

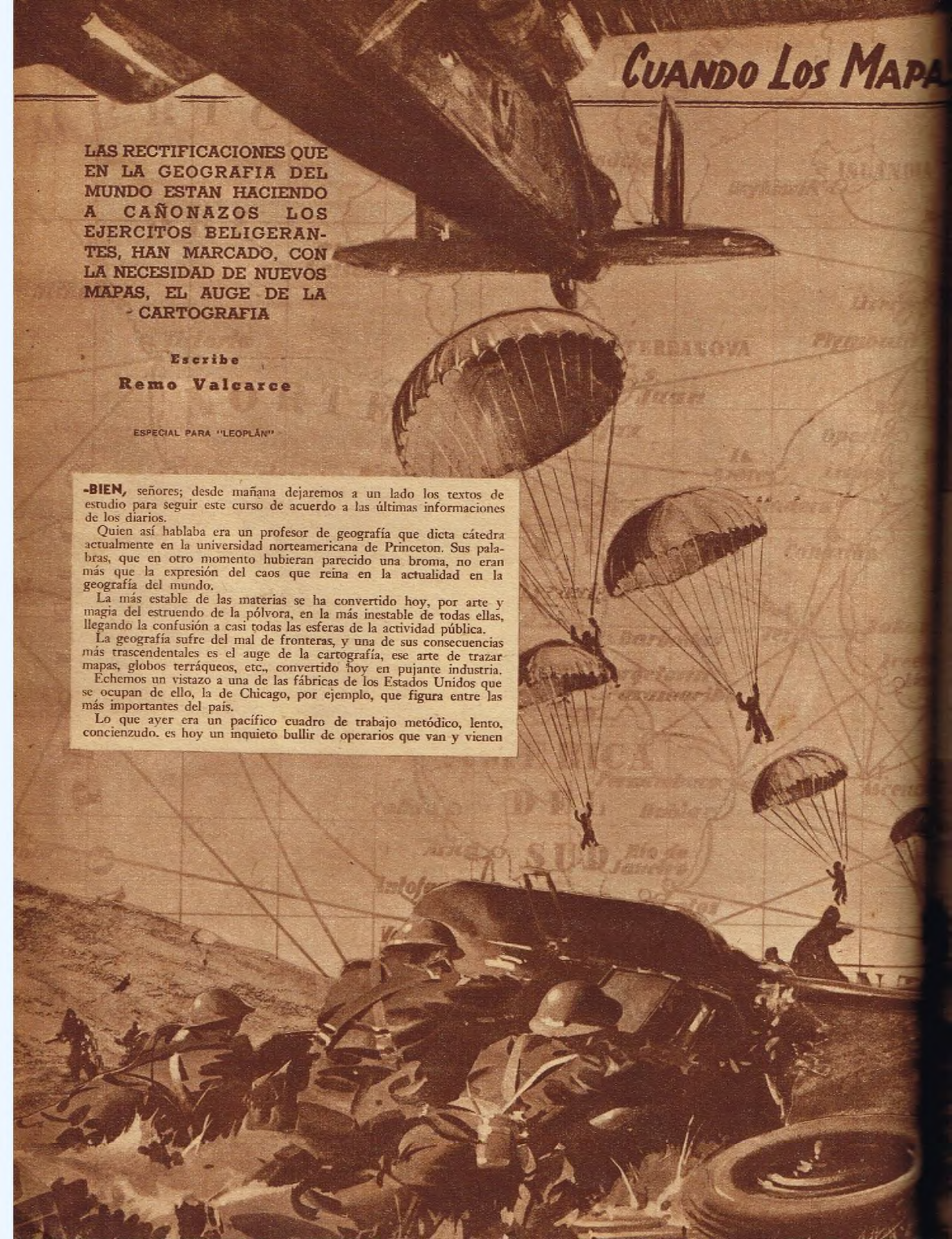
(3) Especie de palillo resinoso, que se coloca sobre un candelero. Hay que reemplazarlo con frecuencia porque se consume rápidamente. Su luz es tristísima, y desprende menudos fragmentos que pueden originar incendios.

CUANDO LOS MAPA[S]

LAS RECTIFICACIONES QUE EN LA GEOGRAFIA DEL MUNDO ESTAN HACIENDO A CAÑONAZOS LOS EJERCITOS BELIGERANTES, HAN MARCADO, CON LA NECESIDAD DE NUEVOS MAPAS, EL AUGE DE LA CARTOGRAFIA

Escribe
Remo Valcarce

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



-BIEN, señores; desde mañana dejaremos a un lado los textos de estudio para seguir este curso de acuerdo a las últimas informaciones de los diarios.

Quien así hablaba era un profesor de geografía que dicta cátedra actualmente en la universidad norteamericana de Princeton. Sus palabras, que en otro momento hubieran parecido una broma, no eran más que la expresión del caos que reina en la actualidad en la geografía del mundo.

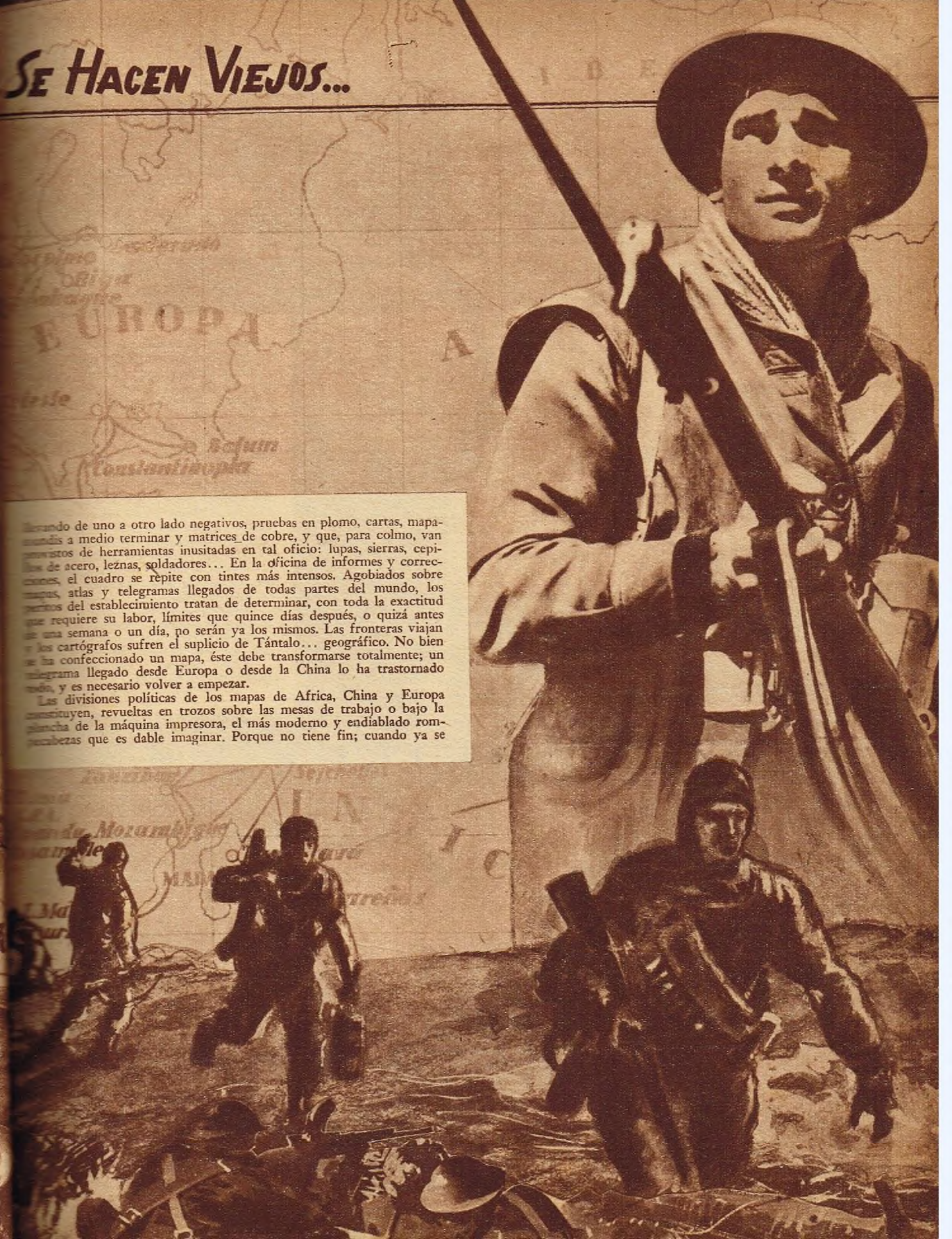
La más estable de las materias se ha convertido hoy, por arte y magia del estruendo de la pólvora, en la más inestable de todas ellas, llegando la confusión a casi todas las esferas de la actividad pública.

La geografía sufre del mal de fronteras, y una de sus consecuencias más trascendentales es el auge de la cartografía, ese arte de trazar mapas, globos terráqueos, etc., convertido hoy en pujante industria.

Echemos un vistazo a una de las fábricas de los Estados Unidos que se ocupan de ello, la de Chicago, por ejemplo, que figura entre las más importantes del país.

Lo que ayer era un pacífico cuadro de trabajo metódico, lento, concienzudo. es hoy un inquieto bullir de operarios que van y vienen

...Se Hacen Viejos...



llevando de uno a otro lado negativos, pruebas en plomo, cartas, mapamundis a medio terminar y matrices de cobre, y que, para colmo, van provistos de herramientas inusitadas en tal oficio: lupas, sierras, cepillos de acero, leznas, soldadores... En la oficina de informes y correcciones, el cuadro se repite con tintes más intensos. Agobiados sobre mapas, atlas y telegramas llegados de todas partes del mundo, los peritos del establecimiento tratan de determinar, con toda la exactitud que requiere su labor, límites que quince días después, o quizá antes de una semana o un día, no serán ya los mismos. Las fronteras viajan y los cartógrafos sufren el suplicio de Tántalo... geográfico. No bien se ha confeccionado un mapa, éste debe transformarse totalmente; un telegrama llegado desde Europa o desde la China lo ha trastornado todo, y es necesario volver a empezar.

Las divisiones políticas de los mapas de Africa, China y Europa constituyen, revueltas en trozos sobre las mesas de trabajo o bajo la plancha de la máquina impresora, el más moderno y endiablado rompecabezas que es dable imaginar. Porque no tiene fin; cuando ya se



En la oficina de rectificaciones se reciben a diari... últimos informes oficiales del gobierno y de las di... embajadas y consulados extranjeros. Es posible, d... modo, corregir las ediciones de mapas y globos terr...

vislumbra la solución; en el mismo inst... en que, con una sonrisa de triunfo, el ope... rio cree haber vencido, llega un nuevo in... me y es necesario volver a empezar, rect... cando, cambiando, modificando...

El siguiente caso, entre curioso y ri... dió lugar, no hace mucho, a una serie... amenos comentarios en las esferas ofici... del gobierno estadounidense.

En la sección Identificaciones del gobi... preséntase un ciudadano extranjero que... sea obtener documentos de identidad. Re... dos los requisitos establecidos por la ley... existen inconvenientes; el empleado que... atiende formula las preguntas de práctica.

—¿De qué nacionalidad es usted?

—Eso es, precisamente, lo que deseo sa... He nacido en Bjelsk, Polonia, pero mi ... ha sido anexado.

Comienzan entonces las consultas al de... tamento de Guerra, al departamento de R... ciones Exteriores y al departamento de E... do. Una hora después llegan las respuesta... ciudadano en cuestión tiene, según ellas, ... nacionalidades distintas...

Richard Litle, uno de los expertos cartógrafos de la fábrica de Chicago, confronta un mapa de la postguerra de 1914 con un globo terráqueo anterior a la actual conflagración. Ambos sirven sólo como documentos históricos.

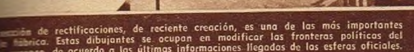
Corrigiendo las fronteras políticas de Europa Central sobre el negativo de un mapa. El endiablado rompecabezas de las fronteras geográficas se halla expuesto hoy a continuas modificaciones, y de ahí el auge de la cartografía.

La rectificación de los globos terráqueos ... cadeza del trabajo. Las partes "viejas" se eli... seguida los expertos disimulan el "parche" por ...

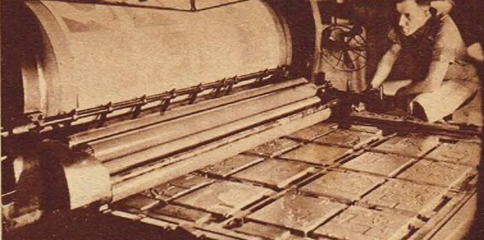








La sección de rectificaciones, de reciente creación, es una de las más importantes de la fábrica. Estas dibujantes se ocupan en modificar las fronteras políticas del mapa europeo, de acuerdo a las últimas informaciones llegadas de las esferas oficiales.



He aquí la más reciente máquina plana de imprimir mapas en colores. Como puede verse, la plancha no está formada por una sola pieza, sino por tantas como países entran en el mapa. Esto facilita el cambio de las partes "viejas" que se modifican.

Hasta aquí la anécdota. Pero el joven, a quien se le dijo *que volviera otro día*, ya en la calle, resuelve investigar por su cuenta y compra un mapa que procede precisamente de la fábrica de Chicago que tomamos para ejemplo, y que es, según le afirma el librero, la última edición. Lo despliega, coloca el dedo índice sobre Europa y busca un nombre: Bjelsk.

El misterio queda allí aclarado sobre el papel con la delimitación de las últimas fronteras políticas del Viejo Mundo; pero ese punto insignificante en el mapa y en la realidad, representa, no obstante, largas horas de agotadora labor para una legión de afanosos operarios de la fábrica citada.

En la oficina central de la fábrica, expertos cartógrafos determinan las más recientes fronteras de cada país, de acuerdo a las últimas informaciones que reciben de las esferas oficiales del gobierno y por intermedio de las embajadas y consulados de todas las naciones. Los dibujantes trabajan luego de acuerdo a estos datos, sobre papel milimetrado, y los mapas pasan en seguida a la sección grabado, donde veteranos operarios transportan los complicados y minúsculos trazos a la cera, por medio de buriles especiales. El ácido se encarga luego de perpetuar lo dibujado en la cera sobre planchas de cobre que hacen de matriz, para obtener copias de plomo, las cuales, a su vez, sirven para imprimir sobre papel los mapas definitivos.

La labor completa ha durado un mes, quince días, una semana, según el tamaño y la importancia de la impresión; pero, por breve que sea el tiempo empleado, será necesario siempre volver a rectificar.

De reciente creación, la oficina de rectificaciones es la que cuenta con mayor número de operarios, y en la que más intensamente se trabaja sobre las matrices de cobre, sobre las planchas de plomo y aun sobre los mismos mapas o globos terráqueos ya impresos. En ocasiones, se hace necesario substraer una edición a la venta para someterla a modificaciones de último momento; otras veces ya es tarde, y entonces una edición sigue a la otra.

Para la cartografía es, pues, el presente un período de intenso auge, aunque como dijo no hace mucho uno de los principales jefes de esa industria, "se trabaje casi exclusivamente para la historia"...

Antes eran los movimientos sísmicos y los cataclismos geológicos los que modificaban la geografía terrestre; hoy, son los cañones. Y mientras estos últimos sigan jugando al rompecabezas de las fronteras y de las nacionalidades, nosotros debemos confesar que ya no sabemos geografía.

¿Sabe, por ejemplo, el lector, a qué nación pertenece Bjelsk?... ◈

... dificultades en su ejecución, por la deli- ... encima las últimas modificaciones, y en ... retoques aplicados con pinturas especiales.



Sinfonía invernal

Testimonios irrefutables de que la malla de baño se ha libertado ya de la tiranía imperativa de las playas, sin cuyo escenario veran[illegible] le era imposible hasta ahora salir a campear por sus cabales, estas fotografías tienen, además, el atractivo que le confieren las [illegible]ciosas y esculturales *girls* que, con absoluta despreocupación por la temperatura invernal, se dedican, al aire libre y en plena [illegible] a sus entretenimientos favoritos. Gracias a la novedosa práctica, puesta hoy de moda en los Estados Unidos, de combatir el frío de la original manera que puede apreciarse [illegible] —y que ellas practican con singular entusiasmo—, la malla ha cambiado el "estado" de su elemento habitual, que de líquido que era se ha convertido en sólido. En la [illegible]grafía de arriba aparecen dos eximias patinadoras ejecutando una bella y difícil figura. En la de abajo, a la izquierda, un par de sonrientes muchachas que simulan un [illegible] de boxeo ante la cámara, y, en la de la derecha, tres esquiadoras disponiéndose a emprender veloz carrera por el albo escenario en que practican su raudo entretenim[illegible]



Esta otra foto muestra nuevamente a las traviesas esquiadoras, que se han fotografiado aquí en una originalísima pose. Puede ser que no dispongan, en efecto, más que de un solo esquí; pero en cambio tienen tres sonrisas que dan vértigo hasta en el llano...



Hombres

Desprovistos por completo de ropas, los aborígenes de esta lejana isla traliana demuestran ser poseedores, muchas veces, de la bíblica pac de Job. Durante horas aguardan a que la presa se vaya aproximando a la

LA CAZA DE LOS COCODRILOS QUE INFE TAN LAS CENAGOSAS AGUAS DE ALGUNO RIOS AUSTRALIANOS DA LUGAR MUCHA VECES A EMOCIONANTES ESCENAS, EN LA QUE SE PONE DE RELIEVE LA HABILIDA DE LOS ABORIGENES Y LA TERRIB EFICACIA DE LA JABALINA

Una nota de Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

UN prolongado silbido sonoriza la trayectoria de una jabalina. La estatuaria figura de bronce pi su inmovilidad al acompañar con el musculoso b el impulso inicial del mortífero dardo. Y el m miento defensivo que intenta el desaprensivo sa al verse atacado de sorpresa, se confunde con el su agonía...

Tan primitiva el arma usada como el procedimie Por eso nos sorprende. El poco tiempo que lleva en esa desierta parte de Australia, nos ha permi observar que en ella el reloj del tiempo ha dete sus agujas, ignorando los adelantos de la humani Tal vez una gran mayoría de los sesenta mil habi tes de esa isla de la lejana Oceanía no descon algunas de las armas modernas. Pero allí donde la sólo reconoce la ley de la existencia, se ha prefe y se prefiere confiarla al obediente bumerang, a jabalina y a la pequeña pica de punta envenenada. se ignoran los menores detalles de los secretos de manejo, y si el peligro acecha de continuo, es neces estar en condiciones de enfrentarlo. Los aborig tienen más fe en ese modo de prolongación de rápidos brazos para enfrentar al *wallavy* — especie canguro — y a las diversas clases de saurios que festan las cenagosas aguas, que en el moderno e lible fusil.

Según donde sea utilizada, la jabalina puede ser también arpón. Pero, de todos modos, la habilidad de quien la arroja queda evidenciada en todo momento.

...contra saurios



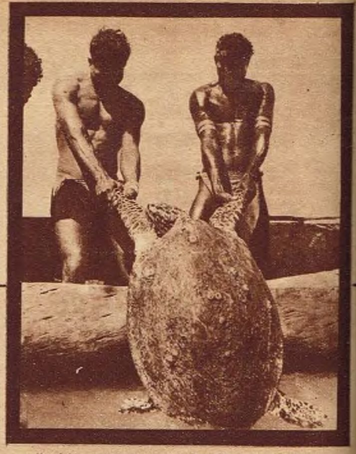
Las confiadas tortugas avanzan lentamente por la playa... Y mientras los cazadores apronton sus canoas, los niños colaboran con ellos observando desde las alturas.

También la caza de peces de gran tamaño — caza más que pesca por las armas utilizadas — exige un notable despliegue de habilidad y energía. La [illegible] por parte de quienes la practican acarrearía fatales consecuencias.

Hemos sidos testigos presenciales de las extraordinarias ceremonias que preceden y cierran los rituales de la caza. Extrañas y dignas de un libro de aventuras fantásticas para quienes las ignoran. Desde el ritual que consiste en "armar" cazador al adolescente que ha cansado sus ojos siguiendo la marcha de los veteranos, y que consiste en probar su valor sometiéndole a diversas pruebas, tales como romperle los dientes a golpes de martillo, y aun mutilaciones mucho más terribles, hasta las que "inspiran" e inmunizan a quienes deben concentrar sus sentidos para "adivinar" la imperceptible huella de una especie de avestruz llamado emú.

Pero no todo es primitivo en el arte de la caza. Los aventajados sucesores del legendario Nemrod, confunden lo primitivo con lo moderno. El *camouflage*, nueva entre los nuevos procedimientos de la estrategia militar, no se desconoce. Y la constante lucha contra los irracionales se lleva a cabo con ventajas. Se utiliza en

Tampoco la lucha contra los quelonios de gran tamaño deja de ser [illegible], sobre todo cuando hay que capturarlos en su propio [illegible], como ocurre con la de esta espectacular escena que refleja la presente foto.



Un rápido movimiento rompe la inmovilidad de estatua del cazador. Y casi simultáneamente con el extraño y letal silbido que se expende por los aires, el saurio queda clavado al suelo por la jabalina.

diversas formas, de acuerdo al animal que pretende caza
Si es un saurio de uno de los ríos en los que el agua ha
jado su lugar a un lodo traicionero, el cazador debe so
terse a una "preparación" especial. Los moradores de
lugares próximos a las zonas húmedas y aun de los prop
ríos, se caracterizan por la rapidez con que advierten el
ligro. Y de ellos, es el cocodrilo quien más pronto advie
la presencia del hombre. Entonces, el cazador, o bien el
un lugar estratégico en una de las márgenes de la vía
vial, casi totalmente desnudo el cuerpo, que por su pigm
tación parece una prolongación de la tierra, permanecien
inmóvil hasta que la presa se halle a tiro de su dardo,
después de cubrir su cuerpo con una mezcla semilíquida
arcilla y guano, lo llena totalmente de plumas que le
un aspecto que dista mucho de ser el de un ser humano,
que le permite aproximarse a sus futuras víctimas, que
temen al hombre entre todos los habitantes de la isla.

En estos casos el arma utilizada es únicamente la jabal
Su condición de arma arrojadiza permite la caza desde
distancia prudencial y aleja el peligro. Difícilmente una
que ha partido de la firme mano que la empuña no ha
como fin de su trayectoria un lomo rugoso y movedizo.

En los mismos ríos muchas veces la caza se reduce a
persecución de las tortugas. Son de una talla considera
la mayoría de los quelonios que habitan Australia, y si b
su carne es apetecida por los nativos —menos, desde lue
que la tan codiciada del lagarto—, es necesario aprisiona
con vida. La resistencia considerable del caparazón que
protege, por otra parte, haría fracasar cuantos intentos
llevasen a cabo en su elemento.

Estas cacerías pueden también considerarse típicas.
ciertas épocas del año las tortugas se aventuran con
cuencia a avanzar en la zona de la playa. Es entonces cua
los cazadores, puestos sobre aviso en el momento oport
por los pequeños aspirantes que en nada envidian la ag
dad de los simios al trepar por los árboles, guían sus can
para cortar la retirada de los confiados visitantes. Si el ava
ce en la playa ha sido demasiado temerario, la tarea se
duce considerablemente. Consiste, simplemente, en ap
ximarse a las tortugas y darlas vuelta, colocando el capa
zón contra el suelo, para que no puedan intentar el me
movimiento. Ya hay quien se encarga después de arrastrar
la prisionera a un lugar seguro. Si la persecución se h
en cambio en el río, es necesaria la experiencia de los
zadores más avezados.

También en el agua la caza de algunos peces de gran
maño —caza más que pesca por los medios puestos en pra
tica— tiene en la jabalina un aliado de mucha import



A pesar de lo primitivo de las armas, el *camouflage* no es ignorado por los cazadores australianos, que en oportunidades apelan a él. Lodo, guano y plumas truecan al hombre en un ser de pesadilla.

na. Utilizada como arpón desde las canoas o desde algún accidente costero, es tan eficaz o más que cualquiera de las armas modernas, si se halla en manos de alguno de los nativos de la isla.

En tierra firme, las prácticas cinegéticas son, en la casi totalidad de los casos, mucho más complicadas. Si el animal perseguido es el *wallavy*, su extraordinario olfato y la rapidez de sus desiguales patas requiere el máximo de astucia. El cazador debe primeramente orientarse en la huella, procurando aproximarse al animal enfrentando al viento para no denunciar su presencia. Rastreadores especializados colaboran en sus tareas. El arma utilizada en esta ocasión es generalmente el bumerang, que, arrojado con habilidad, es tan certero como la jabalina. También en algunos casos es sustituido por una especie de lazo corredizo hecho con fibras vegetales. La caza del emú, por su parte, no requiere menos habilidad. Desconfiado, como la mayoría de las aves de gran tamaño, el avestruz australiano debe ser sorprendido. Pero sus perseguidores, además, deben unir a su habilidad para hacerle frente, una paciencia digna de Job. Muchas veces, descubiertos por el animal, deben esconderse y perseguirlo pacientemente distancias considerables, que en ocasiones llegan a más de cuarenta millas. También el bumerang y en casos especiales la jabalina y la pequeña pica son los elementos con que cuentan los indígenas para cazarlo.

Hay otros pequeños representantes de la fauna que interesan también a los indígenas de la isla. Pero sea por lo poco peligroso que resulta atraparlos, o porque ni su carne es apetecida ni prestan utilidad alguna, los cazadores avezados confían a los niños su captura. Estos, que cumplen así su aprendizaje, fabrican las armas de que han de valerse. Y ya sea en presencia del mejor cazador de la tribu que espera impasible el momento de arrojar el arma, o ante un niño de corta edad que pone en tensión sus incipientes músculos, el tiempo retrocede centenares de años. Porque en Australia se desconocen los adelantos de la humanidad. Porque las agujas del reloj parecen haberse clavado, como aguzadas jabalinas, en un recodo cualquiera de ese tiempo que en Australia avanza con el ritmo lento y pesado de sus tortugas gigantes... ◈

Muchas veces, para iniciar a los niños en los secretos de la caza, los padres australianos llevan consigo a sus hijos en las peligrosas prácticas cinegéticas.

Las burbujas del Puente del Infiern[o]

TRES EXTRAÑAS MANIFESTACIO-
NES DEL SENTIDO GRANDIOSO
Y FANTASTICO QUE REVISTEN
LAS COSAS NATURALES

Escribe

Baldomero Alvarez

Especial para "Leoplán"



Mientras los turistas que visitan Wakarewarewa se admiran ante este raro lodo volcánico, los maoríes lo usan como cosmético y como fetiche.

He aquí las burbujas del Puente del Infierno, formadas, según parece, por corrientes de gas térmico. Tienen, expuestas al sol, brillantes tonos irisados.

AQUELLO que en los impresionistas y los surrealistas parece una concepción enfermiza por la deformación subjetiva de las imágenes es, en la naturaleza, motivo de curiosidad, a veces, y fuente de inspiración, siempre.

Es inútil querer apartarse del modelo. Aun para las creaciones exóticas, la gran maestra es nuestra ma-

dre natura. Ni las más inverosímiles creaciones de los innovadores llegarán nunca a la originalidad con que se nos brindan las manifestaciones naturales, como las que se exhiben en la presente nota.

La diferencia radica en que mientras el hombre necesita observar su ambiente para poder conformar sus realizaciones, a la naturaleza le basta dejar correr el tiempo para presentar a nuestros ojos las más extraordinarias combinaciones de formas y colores. Y lo curioso del caso es que ni aun adrede puede el hombre igualar la diversidad de realización del ambiente circundante. El hombre, o copia o se repite o agrega la propia visión a sus creaciones, en tanto que la naturaleza siempre múl-

La caprichosa desigualdad de los formaciones rocosas de Punakaiki es, a no dudarlo, superior en su armonía a cualquier fantasía artística innovadora.

tiple, igual a sí misma, y constantemente diversa en todos los casos, supera sin torturarse las más desconcertantes fantasías humanas.

Las tres originales fotos que ilustran esta nota, obtenidas en Nueva Zelandia, son demostración evidente de cuanto afirmamos.

Los pozos volcánicos de lodo de Wakarewarewa, las burbujas del Puente del Infierno y las formaciones rocosas de Punakaiki son otras tantas muestras de la insuperable fantasía creadora de las fuerzas naturales libradas tan sólo a la combinación de sus elementos.

Frente a este verdadero delirio de elementos primarios, no le queda al más surrealista de los artistas otro remedio que reconocer la superioridad de lo natural como creador de lo bello, curioso o inverosímil.

Pero, mientras las escuelas se suceden a las tendencias, en el terreno de las concepciones artísticas, la naturaleza, sin cambiar sus métodos, crea constantemente formas nuevas. La novedad de cuanto hace el hombre reside, en cambio, en la combinación, a veces acertada, de los elementos que el medio le ofrece.

Así, por ejemplo, con el lodo de los pozos volcánicos de Wakarewarewa. Los maoríes no se han contentado con admirar, como los turistas europeos y americanos, el aspecto exótico de los círculos concéntricos de lodo que se brindan como extrañas almejas o platos de repostería a sus miradas atónitas. Lejos de ello, después de observarlos, les hallaron útil aplicación.

Este lodo de color rojizo es usado por los naturales para teñirse la piel e inspirar así al enemigo —sencilla concepción de todos los pueblos salvajes— el saludable terror que los entregue inermes a sus fuerzas. Pero el extraño lodo se emplea, no sólo para aventuras guerreras, sino también para las aventuras más gratas del amor. En efecto; parece que de él se extrae un cosmético muy apreciado por las elegantes de aquellas regiones.

Las burbujas, en cambio, que asemejan extrañas pompas de jabón, son producidas por corrientes de gas térmico desprendido de las profundidades de la tierra.

En cuanto a las extrañas concavidades y salientes de las rocas, que forman esa especie de garganta gigantesca, parece que son debidas a que no todas las formaciones tienen igual resistencia a la pertinaz acción de las aguas del mar. Es así como las más blandas son carcomidas más fácilmente por ellas, lo que produce esa hermosa y hasta casi pensada desigualdad. ◈



Una historia extraordinaria de

EDGAR ALLAN POE

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

La máscara de la muerte roja

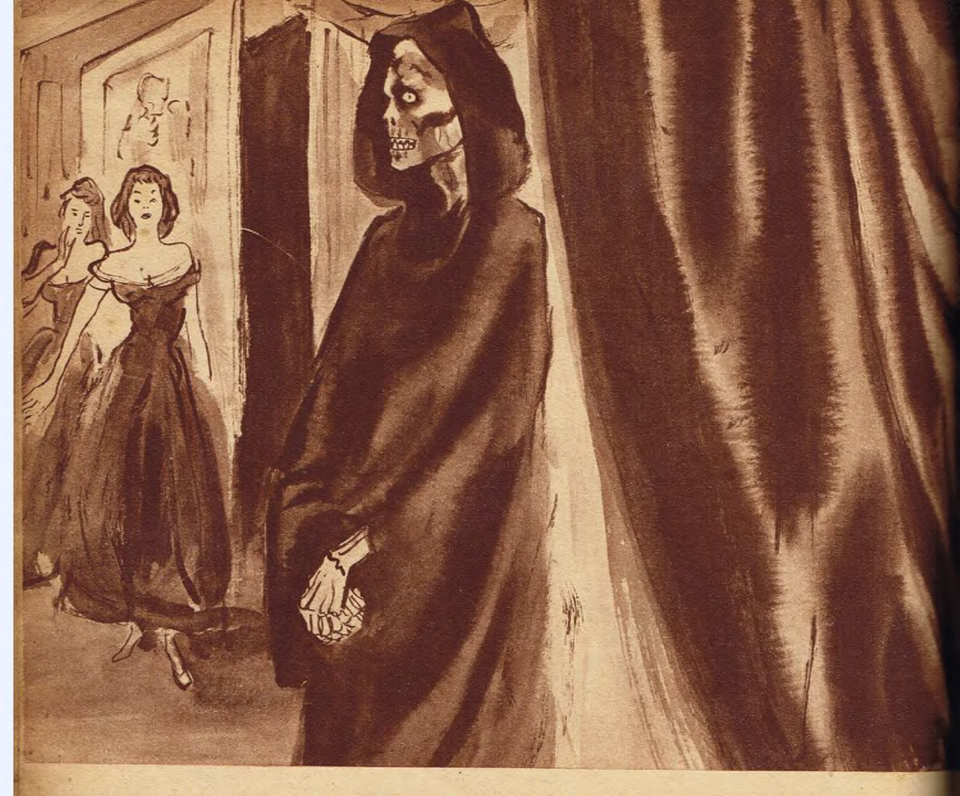
LA "Muerte Roja" había devastado la región. Ninguna peste pudo haber sido más fatal y horrenda. La sangre era su símbolo y su sello, la sangre roja y terrible. A ciertos agudos dolores y un entorpecimiento repentino seguía un desangramiento por los poros y luego la muerte. Las manchas escarlatas en el cuerpo y especialmente en el rostro de la víctima eran la proclama de la peste que lo alejaba de la ayuda y compasión de sus prójimos. El comienzo, progreso y fin de la enfermedad no duraban más de media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, temerario y sagaz. Cuando la población de sus dominios se redujo a la mitad, llamó ante su presencia a mil amigos sanos y despreocupados, elegidos entre los caballeros y damas de su corte, y con ellos se retiró al más completo aislamiento que le ofrecía una de sus encastilladas abadías. Era un gran edificio de magnífico aspecto, producto del gusto excéntrico, aunque majestuoso, del príncipe. Lo rodeaba una elevada y fuerte muralla con puertas de hierro. Los cortesanos, una vez adentro y provistos de hornos y pesados martillos, soldaron los cerrojos. Habían resuelto no dejar medio de salida o entrada a los repentinos impulsos de la desesperación, o al frenesí de los que se encontraban adentro. La abadía fué provista de víveres. Con estas precauciones, los cortesanos podían desafiar al contagio; el resto del mundo se cuidaría de sí mismo. Mientras tanto, era una necedad apesadumbrarse o pensar más en la plaga. El príncipe había llevado todos los accesorios del placer; había allí bufones, improvisadores, bailarines, músicos, belleza y vino. Todo esto y la seguridad, adentro. Afuera quedaba la "Muerte Roja".

Hacia fines del quinto o sexto mes de este encierro, cuando la peste asolaba con más furia en el exterior, el príncipe Próspero ofreció a sus mil amigos un baile de máscaras de extraordinaria magnificencia.

Ese baile ofrecía un espectáculo voluptuoso. Pero es mejor que antes describa las habitaciones en que tenía lugar. Eran siete cámaras, todo un departamento imperial. En muchos palacios, tales departamentos ofrecen una perspectiva recta y prolongada, pues las puertas plegadizas se doblan hacia las paredes a cada lado, de tal modo que nada obstruye la vista. Este caso era distinto, como era de esperar del amor del príncipe por lo extravagante. Los departamentos estaban tan irregularmente dispuestos que los ojos no llegaban a ver más de uno a la vez. A cada veinte o treinta yardas había un recodo, y en cada recodo, un nuevo efecto. A derecha e izquierda, en medio de cada pared, se abría una ventana sobre un corredor cerrado que seguía las vueltas del departamento. Estas ventanas eran vidrieras cuyo valor variaba de acuerdo con el tono predominante de las decoraciones de la habitación a que daban. La del extremo este, por ejemplo, estaba decorada con azul, y azul eran sus ventanas. La segunda cámara tenía adornos y tapices purpúreos, y los vidrios eran de color de púrpura. La tercera era enteramente verde, y verde eran los cristales. La cuarta estaba adornada e iluminada de anaranjado; la quinta, de blanco, y la sexta, de violado. La séptima habitación estaba tapizada con cortinajes de terciopelo negro, que colgaban del techo y de las paredes y caían en pesados pliegues sobre una alfombra del mismo material y tono; sólo en esta cámara el color de las vidrieras no correspondía al de las decoraciones. Los cristales eran de un tinte escarlata sangriento. En ninguno de los siete cuartos había, entre la profusión de ornamentos de oro, un solo candelabro o lámpara. Dentro de las habitaciones no se veía ninguna fuente de luz; pero en los corredores que las rodeaban, en un pesado trípode con su correspondiente brasero, ardía un fuego cuyos rayos atravesaban los vidrios de colores e iluminaban la cámara. De este modo, se producía una multitud de visiones graciosas y fantásticas; pero en la habitación occidental, o sea la decorada en negro, el efecto de la luz que penetraba por los sangrientos cristales era en extremo horrendo, pues daba un aspecto tan extraño a los rostros de los que allí entraban, que pocos de los de la concurrencia se atrevían a traspasar sus umbrales.

En este mismo departamento se encontraba apoyado contra la pared occidental un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo se mecía con sonido lúgubre, pesado y monótono, y cuando el minutero cerraba su circuito y la hora estaba a punto de sonar, salía de los pulmones de bronce del reloj un son nítido, estridente, profundo y en extremo musical, pero de un tono y énfasis tal que los músicos de la orquesta se veían obligados a hacer una pausa en su ejecución, para escuchar su sonido; lógicamente, los bailarines cesaban en sus evoluciones, y un breve desconcierto reinaba en aquella alegre tertulia. Mientras duraba el tañido, era dable ob-



servar que los más débiles palidecían, y los más fuertes y serenos pasaban su mano por la frente, como si fuesen víctimas de algún ensueño confuso o los atormentara la meditación. Pero una vez que esos ecos cesaban por completo, la concurrencia rompía a reír; los músicos se miraban unos a otros, sonreían, como burlándose de su propia nerviosidad y tontería, y se juraban en suaves murmullos que el próximo tañido no produciría en ellos emoción similar. Y luego, cuando había pasado el período de sesenta minutos — que abarcan tres mil seiscientos segundos del Tiempo que huye —, llegaba un nuevo eco del reloj, y el desconcierto y la meditación volvían a reinar como antes.

Pero, a pesar de esto, era aquélla una alegre y magnífica fiesta. Los gustos del príncipe eran extraños; tenía buen ojo para los colores y los efectos y despreciaba las decoraciones que imponía la moda. Sus planes eran atrevidos y hasta salvajes, y sus concepciones brillaban con bárbaro esplendor. Algunos lo consideraban loco, pero sus compañeros comprendían que no lo era. Se hacía necesario escucharlo, verlo y tocarlo para convencerse de que no lo era.

Había dirigido en gran parte la decoración de las siete cámaras en ocasión de esta fiesta, y su propio gusto dió carácter a los disfraces. Por cierto que eran grotescos. Había mucho brillo y esplendor, mucho de picante y fantástico, mucho de lo que se ha visto después en "Hernani". Se veían figuras arabescas con miembros y accesorios extraños, fantasías de delirio, dignas de la creación de un loco; había mucho de belleza, mucho de picardía, mucho de extravagancia, algo de terrorífico y no poco de lo que podría causar repugnancia. Por las siete habitaciones ambulaba, de aquí para allá, una multitud de sueños que parecían agitarse tomando el color de la cámara y haciendo que la descabellada música de la orquesta pareciera el eco de sus pasos. De cuando en cuando se escuchaban los sones del reloj de ébano que estaba en el cuarto de terciopelo. Por un momento callaba todo, excepto la voz del reloj. Los ensueños quedaban inmóviles donde estaban. Pero los ecos del tañido se desvanecían después de durar sólo un instante, y una alegre aunque algo temerosa carcajada seguía su desaparición. Nuevamente sonaba la música, vivían los ensueños e iban de un lado a otro, tomando color de las multicolores ventanas a través de las cuales pasaban los rayos de las hogueras. Pero en la cámara que se encontraba más al oeste ninguno de los enmascarados se atrevía a entrar, pues la noche ya estaba por terminar y una luz más roja atravesaba los vidrios sangrientos; lo negro de los cortinajes inspiraba terror, y a los oídos del que pisaba la negra alfombra el reloj de ébano ha[illegible] llegar un apagado repique, más solemneme[illegible] enfático que el que lastimaba los oídos [illegible] quienes se divertían en las otras habitacio[illegible]

Estas estaban llenas de vida y de pers[illegible] La orgía continuó en su locura, hasta qu[illegible] reloj comenzó a dar las doce. Como he di[illegible] cesó la música, los bailarines se detuvieron [illegible] sus evoluciones y todo quedó paralizado. [illegible] vez eran doce los tañidos del reloj, y su[illegible] así que, debido quizás al mayor espacio [illegible] tiempo, los concurrentes se sumieron en [illegible] más profunda meditación. Y fué así ento[illegible] como, antes de que el eco de la última [illegible] panada se hundiera en el silencio, varios [illegible] viduos de la concurrencia se fijaron en [illegible] enmascarado que hasta entonces no había [illegible] mado la atención de nadie. Como el [illegible] sobre la presencia de ese nuevo persona[illegible] extendió a todas partes, surgió de entre [illegible] concurrentes un murmullo que expresa[illegible] desaprobación y la sorpresa, y luego [illegible] horror y repugnancia.

En una reunión de fantasmas tal cu[illegible] descripto, bien podría suponerse que una [illegible] rición vulgar no habría causado tal es[illegible] A decir verdad, la licencia para los disf[illegible] era ilimitada, pero la figura en cuestión [illegible] bía sobrepasado al propio Herodes e ido [illegible] allá de los límites del decoro del [illegible] príncipe. Hay fibras en el corazón de [illegible]



más viciosos que no pueden ser tocadas sin cierta emoción; hasta para los más perdidos, para aquellos que encuentran motivo de placer tanto en la vida como en la muerte, hay temas sobre los que no se puede bromear. Por cierto que la concurrencia entera no encontraba ni gracia ni propiedad en aquel disfraz ni en el aspecto de aquel extraño. Era alto y delgado, y estaba envuelto de pies a cabeza con las vestiduras de la tumba. La máscara que ocultaba su rostro semejaba tanto el de un cadáver, que el examen más minucioso hubiese tenido dificultad en descubrir el fraude. Sin embargo, los disolutos aquellos habrían tolerado, ya que no aprobado, todo eso. Pero el extraño había llegado a representar a la "Muerte Roja". Sus ropas estaban embadurnadas con sangre, y tanto su frente como las demás facciones del rostro se hallaban salpicadas con el horrible escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero se fijaron en esa imagen espectral — que paseaba lenta y solemnemente entre los bailarines, como si quisiera caracterizar mejor su papel —, se lo vió agitarse en el primer momento con un temblor de horror o disgusto, pero en seguida su frente enrojeció de ira.

—¿Quién se atreve —dijo— a insultarnos con esta burla blasfema? ¡Prendedle y quitadle la máscara, para saber a quién tenemos que ahorcar mañana al amanecer desde las almenas!

Cuando el príncipe Próspero pronunció estas palabras, se hallaba en la cámara oriental, o sea la azul. Su voz resonó claramente en las siete habitaciones, pues el príncipe era valiente y vigoroso, y la música había cesado a una indicación de su mano.

Era en el cuarto azul, como he dicho, donde se encontraba, rodeado de un grupo de pálidos cortesanos. Al hablar él, hubo un movimiento general de dicho grupo en dirección al intruso que se hallaba cerca, pero que, en ese momento, con paso firme y deliberado, se acercaba al príncipe. Mas, a causa de cierto temor incalificable que el horrible aspecto del enmascarado inspiraba a todo el grupo, nadie se atrevió a extender la mano para apresarlo; así, sin obstáculo alguno, pasó a un metro del príncipe, y mientras la numerosa concurrencia como en un impulso general se retiraba del centro de las cámaras hacia las paredes, él prosiguió su camino sin que nadie lo interrumpiera, siempre de la misma manera firme y mesurada, y pasó del cuarto azul al púrpura, del púrpura al verde, del verde al anaranjado, de éste al blanco, para llegar al violado, sin que ningún movimiento lo detuviese.

Pero entonces el príncipe Próspero, loco de rabia y avergonzado por su momentánea cobardía, atravesó precipitadamente las siete cámaras, y nadie lo siguió a causa del terror mortal que se había posesionado de todos. Extrajo un puñal, y ya había llegado a apenas unos tres o cuatro pies del sombrío personaje, cuando éste, ya en el extremo del cuarto de terciopelo, se dió vuelta de pronto y enfrentó a su perseguidor. Se oyó un agudo grito y el puñal cayó sobre la oscura alfombra, en la cual instantáneamente se desplomó muerto el príncipe Próspero. Entonces, sacando fuerzas de la desesperación, los invitados se abalanzaron al departamento sombrío, y al asir al enmascarado cuya alta figura se mantenía rígida e inmóvil en la sombra del reloj de ébano, se sintieron poseídos de un terror indescriptible, pues aquella mortaja y aquella cadavérica máscara que con tanta violencia sacudían no estaban sostenidas por forma tangible alguna.

Y así se conoció la presencia de la "Muerte Roja". Había entrado como un ladrón. Y uno a uno cayeron los convidados en los cuartos rociados con sangre que poco antes habían sido testigos de su orgía. Y la vida del reloj acabó con la de los últimos cortesanos. Y expirando también las llamas de los trípodes. Y las Sombras, la Ruina y la "Muerte Roja" ejercieron su ilimitado dominio sobre todo aquello. ◈



Esta es una plantación que tiene por fin primordial impedir que la peligrosa erosión arrastre la tierra en los planos inclinados al borde de los caminos.



Aquí vemos a algunos miembros del "Servicio de trabajo voluntario" en plena ta
Estos arreglos de caminos públicos proporcionan al mencionado cuerpo gran popular

Escuela de trabajadores

Esta fotografía muestra en conjunto parte de las actividades que desarrollan los "voluntarios".

POR MEDIO DE LOS MIL QUINIENTOS CAMPAMENTOS QUE TIENE DISEMINADOS POR TODO EL TERRITORIO DE LOS ESTADOS UNIDOS, EL "SERVICIO DE TRABAJO VOLUNTARIO" ENSEÑA A LOS JOVENES DESOCUPADOS DEL PAIS DEL NORTE EL ARTE DE TRABAJAR

Escribe **Robert M. Wilkinson**

CONOCIA a míster Parkings como u
gran naturalista del Colorado, en los E
tados Unidos, pero nunca había sospec
do que fuera poseedor de un espír
práctico de primer orden, además de
profundo sentido de la enseñanza. El f
quien descubrió muchos valores entre l
integrantes del "Servicio de trabajo v
luntario", muchachos que hoy son ho
bres indispensables para la socieda

científicos, unos, y verdaderos artífices, otros.

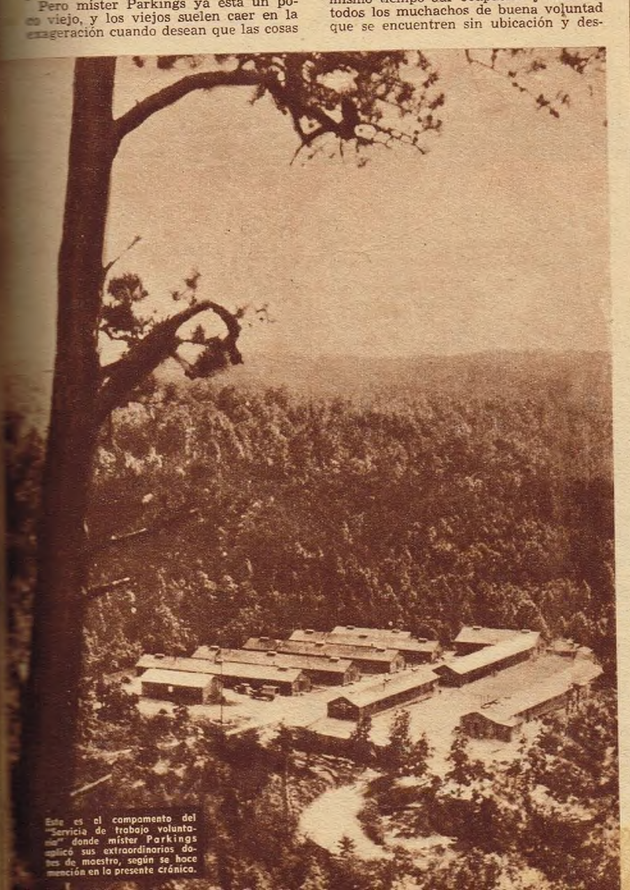
Estos "voluntarios" están diseminados por toda la Unión y cuentan con unos 1.500 campamentos. Cada miembro es empleado durante 6 meses para toda clase de trabajos, y después de cumplido este plazo puede elegir un oficio en el campo de la técnica, la agricultura, etc., oficio en el que será instruído durante dos años.

—Yo creo en el contagio —me decía míster Parkings—; todo se contagia: las enfermedades, los vicios, las virtudes y hasta el gusto por oler las flores. Sólo que hay que contagiar la sabiduría y no lo otro. Sin embargo, la sabiduría siempre se contagia, infaliblemente.

Pero míster Parkings ya está un poco viejo, y los viejos suelen caer en la exageración cuando desean que las cosas sean como ellos quisieran que fuesen. Sin embargo...

—Vaya a ver aquello —insistía—. Instálese por un tiempo en cualquiera de sus campamentos y estudie el ambiente, teniendo siempre en cuenta lo que le digo. Verá cómo esos muchachos evolucionan en un momento y pueden llegar a ser hombres de valer u hombres despreciables, según sea la erudición de la persona que los guíe, los eduque y... los "contagie".

Resolví hacerle caso. De todos modos, aquello prometía ser interesante. El cuerpo del "Servicio de trabajo voluntario" de los Estados Unidos tiene por objeto formar hombres aptos para el trabajo en que se sienten más capaces, y al mismo tiempo dar ocupación y sostén a todos los muchachos de buena voluntad que se encuentren sin ubicación y des-


Este es el campamento del "Servicio de trabajo voluntario" donde míster Parkings aplicó sus extraordinarios dotes de maestro, según se hace mención en la presente crónica.

orientados. Pero lo más importante, a mi parecer, era la experimentación en el sentido aconsejado por míster Parkings: poner a prueba la influencia de un superior en el principio de vocación del desorientado.

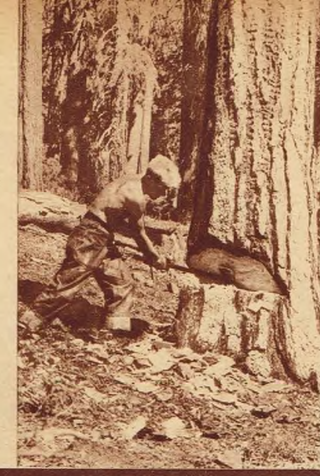
El "Servicio de trabajo voluntario" fué creado en 1933. Tiene, por lo tanto, sólo ocho años, pero ya está diseminado por toda la Unión, en forma de campamentos. Me introduje, pues, en los bosques del Colorado y conseguí instalarme en uno de sus campamentos más importantes. En poco tiempo pude hacerme amigo de los "voluntarios" y penetrar en su psicología.

—¡Qué quiere! — solía decirme un muchacho llamado John —; aquí trabajamos para el gobierno y no nos pagan, ¿le parece lindo?

Otro me dijo una vez:

—El jefe me pide que mire mucho los bichos... ¡Está loco el jefe!

Esta incomprensión me hizo pensar,





Con los rectos troncos de las coníferas pueden prepararse rápidamente las bases de una casa. Míster Parkings dirigió estos trabajos de construcción.

Los primeros trabajos son, por lo general, los más pesados. Aquí vemos a un hachero del "Servicio de trabajo voluntario" buscando maderas para aserrar.

Son muchos los troncos que deberán ser tra
dos hasta el claro de bosque donde se levan
nuevo campamento de este cuerpo de "volun



También es de indiscutible utilidad la labor del "Servicio voluntario" en materia de sanidad vegetal. En la foto vemos a un técnico marcando un árbol enfermo.

naturalmente, que no se había sabido hacerles comprender.

—Míster Parkings, sí —me contaba un tercero—; ese hombre nos hacía trabajar de sol a sol sin mandarnos ni pedirnos nada...

—Claro —intervino otro de aquel tiempo—, pero no trabajábamos, nos divertíamos, y el tiempo pasaba sin sentir; porque para divertirse cualquiera está listo.

—Pero la obra se hacía: levantábamos casas, talábamos bosques, sembrábamos y cosechábamos, arreglábamos los camiones, apuntábamos y estudiábamos todos los bichos y los animales y las plantas de la zona...

—¿Cómo enseñaba míster Parkings?—pregunté.

—Míster Parkings nos enseñaba a hacer las cosas como si nos estuviera contando un cuento; y así, entre risas y cuentos, resultaba que trabajábamos todo el día. Pero a cada uno le enseñaba una cosa diferente. Entre nosotros sólo había tres que podían retener los nombres de todos los bichos, y sólo a ellos les enseñaba entomología y les contaba cuentos de bichos. A mí, como ya conocía algunas maderas y me gustaba serruchar, empezó a enseñarme la carpintería fina, y ya ve, ahora soy aquí maestro en ese arte. ¿Y Jim Palmer? Actualmente es constructor y está estudiando ingeniería; todo por los cuentos de míster Parkings. ¡Sí habremos construído puentes y arreglado caminos! Y siempre como en broma.

Poco más o menos así eran las explicaciones de todos los que habían alcanzado el tiempo de míster Parkings. Recordaban con cariño al viejo maestro, aunque sin haberlo comprendido bien. Y en los actuales tiempos el ambiente era otro. No pude, entonces, realizar el experimento.

Cuando estuve de regreso busqué en seguida a míster Parkings.

—El "Servicio de trabajo voluntario" es muy útil —le expliqué—; pero de la manera que ahora funciona sólo lo es para las carreteras y los puentes, no para los "voluntarios".

La cara de míster Parkings reflejó verdadero asombro.

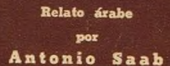
—Sí —proseguí—; porque no es la organización lo que puede producir hombres de provecho por medio de la fuerza de sus leyes. Ningún sabio "contagia" nada si no trajo al nacer la facilidad de decir siempre la palabra que hace amar las cosas. En resumen, allí falta míster Parkings, y, a mi juicio, falta todo.

—Bueno —me contestó—, para que no me discuta, acepto que allí falte yo; pero, créame, hombres como yo sobran en el mundo...

—No, señor; en el mundo hay muchos sabios, pero muy pocos saben "enseñar"...

Y esta discusión se prolongó indefinidamente. Mientras tanto, los campamentos del "Servicio de trabajo voluntario". de los Estados Unidos funcionan y hacen trabajar a los desocupados; pero no "enseñan", porque falta en ellos míster Parkings, el hombre que cree que para enseñar hay que contagiar... ◈

Treinta mil libras esterlinas por una taza de café



Relato árabe
por
Antonio Saab

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



ESPACIOS sin límites. Aspecto invariable. Tristeza continua. No hay señales de agua ni de vegetación. El sol abrasa la inmensa llanura. Los días no cambian nunca. Calor permanente. Igual temperatura en todas las estaciones del año. Cuando llueve, la lluvia es de arena. Cuando los vientos soplan, es el simún, el terrible viento del desierto. Los animales, o no han existido allá, o han emigrado. Sólo el gerbo, animal diminuto, a pesar de la no existencia de agua ni de alimentos, subsiste todavía. El infierno verde del Amazonas es un cielo en comparación a éste, color de lavas y fuego. Parece que la naturaleza ha estado, desde el comienzo de los siglos, en continua huelga con estos parajes, a los cuales no ha querido conceder ninguna de sus bondades.

"Docenas de fusiles, esgrimidos por los bandidos en vano, y todos sus integrantes, en señal de no resistencia





"La mayoría de los integrantes que componían la caravana fué prestamente despojada de su bolsa de dinero. Pero, de repente, se oyó en medio de aquella soledad un grito agudo, ordenando a los bandidos devolver inmediatamente a cada uno de los peregrinos todo lo que le pertenecía. ¿Qué había ocurrido?..."

Esta es una resumida descripción de la parte del desierto de Arabia comprendida entre la ciudad de Cheddah y la ciudad de La Meca, donde reposan los restos del Profeta.

Sin embargo, y a pesar de la incomodidad y los múltiples sufrimientos que se presentan al viajero, miles y miles de peregrinos musulmanes van todos los años a La Meca y Medina. El más civilizado de los creyentes en el Profeta considera como un deber sagrado visitar la tumba del fundador del Islam, por lo menos una vez en su vida.

Caravanas compuestas de centenares de camellos y de miles de hombres recorren permanentemente ese trayecto. La tradición se cumple estrictamente a través del tiempo y los siglos, y el fanatismo guía a aquellos seres, que soportan fatigas, hambre, sed, sufrimientos, fiebres y muchas veces la muerte, para seguir un camino, trazado siglos antes por sus antepasados, y cumplir con el deber de conservar las tradiciones y las costumbres de sus padres y abuelos.

❦ ❦ ❦

Sobre el mar Rojo, como una novia jovial, se levanta la ciudad de Cheddah. Sus casas blancas, de estilo netamente árabe, presentan a la vista un aspecto agradable. En sus calles, estrechas y arenosas, no se ve más que el vaivén de los hombres. Diríase que las mujeres no existen en aquella ciudad: primero, porque el islamismo prohibe la salida de ellas a las calles, y, segundo, porque no abundan en Cheddah, ciudad que es la última estación del camino que conduce a La Meca.

Cada día, en Cheddah, se ven figuras nuevas y se oyen dialectos raros. Grupos de hombres se advierten por las tardes sentados en los cafetines.

He aquí varios de tez color de bronce y con las cabezas envueltas en turbantes kaki. No hablan el idioma árabe. Son de la India y piensan seguir hasta La Meca y Medina. ¿Tienen, acaso, derecho a transitar por aquel camino prohibido terminantemente a los "infieles" que no abrazan la fe del Corán y no creen en los principios del Profeta?... Lo tienen, sí, pues no sólo en Arabia hay musulmanes, sino en la India, en todos los países de Asia,

... hicieron detener el paso de la pacífica cara- ... de inmediato los brazos ante la fiera amenaza."



"El jefe de los bandidos ordenó a continuación a los hombres que formaban en su banda que acompañaran a la caravana hasta La Meca y regresaran con ella hasta el punto de partida, para protegerla en el camino..."



de Africa y en muchos países de Europa. Hasta en Rusia y en Francia hay mahometanos que creen en el Profeta y les sobra derecho para visitar la tumba de quien fundó una religión por la fuerza y con el filo de la espada.

Cuando un musulmán logra regresar sano y salvo de la peregrinación a La Meca, es llamado *jach*, es decir *peregrino*, título de alto honor, pues quien lo posee es venerado, respetado y merecedor de toda la confianza, y tiene el derecho a usar un turbante con faja verde.

❦ ❦ ❦

No hace muchos años, un grupo de *peregrinos* estaba sentado alrededor de una mesa en uno de los cafetines de Cheddah. Algunos de estos hombres tomaban tazas de café de Moka, producido por la ciudad que lleva su nombre, situada en uno de los rincones de Arabia; otros fumaban el narguile, charlando todos animadamente sobre el viaje, el calor, la incomodidad y las dificultades. De repente se oyó la voz del dueño del establecimiento pidiendo con ira, a uno de los clientes, el pago de una taza de café que había tomado. El hombre se excusaba diciendo que había olvidado su dinero. Esta excusa no dejó satisfecho al dueño, y cuando trataba de llamar a la autoridad, uno de los del grupo de la mesa vecina, se levantó y ofreció pagar por el desconocido. Este lo miró atentamente, sin decir palabra alguna, y abandonó el establecimiento agradecido e indignado.

❦ ❦ ❦

Una semana después del suceso ocurrido en el cafetín de Cheddah, una caravana compuesta por un centenar de camellos y varios centenares de hombres caminaba lentamente por las tierras arenosas y cálidas del desierto. Los hombres iban casi desnudos. El único amparo contra los trallazos del sol lo improvisaban sobre la calcinada ruta las sombras de los rumiantes dromedarios. Todos los caminantes llevaban el dinero, según la costumbre del desierto, en una bolsa colgada del cuello. Al cruzar una enorme duna, los peregrinos se encontraron con una horda de bandidos, cuyo número pasaba de cien.

Docenas de ametralladoras y fusiles hicieron detener el paso de la caravana, y todos sus integrantes, en señal de no resistencia, alzaron los brazos. La mayoría de ellos fué prestamente despojada de su bolsa de dinero. Pero, de repente, se oyó en medio de aquella soledad un grito agudo ordenando a los bandidos devolver inmediatamente a cada uno de los peregrinos todo lo que le pertenecía. ¿Qué había sucedido?... Una semana antes, en un cafetín de la ciudad de Cheddah, un hombre no tenía con qué pagar una taza de café y otro pagó por él. El primero era el jefe de la horda; el segundo, uno del grupo que estaba sentado en torno de la mesa vecina. Al reconocerle, el jefe se abstuvo de tocar un solo céntimo del dinero de los de la caravana; y, en cambio, por gratitud, ordenó a sus hombres que acompañaran a la caravana hasta La Meca y luego regresaran con ella hasta el punto de partida, para protegerla en el camino. El dinero salvado ascendía a la respetable suma de treinta mil libras esterlinas oro y fué devuelto generosamente como señal de gratitud al hombre que en un cafetín de Cheddah le pagó un día a un desconocido una taza de café. ◈





El honor

(DRAMA PARODIA)

por **LEONIDAS ANDREIEV**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

LLEGAN *los sones de una música lejana. Una noche de primavera. Un viejo jardín, limitado por un ancho foso. Una escalinata casi en ruinas. Sobre las copas de los árboles se perfila la masa sombría del castillo. Todas las ventanas están iluminadas. Sobre el almenado muro acaban de encender barriles de alquitrán, que lanzan siniestros fulgores.*

Sentada sola en un banco de piedra está la condesa. Lleva un traje blanco, y una pequeña corona adorna sus cabellos. Aparece en la antigua escalinata el viejo conde. Le precede su fiel servidor, el anciano Astolfo, de aspecto muy semejante al de su amo. Astolfo, encorvado, con una linterna en la mano, le alumbra el camino al aristócrata.

EL CONDE. *(Sin ver a su hija, con voz colérica.)* — ¡Que levanten de nuevo todos los puentes! ¡Que apaguen las luces! ¡Que se retire la servidumbre! ¡Que se acompañe a los barones a sus aposentos! Es hora ya de que todo el mundo descanse. Demasiado hemos esperado al novio y, aunque nos lo ha recomendado el propio emperador, no somos lo bastante ricos para hacer arder toda la noche aceite y alquitrán. ¡Que se apaguen todos los fuegos!

ASTOLFO. — ¿Y cuáles son las órdenes del conde en lo que se refiere a las mesas servidas?

EL CONDE. — ¡Que les echen toda la comida a los perros! Pero no: somos demasiado pobres para eso; estamos más hambrientos aun que los perros. No, Astolfo; dales, más bien, a mis barones de comer, pues están no menos hambrientos que yo, y guarda los restos en la cueva. Nos los comeremos después, procurando que duren todo lo posible. Sí, Astolfo, todo lo posible. En nuestra situación hay que ser muy económicos.

ASTOLFO. — ¡A vuestras órdenes, conde!

EL CONDE. — Sí, Astolfo, hay que ser económico. Seamos como aquella burguesa prudente que, después de casar a su hija, se nutrió durante medio año con los restos del festín nupcial. Escatima cada pedazo, pésalo, calcúlalo. Si se cubre de moho, corta la parte superior; a pesar de eso, lo comeremos muy a gusto.

ASTOLFO. — Los barones están furiosos; desde por la mañana están esperando al duque, al noble prometido de la noble condesa Elsa.

EL CONDE. — ¡Los barones! Y tú, Astolfo, ¿estás contento? A juzgar por tu cara, me parece que no. *(Reparando en su hija.)* ¡Ah!, ¿estáis ahí, condesa? ¿Sola, sin vuestras damas de compañía? *(A Astolfo.)* ¡Puedes irte, muchacho!

(Astolfo deja la linterna sobre la balaustrada y se va.)

EL CONDE. — Vuestro prometido no se apresura demasiado, condesa Elsa; hace largo rato que ha anochecido, y sigue sin venir. Desde por la mañana tenemos abiertos los brazos para recibir al noble huésped, y sólo abrazamos el vacío. ¿No creéis, condesa, que esta tardanza manifiesta una falta de respeto, tanto a vos como a vuestro viejo padre? *(Elsa no contesta.)*

EL CONDE. — ¿Os calláis? Sí, tenéis razón; cuando se trata del honor de vuestro padre, preferís callaros. Vuestro padre está enfermo de orgullo — ¿no se llama así mi enfermedad? —, y nuestro buen emperador le ha prescrito, como medicina, un yerno para uso interno, como dicen los médicos. ¡Ja, ja, ja! Sí, para uso interno, y nosotros hemos abierto ampliamente la boca... es decir, la puerta, para recibirle; pero no viene. Sí, nuestro buen emperador ha encontrado un remedio seguro contra mi enfermedad. Pero si vuestro prometido os ama, hay que confesar que su amor tiene pasos muy cortos. ¡Qué, condesa!, ¿lloráis?

ELSA *(Llorando)*. — Padre, le ha ocurrido una desgracia. Tengo un presentimiento. Le ha ocurrido una desgracia.

EL CONDE. — ¿Crees? Es chistoso; hasta ahora, yo estaba seguro de que era a nosotros a quien nos había ocurrido una desgracia.

ELSA. — Esta mañana, cuando vi la luz del sol, ya experimenté un presentimiento doloroso. Y todo el día he sido presa de temores. El sol se ha puesto ya, y le sigo esperando en vano. Ha muerto, padre; estoy segura.

EL CONDE. — Según mis noticias, el duque goza de una excelente salud. Vuestros temores, condesa, son exagerados, como vuestro amor. Bajo la protección del propio emperador, avanza tranquilo a través de nuestras tierras. Se burla del odio de mis barones hambrientos, que rechinan, rabiosos, los dientes, como los lobos en invierno. No tiene nada que temer, puesto que su cabeza está protegida por las alas y el pico rapaz del propio emperador.

ELSA. — Pero ¿por qué no viene? Hace



largo rato que ha anochecido y le sigo esperando en vano.

EL CONDE. — Sí, hace largo rato que ha anochecido, y no está todavía aquí. ¡Oh, si yo no fuese el conde mendigo, de quien se burlan en la corte; si mis muros almenados no estuviesen punto menos que en ruinas; si mi castillo fuese una fortaleza sólida y amenazadora, como en tiempos de mis abuelos, entonces el duque no se retrasaría! ¡Sería cortés y respetuoso como el último de mis vasallos, hubiera llegado muy de mañana y, arrodillado ante mí, me hubiera lamido, como un perro sumiso, la mano!

ELSA. — ¡Padre, es el elegido de mi corazón!

EL CONDE. — ¡Y al mismo tiempo, mi enemigo!

ELSA. — No le conoces. Cegado por el odio al emperador, empezaste a odiar al duque sin haberle visto siquiera.

EL CONDE. — Sí, odio a todos esos aduladores serviles que andan a cuatro patas por las gradas del trono. Mendigan lo que hay que tomar por la fuerza. A la vida libre de un lobo prefieren la de un perro encadenado a su caseta, porque le tienen miedo al hambre. Son traidores a nuestra libertad. Ellos han arruinado mi castillo, en los agujeros de cuyos muros, en otro tiempo terribles para nuestros enemigos, hacen ahora sus nidos los cuervos. La servidumbre se ríe a hurtadillas cuando mando levantar los puentes: sabe que eso es inútil, porque se puede penetrar en el castillo por los muros agujereados. ¡Levantar los puentes! ¡Ja, ja, ja!

ELSA. — No eres justo, padre; mi Enrique es honrado y noble. ¿No te ha tendido la mano para obtener tu gracia?

EL CONDE. — Sí, y yo no he aceptado esa mano.

ELSA. — Te ha suplicado que consientas en nuestro matrimonio, mientras que tú, con la crueldad de un hombre obcecado...

EL CONDE. — Puedes no medir demasiado tus palabras, Elsa; no tienes que violentarte con tu viejo padre. El propio emperador te apoya, sus garras mantienen mi cabeza humillada, su pico ha peinado esta mañana mis cabellos blancos para la acogida del novio. Sé audaz y noble como tu prometido, Elsa. Es verdaderamente irritante: ¡un conde miserable se opone a esa boda, grata a los ojos del emperador! Si el pobre conde se obstinase, el duque se arrastraría hacia el trono del emperador y le rogaría que le diese lo que no le pertenece: la hermosa hija del ridículo viejo. ¡Y la hija se daría gustosísima al noble duque, mientras su viejo padre!...

ELSA. — ¡Ten piedad de mí, padre mío! ¡Le amo tanto!

EL CONDE. — Yo también he conocido el amor; pero si tu madre se hubiera parecido a ti, la hubiera echado como a una ínfima esclava, como a una innoble criatura, sólo útil para satisfacer los caprichos fugaces de sus amos.

ELSA. — ¡Os dejáis llevar de la ira, conde! Cuando rechazasteis brutalmente al duque al pediros mi mano, yo me postré a los pies del emperador, rogándole que tuviese piedad de los infelices enamorados y que suavizase su poder divino vuestra crueldad.

EL CONDE. — ¡Sí, con su poder divino! ¡Muy bien dicho!

ELSA. — Y entonces el emperador, tomándome bajo su protección, os dirigió una orden en la que me llamaba su hija. Ahora insultáis al emperador.

(El conde baja irónicamente la cabeza.)

EL CONDE. — ¡Os pido humildemente perdón, duquesa! Espero vuestras órdenes; mi castillo está por completo a vuestra disposición, lo mismo que a la del señor duque. He hecho mal ordenando que se apaguen las luces. En seguida van a encenderlas de nuevo. Voy a ordenar que se enciendan todos los fuegos, que arda el alquitrán en los barriles; vamos a esperar toda la noche al novio retrasado, sin pegar los ojos en nuestro éxtasis amoroso y nuestra sumisión canina.

ELSA. — Perdóname, padre.

EL CONDE. — Sí, seremos dóciles como perros; de otra suerte, el emperador podrá enfadarse con nosotros. Hace mucho tiempo que detesta al conde miserable que se atreve aún a conservar un poco de altivez, y mañana, quizá, le echará de su nido familiar y ordenará luego la destrucción del nido. *(Finge que llora.)* ¿Adónde irá entonces el desgraciado conde? ¿Dónde encontrará un asilo? Es pobre, va mal vestido. Los perros de la aldea le morderán las piernas; las mujeres y los niños harán mofa de él. ¿Adónde irá entonces el desgraciado conde? *(Cae de rodillas ante Elsa y trata de tomar sus manos para besarlas.)* ¡Oh, noble y generosa duquesa! ¡Os ruego que os compadezcáis de mí! Suplicad a nuestro buen emperador que no me eche; dadle la seguridad de mi plena, de mi absoluta sumisión...

ELSA. — ¡Vamos, padre! ¡Te lo suplico! Levántate.

EL CONDE. — Sí, noble duquesa; suplicad al emperador que no destruya el nido en que ha nacido el pobre conde. No hay piedra, no hay agujero en el castillo que le sean desconocidos. De niño andaba a gatas por las losas del patio. Desde sus torres, siendo mozo, miraba a lo lejos, soñando conquistar el mundo y adornar su frente con una corona. Aquí conoció a su mujer, y, bajo las frondas de estos árboles, arrullaba a su pequeña Elsa, que era el sol de su vida...

ELSA *(Llorando)*. — ¿Qué haces conmigo, padre? ¡Déjame! ¡Me haces daño en las manos! ¿Lloras de verdad? Sí, siento en las manos la humedad de tus lágrimas. Te lo ruego, no llores. Ten piedad de mí. ¡Si supieras cómo le amo! ¡Sufro tanto! ¿Qué le ha sucedido? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no viene? Un terror loco se apodera de mí. He estado temblando todo el día. Tengo terribles presentimientos. Apiádate de mí, padre; procura tranquilizarme. ¿Te acuerdas de mi madre? ¡Qué hermosa era! ¡Cómo la amabas! *(El conde se levanta y se aparta un poco.)*

EL CONDE. — Calmaos, condesa; el deseo de nuestro emperador se cumplirá. El castillo está dispuesto para el recibimiento del noble prometido. Voy a mandar que enciendan nuevos fuegos; los barriles de alquitrán están ya apagándose,

ELSA. — ¡Padre!

EL CONDE. — ¿Queréis, quizá, que os envíe a vuestras damas de compañía? No tenéis más que mandarlo. Pero no; el amor prefiere la soledad. Perdonad a un viejo que ha olvidado ya lo que es el amor. ¡A vuestras órdenes!

(Sube por la escalinata.)

ELSA *(Sola)*. — ¡Pobre padre, cuánto sufre! No conoce a mi Enrique. Cuando lo conozca le amará como yo le amo... ¿De qué proviene esta tristeza que invade mi alma? ¡Ah, ese presentimiento! Y luego ese lúgubre castillo... Ese viejo estanque, cubierto de musgo verde... Lo aborrezco. Me da miedo, sobre todo hoy. Está lleno de ranas que saltan ruidosamente de la orilla al agua. Cuando he visto esta noche reflejarse nuestro castillo con sus ventanas iluminadas, en el agua inmóvil del estanque, he pensado que así de-

de ser el castillo de la muerte. ¡La muerte!... Pero si Enrique, en efecto, ha muerto, ¿por qué le siento tan cerca de mí? Sus besos me queman los labios, y mi corazón...

(Se interrumpe de pronto y deja escapar un grito. Sale el duque de entre los árboles.)

ELSA. — ¿Quién es?

ENRIQUE. — ¡Elsa! ¡Amor mío! ¡Mi amada prometida!

ELSA. — ¡Enrique!

(Se abrazan y permanecen así unos momentos, las bocas juntas en un beso. En lo alto de la escalinata aparece Astolfo. Mira un instante y desaparece de nuevo.)

ELSA. — ¿Por qué me habéis hecho esperar tanto tiempo? He creído morir de angustia y desesperación. Enseñadme la faz... Sí, sois vos... eres tú... ¿Por qué no dices nada, Enrique? ¿Acaso has muerto y no eres más que tu espectro?

ENRIQUE. — Sí, soy mi espectro.

ELSA. — ¿Pero cómo queman tus labios de tal modo? Los labios de un espectro están fríos y mudos.

ENRIQUE. — Una llama del infierno arde en ellos.

ELSA. — ¿Y cómo fulguran de tal modo tus ojos? Los ojos de los espectros están apagados y mudos.

ENRIQUE. — Los iluminan resplandores del paraíso. ¡Amor mío, novia querida! ¡Si supieras cómo te amo! ¡Qué largo ha sido este día para mí!

ELSA. — ¡Y para mí qué terrible!

ENRIQUE. — No podía más. He abandonado a mis barones y mis guerreros — ¡avanzan tan lentamente, de una manera tan solemne! — y he corrido aquí. ¡Qué dicha, te he encontrado sola! ¿Me esperabas aquí, amor mío?

ELSA. — No. ¡Pero qué extraña capa llevas!

ENRIQUE. — Es la de uno de mis servidores; no he querido que me reconociesen aquí. No soy yo, Elsa; soy mi espectro. El verdadero duque viene con sus barones.

ELSA. — No estarán lejos.

ENRIQUE. — No; pronto oirás los sonidos de las trompetas, y entonces mi espectro te dejará.

ELSA. — ¿Por mucho tiempo?

(Cambian besos y hablan en voz baja. En lo alto de la escalinata aparecen el conde y Astolfo.)

ASTOLFO *(Quedamente)*. — ¿Veis, conde?

EL CONDE *(También quedamente)*. — Sí, ya veo.

ASTOLFO. — ¡Es el duque!

EL CONDE. — ¿Crees?

ASTOLFO. — ¿Quién puede ser, si no, ese hombre? Sí, es el duque.

EL CONDE. — Pero ésa no es su capa.

ASTOLFO. — Y, sin embargo, le reconozco; es el duque.

EL CONDE. — Lo dudo. Es otro, sin duda. El muchacho, es otro. ¡Pero es terrible! La pérfida traiciona a su noble prometido, y mientras él vuela hacia aquí en alas del amor, ella se deja abrazar por un advenedizo. ¡Ahí tienes lo que son las mujeres, Astolfo!

(Se echa a reír.)

ASTOLFO. — ¿Bromeáis, conde?

EL CONDE. — Nada de eso. Lo que estás viendo no parece una broma.

ASTOLFO. — Pero os aseguro que es el duque.

EL CONDE. — ¡Calla, tonto! ¿Crees al duque capaz de una cosa así? Según tú, es capaz de meterse en el castillo, en medio de la noche, por cualquier agujero, como un ladrón, como una zorra en el gallinero para robar gallinas. El duque, en efecto, nos ha sido impuesto por el emperador; pero nos tiene respeto y no se permitiría nunca... Parece que requieres tu sueño, amigo.

ASTOLFO. — Comienzo a tener dudas. Vos veis mejor que yo, conde.

EL CONDE. — Además, la noche es oscura, ¿verdad?

ASTOLFO. — Sí, muy oscura.

EL CONDE. — ¿Ves? Y cuando está oscuro es muy fácil equivocarse.

ASTOLFO. — Sí, es muy fácil. ¡Decididamente, no es el duque!

EL CONDE. — ¡Pobre duque! ¡Ser engañado tan cruelmente en su misma noche de bodas! Pero vamos a defender su honor, que no puede defender por sí mismo.

ASTOLFO. — Sí, no es él. Ahora lo veo bien.

EL CONDE. — ¡Silencio! Trae tres hombres... de los que tengan más hambre: el hambre doblará sus fuerzas... ¡Ah, villano, cómo besa a mi hija, a la novia del pobre duque!... Sí; trae tres hombres y acechad a ese intruso. Cuando pase por delante de vuestro escondrijo caed sobre él y tiradlo al estanque. Chist... Le ataréis a las piernas plomo y piedras... ¡Cómo besa a mi hija ese ladrón de mi honor!

ASTOLFO. — Sí, ahora estoy convencido de que no es el duque.

EL CONDE. — ¡Silencio!

(Se van.)

ELSA. — ¿Por qué te has hecho esperar tanto?

ENRIQUE. — ¡Oh, el día me ha parecido interminable! Desde por la mañana, desde que he visto salir el sol, he corrido hacia ti; pero la tierra parecía adherirse a mis pies. ¡Mil obstáculos, mil aventuras, mil desgracias! Ya es mi caballo, que cae muerto sin que se comprenda por qué; monto otro caballo veloz como el viento, y sigo devorando el espacio. Ya es un río que me ataja el camino; me lanzo al agua y lo cruzo a nado. Hombres y caballos se hunden; pero yo salgo sano y salvo.

ELSA *(Lanza un grito)*. — ¡Ah!

ENRIQUE. — ¿Qué tienes?

ELSA. — Nada. Me había parecido oír algo. Decías que un río te había atajado el camino...

ENRIQUE. — Luego, unos hombres nos atacan. Una batalla sangrienta sobreviene; pero logramos abrirnos paso.

ELSA. — ¿Y después?

ENRIQUE. — Atravesamos una ciudad ardiendo. Creo que nunca voy a salir de ella. No tarda mi segundo caballo en caer. Mis barones gruñen. En todos estos contratiempos van funestos presagios. Las cejas fruncidas, aunque intrépidos, se muestran recelosos y no quieren avanzar más. Insisten en que nos detengamos, pero yo grito: "¡Adelante! ¡Mi amada prometida, mi hermosa, me espera! ¡Adelante!". Y heme aquí contigo. Toco tus manos y tus hombros y respiro tu puro aliento. Se me figura un dulce sueño. Pero ¿por qué no dices nada? Pareces inquieta; tu corazón late presuroso. Di, querida mía, ¿qué tienes?

ELSA. — Nada. Pero el sol de hoy era tan triste...

ENRIQUE. — Ya se ha puesto.

ELSA. — Sí, se ha puesto; no está ya en el cielo, y tú estás aquí, junto a mí. Pero no, no eres tú; es tu espectro de los labios ardientes y la mirada luminosa.

(Se oyen las trompetas.)

ELSA. — ¡Es el duque que llega!

ENRIQUE. — Sí, es el duque.

ELSA. — Dios mío, ¿cómo le confesaré mi traición? He abrazado a otro.

ENRIQUE. — El duque llega y yo debo ale-



jarme. Tiene gracia; me inspira algo así como celos el feliz mortal cuya llegada anuncian esas trompetas.

ELSA. — Llega de una manera solemne, acompañado de barones armados.

ENRIQUE. — Y de guerreros. Lenta y gravemente se adelanta su magnífico caballo... Pero no va nadie en la silla.

(Ríen. En lo alto de la escalinata aparecen cuatro sombras, y desaparecen al punto en las tinieblas. Se oyen por segunda vez las trompetas.)

ENRIQUE. — ¡Adiós, amor mío!

ELSA. — ¡Un momentito más!

ENRIQUE. — Están ya a la puerta. Hemos convenido en que si yo no les respondo a la tercera llamada, invadirán el patio del castillo. Tienen miedo de que me suceda alguna desgracia.

ELSA. — Sí, mi padre está furioso.

ENRIQUE. — Le reservo una gratísima sorpresa: cediendo a mis insistentes ruegos, el emperador se ha dignado devolver a tu padre todos sus antiguos dominios y posesiones.

ELSA. — ¡Qué bueno eres!

ENRIQUE. — ¡Cuánto te amo! ¡Adiós, mi amor, mi dicha, mi sol de mañana! He venido a tu lado por breves instantes, como un espectro, y dentro de un momento vendré de nuevo, entonces a unirme contigo para toda la vida.

ELSA. — ¡Un momento más!

(Se oyen por tercera vez las trompetas.)

ENRIQUE. — Me llaman. Parecen muy inquietos. Acudo. ¡Adiós, amor mío!

ELSA. — ¡No, hasta la vista! Enrique, amado mío, te espero. ¡Dime algo más..., una sola palabra! ¡Enrique!

(Al alejarse, Enrique le dice con voz queda: "¡Elsa!". Luego desaparece. Al punto se oye un ruido ahogado de lucha, un sordo gemido; después, todo queda tranquilo.)

ELSA. — *(Asustada.)* ¡Enrique!... No me oye. ¿Quién habrá lanzado ese gemido lastimero? Quizá no haya sido sino fruto de mi imaginación. Es posible.

(El sonido de las trompetas se hace más insistente.)

ELSA. — ¡Trompetas queridas! ¡Qué alegres suenan! ¡Cantad más alto, más alegremente, queridas trompetas! Acompañad a mi prometido, a mi espectro de los labios ardientes. Se ha retrasado un poco; pero hay que perdonárselo: se ha retrasado besándome. ¡Ah, Elsa, liviana doncella! No tienes pudor. ¿A quién acabas de besar en la obscuridad? Tus mejillas enrojecidas te denunciarán... Gracias a Dios, las trompetas han callado al fin. Ahora mi Enrique estará ya sobre su caballo... Debe de estar entrando ya en el castillo. A la puerta le recibirá mi padre... ¡Pobre padre!

(Las trompetas lanzan aún algunos sonidos apagados.)

ELSA. — ¿Qué es eso? ¿Todavía? Probablemente es reglamentario entre esos guerreros, de cuyas costumbres no tengo la menor idea... ¡Ah, ya han entrado! ¡Están en el patio del castillo!

(Se oyen gritos, ruido. A través del follaje se ven ir y venir antorchas.)

ELSA. — Me buscan a mí. Me da vergüenza lo que he hecho, y mis mejillas enroj- cidas me venderán, sobre todo al resplan de las antorchas. Cuando tú, Enrique, me mi- res con una sonrisa maliciosa, me moriré de confusión. No, no; esperaré aquí... *(Una corta pausa.)* ¡Dios mío, se acercan! Oigo pasos pesados y rápidos...

(Aparece, gritando, una turba de hombres armados. Llevan en la mano aceros desnudos. Les siguen los barones del viejo conde, con las cejas fruncidas, gruñendo, llenos de una cólera sorda. Las antorchas proyectan una luz lúgubre sobre la escena. Se oyen gritos de "¡El duque!" "¿Dónde está el duque?")

VALDEMAR. — ¿Sois vos, conde? ¿Dónde está el duque? ¿Dónde está Enrique?

ELSA. — No comprendo lo que me preguntáis.

VALDEMAR. — ¿Dónde está Enrique? Soy su amigo. Le buscamos por todas partes y no le encontramos. Os suplico, condesa, que nos digáis dónde se halla: ¡vos debéis saberlo!

LOS BARONES. — ¡Es terrible! ¡Insultan a la condesa!

ELSA. — ¡Pero yo no le he visto!

VALDEMAR. — Eso no es verdad: nos ha dejado para correr junto a vos. ¡Le habéis visto!

LOS BARONES. — *(Blandiendo los aceros.)* ¡Qué insolencia! Llamad al conde: ¡insultan a su hija!

—¡Nos han hecho esperar todo el día!

—¡Y ahora se atreven a acusar de liviandad a la condesa!

—¡Defenderemos su honor!

—¡No permitiremos que se la insulte!



(En lo alto de la escalinata aparece el viejo conde.)

EL CONDE. — Esperad, barones. ¿Quién se atreve a acusar de liviandad a mi hija? ¿Y qué gentes son ésas, con traza y gesto de bandidos?

(Valdemar y los barones del duque Enrique se descubren.)

VALDEMAR. — Perdonad, conde, nuestra irrupción: buscamos al duque. Nadie pone en duda vuestra nobleza caballeresca, conde. Pero vuestro amor al duque no es menos grande. Debéis comprender nuestra ansiedad cuando, a pesar de nuestra tercera llamada, no ha acudido junto a nosotros.

ELSA. — ¿Cómo? ¡No ha acudido!

EL CONDE. — Me llenáis de asombro. ¿No está con vosotros el duque? ¿Dónde está entonces? Desde muy de mañana esperamos con los brazos abiertos al noble prometido de mi hija. Los barones están ya cansados de esperarle.

(Los barones prorrumpen en exclamaciones de enojo.)

EL CONDE. — ¿Dónde está, pues, vuestro duque? ¿Acaso la turba de bandidos que, pisoteando el honor caballeresco, se atreve a blandir los aceros en nuestro castillo, pretende reemplazarle? En tal caso, me veré obligado a decirle al emperador: “Son demasiados pretendidos para mi hija”.

VALDEMAR. — A vos, conde, es a quien corresponde decir dónde se encuentra el duque.

EL CONDE. — ¿A mí?

VALDEMAR. — Sí, a vos. El duque estaba aquí. Ved la prueba: aquí está su guante.

(Asombro. Gritos de indignación.)

VALDEMAR. — Sí, ha estado aquí, donde tenía una cita con vuestra hija.

(Los gritos de indignación aumentan.)

EL CONDE. — Estáis en un error, caballero. Aunque yo no vea con buenos ojos la boda del duque con mi hija, no puedo creerle un ladrón que se cuele por un agujero en el castillo, cuando todas las puertas están abiertas para él de par en par. No tenemos motivos para amar al duque; pero le debemos respeto por el rango que ocupa. Y aunque sois tan amigo suyo, le conocéis muy poco si le juzgáis capaz de atentar contra el honor de su prometida y contra el mío. Buscad a vuestro duque en cualquier otro sitio; acaso le encontréis en una taberna del camino, empinando el codo...

(Los barones del conde ríen. Los del duque hacen gestos amenazadores y lanzan gritos de indignación.)

VALDEMAR. — ¡Registraré de arriba abajo el castillo!

EL CONDE. — Haced lo que os plazca... *(Una corta pausa.)* Pero oíd un momento. Astolfo, ven aquí. *(A Valdemar.)* ¿Estáis seguro, caballero, de que el duque no está entre vosotros? Eso me inquieta: temo que haya sido víctima de un advenedizo. Yo no quería revelar este secreto sino al propio duque; pero puesto que sois su amigo... Caballeros, escuchad lo que voy a deciros: ¡Mi hija ha sido infiel a su prometido! Es una vergüenza para ella y para mí; pero no quiero ocultarla.

ELSA. — ¿Dónde está Enrique? ¡Voy a volverme loca! ¿Por qué todas esas antorchas? Lanzan un resplandor terrible. Enrique, ¿dónde estás?

EL CONDE. — ¡Representas bastante bien la comedia, hija mía! Sin embargo... Astolfo, refiere lo que has visto.

ASTOLFO. — Estábamos aquí, en este mismo escalón...

EL CONDE. — ¡Más aprisa, muchacho! Sé lacónico.

ASTOLFO. — Y vimos de repente a alguien, que llevaba una vieja capa y parecía un criado, abrazar a la condesa. “¡Qué desgracia! — me dijo el conde —. Mi hija le es infiel a su prometido. Nunca una cosa así ha deshonrado a nuestra familia!”

EL CONDE. — ¡Más aprisa, muchacho!

ASTOLFO. — El conde añadió: “Trae tres hombres, lánzate sobre el malhechor, átale a los pies plomo y piedras y...”

VALDEMAR. — ¿Y lo has hecho? ¡Oh, cielos! ¿Dónde está el duque entonces?

(Silencio.)

EL CONDE *(Señalando con la mano)*. — Ahí, en el fondo del estanque.

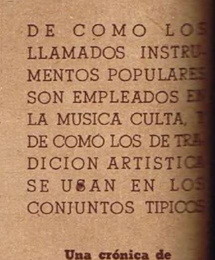
(Gran agitación entre los asistentes.)

ELSA. — ¡Enrique! ¡Espectro querido de los labios ardientes! ¡Voy a reunirme contigo, amado mío!

(Cae muerta.)

VALDEMAR. — No eres un padre; eres una bestia feroz. Apresad a ese monstruo y encadenadle. ¡Como una fiera, se lo llevaremos enjaulado al emperador! ¡Prended fuego por los cuatro costados a ese castillo maldito! ¡Que no quede nada de este nido lúgubre! ¡Qué la inmensa hoguera se eleve, en medio de la oscura noche, a los cielos! ¡Así festejaremos tu boda, duque Enrique, desgraciado amigo! ✦

Del saxofón a la pandereta, pasand



DE COMO LOS
LLAMADOS INSTRU-
MENTOS POPULARES
SON EMPLEADOS EN
LA MUSICA CULTA,
DE COMO LOS DE TRA-
DICION ARTISTICA
SE USAN EN LOS
CONJUNTOS TIPICOS

Una crónica de

Luis Arnaldo Castro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Dos instrumentos de música culta que se utilizan en la música pop
El saxofón o saxófono (a la derecha), inventado hace más de una
turia por Antonio José Adolfo Sax, y el trombón de varas (en el c
denominado en buen romance con la poco eufónica voz de "sacab

Aunque el bandoneón es considerado por muchos como un instr
argentino, su creación se atribuye a los germanos. Lo que no obsta,
luego, para que sus bellos y quejumbrosos graves se presten com
encargo para expresar elocuentemente las tristezas del alma

DEDIQUEMOS algunas breves consideraciones a los ins
mentos populares empleados episódicamente en la música
y, como contrapartida, también a aquellos de tradición artí
usados en los conjuntos típicos. ¿Con qué sentido decim
frase *instrumentos populares?* Si para fijarlo nos echár
aguas arriba en busca del origen de tales piezas sonoras —
como para determinar el significado de las voces los filó
estudian su etimología —, sólo lograríamos, en cuanto toca
la evolución histórica de cada uno de ellos, enredarnos en
daderas madejas y confundirnos en un mar de contradicci
Lo mismo ocurriría, aunque en primera instancia no lo par
si para nuestro propósito nos detuviéramos a juzgar la

por el bandoneón

a menor perfección de los diversos instrumentos desde el punto de vista artístico o expresivo.

Para el caso cabe, por lógico y sencillo, designar *instrumentos populares* a aquellos que, generalizados entre las gentes del pueblo, no han llegado a tomar carta de ciudadanía en la música culta. Diríamos que la definición cobra, así, más sentido social que técnico.

Sabido es que algunos instrumentos populares han ganado universalidad (el acordeón, la ocarina, etc.), mientras otros (la tenora en Cataluña, la trutruka entre los araucanos, por ejemplo) se guardan recatadamente en los límites de ciertos pueblos o regiones.

Con respecto a estos individuos de la familia musical se suele abrigar creencias erróneas y hasta disparatadas.

Hace algunos años, a propósito de no recordamos qué obra sinfónica estrenada en Europa, cierto corresponsal periodístico lanzó al mundo la noticia de que por primera vez se habían utilizado instrumentos de "jazz" en una composición musical de corte clásico. Se refería a los saxofones... No hubo músico que no rubricara con espontánea carcajada la lectura de semejante dislate. Porque el saxofón (o saxófono, si queremos usar término más consonante con la índole del idioma español) existe desde época en que nadie soñó la rabiosa muerte de un hombre de nuestros días a consecuencia de una audición de "jazz". Y no es frase retórica, sino hecho real.

En efecto, el saxófono fué inventado un centenar de años atrás por Antonio José Adolfo Sax, fabricante entre cuyos méritos anteriores se contaba el perfeccionamiento de varios instrumentos musicales. El propio inventor fué titular de la cátedra creada en el Conservatorio de París, en 1857, para la enseñanza del saxófono.

"Hasta ahora —dice Hugo Riemann en su *Historia de la Música*— pocos compositores (R. Strauss) han introducido los saxófonos en la orquesta sinfónica, pero los han adoptado las músicas militares españolas, francesas y belgas." (1) Podríamos

---

(1) Llámase *militar* a la banda que cuenta con instrumentos de percusión.



La pandereta puede contarse entre los hijos adoptivos de la orquesta clásica. Aquí la vemos, graciosamente esgrimida en un momento de una danza española, por la señorita Sarita Luz Alonso, una de las alumnas predilectas de la profesora de danzas Ekaterina de Galantha.

agregar las italianas y muchas otras más. Entre nosotros, la Banda Municipal y la Banda de Policía.

Efectivamente, sea porque los vagidos primeros del saxófono fueron oídos ya estereotipada la orquesta tal como ha llegado hasta hoy, sea porque su timbre compuesto o híbrido no seduzca a los químicos de la instrumentación, lo cierto es que escasas obras musicales requieren su presencia en el conjunto. Recordemos "La arlesiana", de Bizet, la música escénica de "El profeta", de Meyerbeer, y, para citar partituras más modernas, la "Sinfonía doméstica" y "Salomé", de Ricardo Strauss, ya citado por Riemann, el conocidísimo "Bolero", de Ravel, y "Los cuadros de una exposición", de Moussorgsky, instrumentada por el mismo Ravel.

Otro personaje inconfundible en los conjuntos de "jazz", como que les presta movimiento y gracia por la técnica de su ejecución y por sus "glissando", es el trombón de varas. Sabrán los lectores que así



Entre los instrumentos de tradición artística cuyo uso no se ha generalizado en los conjuntos típicos figura, sin duda alguna, el arpa.

La misma gentil cultora de las danzas españolas, Sarita Luz Alonso, nos dice aquí, con la plástica elocuencia de su actitud, la honda significación popular con que cuenta el pandero en la música y el baile de España.

se llama aquel instrumento metálico, cuya bomba o tubo se aco[...] y alarga para producir los distintos sonidos de la escala.

Es mucho más antiguo que el saxófono: hay quien remo[...] su invención a la edad floreciente de los pueblos orientales. Pa[...] que desde el siglo XVI existe en su forma actual, sin varia[...] substanciales. Es importante hacer notar que hacia fines del 17[...] o principios del 1800, se le introdujeron las llaves (o *pistones*, [...] exactamente) que hacían innecesaria la movilidad del tubo. Se co[...]sideró esto un gran progreso, pues facilitaba su técnica, aunque [...] desmedro de su calidad sonora. Y no obstante haber decaído ent[...]ces la primitiva forma, ésta renació luego para generalizarse nue[...]mente. Hoy no vemos en orquestas y bandas otro trombón que [...] de varas.

Mas, apartándonos un tanto de estas noticias, ¿saben nuest[...] lectores cuál es el nombre castizo de este instrumento que, con [...] potente sonoridad, alcanza a dominar todo un conjunto? Pues, [...] buen romance, se le designa con la poco eufónica voz de *sacab[...]* Y no es cosa de broma, que de tal modo lo vemos dicho e[...] siguiente frase del famoso conde de Villamediana: "Apenas co[...] el silencio el lugar perdido, cuando respondieron alternadas v[...] de cornetas y sacabuches".

Digamos cuatro palabras, ahora, respecto de algo nuestro: [...] bandoneón. ¡Nuestro! Hay quien lo cree así, si bien su creació[...] atribuye a los germanos. Esto no obsta, por supuesto, para que [...] bellos y quejumbrosos graves del bandoneón se presten, como [...] encargo, para cantar las tristezas del alma criolla, o, si hemos [...] expresarnos en términos más pintorescos, para cantar *los rezo[...]*



El saxófono, instrumento que muchos llegan a identificar con los conj[...] "jazz", existe desde mucho antes que se "inventara" ese moderno ritmo [...]



Las aplicaciones de un instrumento musical son bastante diversas, como parece deducirse de la presente escena, captada durante un concurso de belleza infantil realizado en Dundee.

del *tango arrabalero*. Kurt Weill, compositor alemán contemporáneo, se ha valido de él para componer la partitura de su "Opera de los tres centavos". Lo aplica, claro está, como elemento evocativo del ambiente de bajo fondo en que se desarrolla el asunto del libreto.

El procedimiento de emplear ciertos instrumentos populares como lo ha hecho Weill, a modo de pincelada colorativa, lo hallamos también en otros autores. Se nos ocurre, para ejemplo, el caso de "Fiestas romanas", poema sinfónico de Respighi, en cuya "Ottobrata" aparece una mandolina entonando melancólica serenata crepuscular. Es aquél, quizá, uno de los momentos más felices de la obra.

Y para terminar estas divagaciones intrascendentes, no olvidemos que entre los instrumentos de percusión utilizados en los organismos sinfónicos —casi todos ellos de remotísima prosapia—, hay algunos muy característicos, en cuanto a sabor popular.

Así las alegres castañuelas, bien que las empleadas en los conjuntos orquestales son de distinta estructura, pues entre las dos piezas cóncavas que las componen, semejantes a cortezas de *castaña*, llevan, a modo de batiente, una planchuela de madera que termina en asidero o mango. Basta agitar el aparato para ponerlas en juego.

También la pandereta cuenta entre los hijos adoptivos de la orquesta clásica. Los franceses le llaman "tambour de basque", y los alemanes, "tambor de cascabeles". En este caso no hay diferencias entre la usada popularmente y la que exigen las partituras. Sólo podrían establecerse distingos entre los ejecutantes, porque mientras las gentes del pueblo la agitan en medio de danzas, alegría y jaleos, los profesores músicos lo hacen guardando profunda seriedad y prosopopeya. ◈



El bandoneón, o acordeón perfeccionado, es, indudablemente, uno de los instrumentos populares que mayor universalidad ha logrado alcanzar hasta ahora.

Mbaeveraguasú, la ciudad sagrada

MITO, LEYENDA O REALIDAD, EL ENIGMA DE LA "CIUDAD RESPLANDECIENTE" CONTINUARA SIENDO UN ENIGMA MIENTRAS LA IMPENETRABILIDAD DE LAS SELVAS AMAZONICAS OFREZCA PARA ELLO UN APOYO A LA FANTASIA

Escribe
María Concepción de Chaves

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

EN el norte del Paraguay y regiones vecinas del Brasil, tanto en las poblaciones civilizadas como entre las parcialidades indígenas, reina la creencia de que, perdida en las selvas septentrionales, se halla Mbaeveraguasú, opulenta ciudad sagrada de los guaraníes. Fantásticos relatos suelen enriquecer las noticias que al respecto circulan.

Se desconoce la ubicación precisa de la ciudad, pero se afirma que se halla en las regiones centrales del continente, comprendida en los dominios de los *ava mbihá* o, simplemente, *mbaeveraguá* (oriundos de Mbaeveraguasú), cuyas parcialidades, aunque menguadas e inconexas en el espacio, ocupan todavía la vasta extensión que va desde el 27º paralelo hasta bastante más al norte del trópico. Ellos mantienen incógnita la ciudad y la defienden celosamente, no sólo de los blancos, sino también de los guaraníes pertenecientes a otras naciones. Un gran *tabú* pesa sobre ella. Pero en determinadas épocas del año se dan cita en su recinto delegaciones de las más puras tribus guaraníes sobrevivientes, que se congregan allí para evocar tradiciones y mantener la unidad espiritual de la raza.

El nombre de Mbaeveraguasú o Mimbipaguasú, que literalmente significa *cosa resplandeciente y grande*, le viene del brillo de sus moradas, todas de una blancura deslumbrante, obtenida, según se cree, a base de cierto estuco de composición peculiar, o acaso simplemente con substancias micáceas.

Es fama que en el centro del perímetro sagrado, sobre una colina, se levanta el *mbocabog*, especie de templo, sonoro e iluminado por dentro, de cuyo interior se escapan, en ciertas noches, suaves tañidos de *mbaracá* (guitarra indígena), cadencioso golpear de tambores.

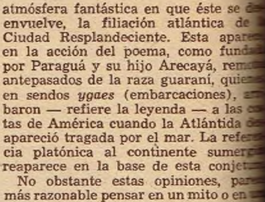
Primitivos expedicionarios guaraníes, destacados en épocas remotas exclusivamente para recoger maravillas, acumularon en el recinto preciosos objetos de distintas procedencias. Teas constantemente renovadas arden en vasos de cerámica, despojo de quién sabe qué incursiones inmemoriales al occidente de incas y chibchas. Blanca y brillante estera cubre el suelo, bloques de mica y cuarzo las paredes. Por todas partes se ven vasos pintados que encierran esqueletos de *avarés* (sacerdotes o magos), colgaduras tejidas de plumas de *araracá* y *canendiyú* (especies de guacamayos sagrados), placas del rico metal, hurtado al occidente, orfebrería tairona en que fulguran esmeraldas peruanas, ópalos del Guairá y diamantes del Brasil. En ánforas esculpidas chisporrotean el mágico *ybyrapororó*, resinas y *kurupá*, mixtura que facilita la identificación mística con los dioses.

Sentados sobre pieles de ocelotes y gamos, o en hamacas de policromado tejido hecho con fibras de *mbocayá* (especie de cocotero), centenares de sacerdotes y ancianos rememoran, en monótonas canciones, las gestas de la raza y ofician litúrgicos ritos en que las *maraney*, vírgenes o vestales, revestidas de plumas y pétalos, danzan estilizando vuelos, cimbrear de tallos, felinos deslizamientos.

El intruso que, desorientado en la zona de Mbaeveraguasú, alcance a divisar el resplandor de las techumbres o a escuchar el eco de las canciones en una noche lunar, debe huir de ellos como de un mortal espejismo. ¡Ay del osado que huelle con sus plantas el perímetro sacro, que sorprenda los ritos interdictos al común de las gentes! Sobre él recaerá, despiadada, la sentencia de muerte. La ejecución se realiza en el término de dos días, con estrategia mística y guerrera, precedida de una libación en que corren hidromieles y jugo de ananás no fermentado, pues los *mbihá* practican la templanza en todos sus actos. Si el prisionero es joven, se le proporcionará una mujer, la más bella, para que unte de amor su noche postrera...

¿Existe realmente esa ciudad misteriosa? Las opiniones se hallan, naturalmente, divididas. Entre los que no descartan su posible existencia — aunque corrigiendo, claro está, todo elemento fantástico — se encuentra el sabio suizo Moisés Bertoni, autor de estudios sistemáticos sobre la civilización guaraní.

Hipótesis más audaces remontan la explicación al pasado precolombino. El folklorista Narciso R. Colmán sostiene en su poema *Ñande Ypycuera* (Nuestros Antepasados), incluso al margen de la



atmósfera fantástica en que éste se de envuelve, la filiación atlántica de Ciudad Resplandeciente. Esta apa en la acción del poema, como fund por Paraguá y su hijo Arecayá, rem antepasados de la raza guaraní, quie en sendos *ygaes* (embarcaciones), baron — refiere la leyenda — a las c tas de América cuando la Atlántida apareció tragada por el mar. La refe cia platónica al continente sumer reaparece en la base de esta conje

No obstante estas opiniones, p más razonable pensar en un mito o en leyenda. La historia de los pueblos mitivos está llena de fábulas seme tes — como la de la antigua Cólquide en las cuales la imaginación cole sublima, por un proceso inconsciente espíritu que es, sin duda, el mismo se encuentra en la base de los gra movimientos culturales, incluso los cubrimientos.

Así, es ya una verdad crítica establecida el que, con anterioridad a Conquista, los guaraníes, movidos, se se dice, por la codicia del metal, rea ron numerosas incursiones al Imperio cásico, la última de cuales se produjo en el siglo XVI, el reinado de Hua Pues bien; el il etnólogo Alfredo traux ha sostenido cientemente la op de que tales desp mientos guara reiterados per mente nada meno a través de tres si habrían obedecido precisamente a la tencia del metal, al influjo de ci mitos, como el del *Yby maraney* Tierra sin Mal), paraíso terrenal qu guaraníes habrían perseguido sin c

Es posible, entonces, que si Mbae guasú carece de realidad positiva presenta, sin embargo, uno de mitos cuya función cultural y aun resonancia histórica parecen ser ta tables. Colocándose en este terreno, ta creen algunos que la leyenda de M veraguasú no sería ajena a la f del antiguo Imperio de los Incas, como se sabe, encendió la imagina de los conquistadores en las fa ilusiones de El Dorado, Paitití, La G Noticia, etc. En este caso, los indíg habrían reunido en una sola con ción fantástica dos grupos distintos elementos: el del misterio de las s del trópico y el de las áureas riq peruanas. Y El Dorado mismo no s en esta hipótesis, sino la traducció pañola de la expresión guaraní Mba raguasú.

¿Mito, realidad, ilusión? Difícil s cuál hipótesis es la acertada. Pe enigma continuará vivo, sobre todo e alma popular, mientras la impenetra dad de las selvas amazónicas siga c ciendo para ello un apoyo a la fant Porque es el enigma mismo de Am el que deambula todavía por estos c enigmas menores. ◈



¿Cómo se imagina

MALISA ZINI, JAVIER VILLAFAÑE, JOSE MARIA DURAÑONA, ANGEL MAGAÑA, HECTOR L. TORINO Y MARUJA PACHECO HUERGO OPINAN COSAS MUY DISTINTAS EN LO QUE A LA ANCIANIDAD RESPECTA

Los entrevista especialmente para "Leoplán"
Tibor Sekelj

FOTOS DE F. ROMERO, P. CONESA Y J. PODESTÁ

Levantar de improviso el fantasma de la vejez ante la juventud —una juventud toda pujanza y triunfo—, para mostrarles un "yo" viejo, cubierto de arrugas, con la mirada opaca y el pulso incierto, es el experimento con ribetes psicológicos que el cronista, sintiéndose por un instante discípulo de Schopenhauer, acaba de tentar entre populares figuras de nuestro ambiente.

Las sorpresivas y espontáneas reacciones provocadas han ido desde la nota sentimental hasta la francamente risueña, según el reporteado, pero en todos los casos ellos descubrieron, en la circunstancia, un pequeño rincón íntimo de sus almas, hasta entonces oculto al público tras el telón de su fama. De ahí el palpitante interés de los seis reportajes que aquí presentamos. ¡Es tan excitante y tan humano eso de hurgar en el alma de los demás!...

Desde la inusitada respuesta de la encantadora actriz Malisa Zini, que no quiere llegar a abuela, y la humorada gráfica con que Héctor L. Torino, el festivo autor de "Conventillo", se identifica con los asombrosos "profesores" de su historieta, hasta las "modestas" pretensiones del campeón Durañona o la intransigente filosofía de Javier Villafañe, el poeta de los caminos, cada uno de los entrevistados ha resuelto el problema a su manera, creándose para sí mismo, con razones tales que envidiaría aquel obeso y sesudo gobernador de la ínsula Barataria, una vejez a la medida...

Pero levantemos el telón, dejemos que ellos mismos descubran su secreto... y que el lector satisfaga ya la impaciente curiosidad que sospechamos en él.



...usted su vejez?

MARUJA PACHECO HUERGO NOS CONTESTA CON MUSICA

La joven y hermosa cancionista, actriz y compositora *Maruja Pacheco Huergo* estaba un poco resfriada cuando fuimos a entrevistarla, y no podía cantar. Pero como su alma siempre canta, nada tiene de extraño que respondiera a nuestra pregunta con una pequeña composición improvisada:

La leemos: "Si hay música y versos en el alma, ¿crees tú que habrá vejez en el mañana?".

—En el mañana, no —le decimos, con ánimo de discutir—; sin embargo, en la noche...

—Es que no habrá noche.

—¡Pero, Maruja! ¿No sabe que la mañana es lo que viene después de la noche, y que, por lo tanto, sin la noche no podría haber mañana?

—Miren; no me hablen en difícil. Y si quieren admitiré que hay noche. Pero, ¿qué importa?

—Bueno; más, ¿quién canta de noche?

—El ruiseñor.

Con esto nos gana la partida. Está visto que con las mujeres no hay nada qué hacer; imposible ganar. Callamos. Maruja Pacheco Huergo está dispuesta a cantar y cree que cantando no se envejece.

De pronto se lleva las manos a la cara y estornuda.

—Tenga cuidado —le decimos—; con un resfriado no se canta, y no cantando se envejece.

—Es que yo canto con el alma; ya se lo digo en la canción.

Nuevamente derrotados, resolvemos irnos.



DURAÑONA SE CONFORMA CON SEGUIR IGUAL

A nuestro joven campeón de natación *José María Durañona*, lo toma de sorpresa nuestra pregunta.

—Verdaderamente, este..., nunca he pensado en la vejez —dice.

—Trate de hacerlo ahora —insistimos.

—Bueno, miren; yo para mi vejez no tengo mayores pretensiones —contesta al fin, pero su sonrisa nos revela que no ha terminado su pensamiento.

—¿.........?

—Dicen que con los años uno adquiere experiencia; yo la estimo mucho, pero, en cuanto a mí..., me conformaría con quedarme así como me ven —continúa Durañona, mientras nos enseña, con un leve gesto, su musculoso físico.

—Pero...

—No, no, nada de eso —interrumpe—; no quiero tampoco mejorar mis condiciones físicas. A los ochenta años querría seguir practicando natación todos los días una hora, participar en los campeonatos y, claro, a veces salir ganando.

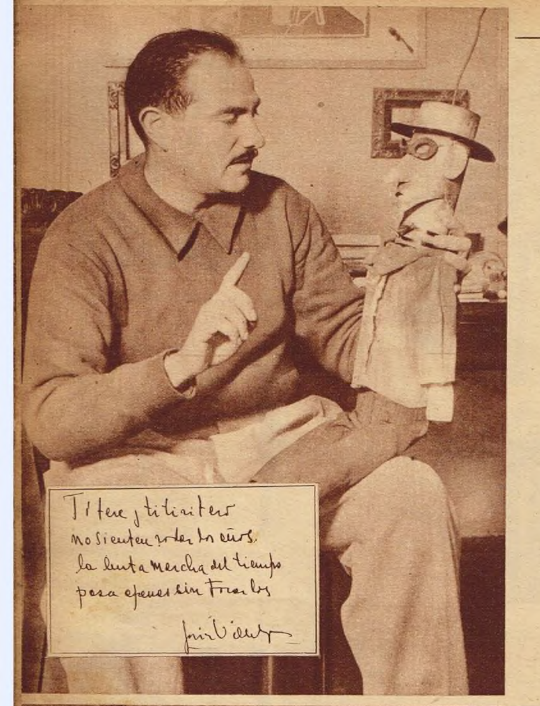
—¿Y...?

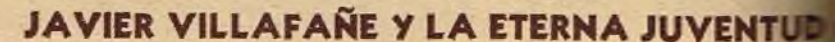
—No, amigos, ¡qué esperanza!; no quiero ganar siempre, porque hay que dejar a los jóvenes hacerlo también de vez en cuando. Y, además, ustedes ya ven, no tengo mayores exigencias para mi vejez. Aunque parezca raro, firmaría hoy mismo el "statu quo" para cien años —termina, con el tono de voz extraordinariamente modesto que corresponde a los "modestos" deseos que tiene para su vejez.

Y luego, sin interrumpirnos —porque en realidad nosotros no decimos nada—, nos acompaña hasta la puerta del club Gure Echea, con una sonrisa sana y juvenil.

Después nos explican que "gure echea", en vasco, quiere decir "nuestra casa", y que Durañona es hijo de vascos.

Lo que posiblemente, y después de ver a través del breve diálogo la *firmeza* con que el flamante campeón insiste en sus teorías, no necesitaba el lector que le aclaráramos.





JAVIER VILLAFAÑE Y LA ETERNA JUVENTUD

Javier Villafañe, el fino coplero y trashumante poeta de "La Andariega", nunca ha pensado en la vejez. Esto no es raro; hay muchas personas que, gracias a su instinto de conservación muy desarrollado, rechazan tales pensamientos, actitud que encontramos muy saludable. Pero el caso de Villafañe es diferente. Resulta que ni rogándole ni obligándolo con preguntas ni metiéndole la idea a martillazos conseguimos que piense en ello.

—No sé nada de eso ni quiero saberlo — nos dice con naturalidad.

—¡Cómo! Pero suponemos que usted sabe que algún día se va a morir.

—¿Morirme, yo? Puede ser...

—Y de viejo, seguramente.

—¡No me vengan con eso, amigos! ¡Qué viejo ni qué niño muerto!

—¿Así que usted no envejecerá nunca?

—¿Y para qué habría de envejecer?

—¡...! —nos mordemos los labios y empezamos a juntar rabia.

—¿No ven ustedes cómo mis títeres jamás envejecen?

Ya no aguantamos más y, furiosos, le gritamos:

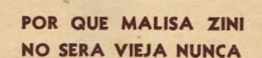
—¿Entonces es usted también un títere?

—Claro que sí —nos contesta con calma—, y lo mismo ustedes, y todo el mundo.

No tenemos más remedio que apaciguarnos, mientras lo miramos sin saber ya qué decir, pues no era cosa de entrar en el terreno de la filosofía.

—Voy a contestarles por escrito —resolvió bruscamente—. Y tomando un lápiz escribió en nuestro papel estas líneas:

Títere y titiritero
no sienten rodar los años,
la lenta marcha del tiempo
pasa apenas sin tocarlos.



POR QUE MALISA ZINI NO SERA VIEJA NUNCA



—¿Envejecer? ¡Nunca! —replica a nuestra pregunta la joven actriz *Malisa Zini*. Y antes de que tengamos tiempo de recobrarnos de la sorpresa que nos causa la declaración nos explica, con voz suave, casi infantil, pero en un tono sumamente serio—: Viviré mientras dure mi juventud y moriré cuando sienta el primer signo de vejez.

—¡Morir!..., ¿no le parece muy triste morir antes de que nos llegue la hora?

—Al contrario. Es triste verse encanecer, ver llenarse de arrugas la cara, sentir la debilidad del cuerpo, y saber al mismo tiempo que no hay remedio... Decía un escritor que el arte más difícil es saber descender del escenario en el momento justo.

Quedamos sin saber qué oponer a las razones de Malisa planteadas tan lógicamente.

—Pero, Malisa, por favor...

—¿Señores?

—Le damos una última ocasión para enmendar lo que dijo. No querrá que digamos eso a los lectores, ¿verdad?

—¡Oh, sí!; pueden decirlo, no más. Nunca seré vieja, porque... Porque..., en fin, ustedes me entienden...

Y, al pronunciar estas últimas palabras, Malisa Zini hace con la mano un gesto fatalmente definitivo; momento en que la sorprende nuestro fotógrafo.





Con el festivo humorismo de que hace gala en sus celebradas historietas, *Héctor L. Torino* contesta así, gráficamente, a nuestra encuesta. Pero... a los "profesores", que quisieron convertir al "viejo" Torino en lo que fué antes de ser lo que era, se les fué la mano, y lo convirtieron en cincuenta veces menos de lo que fué antes de ser lo que pudo haber sido...

TORINO, CUANDO SEA VIEJO, SERA CINCUENTA VECES MAS DE LO QUE ERA CUANDO TODAVIA NO HABIA DEJADO DE SER JOVEN

—¿Envejecer, yo?... Vamos, no me hagan poner triste ahora que tengo que pensar en la próxima historieta para "¡AQUÍ ESTÁ!"... ¿Ustedes se imaginan al "viejo" Torino achacoso y sin..., este..., bueno, sin distracciones?

—No es más que una suposición, amigo Torino; no queremos que los chicos se enojen con nosotros. Pero como nos imaginamos que, algún día, hasta usted dejará de ser lo que es...

Héctor Torino sonríe ante esta alusión nuestra, pero en seguida se pone serio, como si considerara, efectivamente, la posibilidad de verse viejo y cansado en plena juventud, y echa una mirada a una de las últimas historietas de su "Conventillo", donde lo que "don Nicola" lo mira enojado en brazos de su improvisada mamá de ocasión, como reprochándole el haberlo convertido en un bebé por arte y magia de los poderes del profesor "Fulano". Entonces, nuestro amigo se vuelve sonriendo hacia nosotros:

—¡Ya está! —exclama, mientras le brilla en los ojos una luz de picardía—; cuando deje de ser lo que soy, seré cincuenta veces más de lo que sería si hubiese llegado a ser lo que pude haber sido...

—¿Eh?... No comprendemos, amigo Torino.

—¡Claro!... ¿Para qué tengo a los "profesores"? Cuando llegue el momento, arreglaré el asunto con la magia de "Fulano".

—¿Y no tiene miedo de que se le vaya la mano, como le pasó con "don Nicola"?

—Eso..., no lo había pensado, pero tengo que correr el riesgo; de todos modos, ¿se imaginan ustedes lo que haría yo a los dos años, por ejemplo, con todo lo que sé ahora?

—No, no; usted se nos escapa por la tangente. No hemos venido a preguntarle lo que haría si fuese niño, sino todo lo contrario.



—Entonces vengan a verme dentro de unos setenta años..., cuando empiecen a salirme las primeras canas, y, además, sea ya rico.

—Así que usted...

—¡Ah, no! Si no quieren admitir la posibilidad de que yo tenga mucha plata cuando sea viejo, no quiero saber nada de envejecer.

—Pero, ¿por qué?

—Porque el dinero es una compensación. Por lo menos en parte...

—¿Y usted es el que nos hablaba de las tristezas de la vejez?... —le preguntamos, ya en la puerta de su estudio.

Y al despedirnos de Héctor L. Torino, nos llevamos, como última visión, esa sonrisa suya, franca y juvenil, desbordante de vida y optimismo.

ANGEL MAGAÑA RECORDARA LOS BUENOS TIEMPOS...

—¿Cómo pasaré mi vejez? —repite *Angel Magaña*, el joven actor cinematográfico. Y luego de un momento de hesitación, contesta:

—Recordando los tiempos en que yo era un joven galán...

—¿Y dónde querría pasar esos años? —preguntamos, tratando de dar una forma más real a la conversación.

—Nosotros ya tenemos "reservada" nuestra piecita en la Casa del Teatro. En ella encuentran tranquilidad los actores de otros tiempos.

—Pero no creemos que usted llegue a necesitar esa piecita.

—No sé... Además —continúa Magaña con un matiz sentimental en la voz—, un verdadero actor nunca puede dejar el film o el teatro. Y yo, en la vejez, seguiré siendo fiel a ellos..., aunque sea como portero de un teatro.

A esta altura, la entrevista es interrumpida por una llamada telefónica —la séptima en un cuarto de hora—, al mismo tiempo que desde la puerta de calle nos llega el rumor de una conversación agitada.

"¿Qué será eso?" —nos preguntamos—. Mas, acto seguido, llega la contestación, lanzada en voz alta por una treintena de gargantas juveniles:

—¡Un autógrafo!... ¡Un autógrafo!

—Hoy no es posible, muchachos; Angel está descansando —contesta su hermanita, abriendo la puerta.

Y nosotros nos vamos pensando en que Magaña no va a pasar una vejez muy aburrida si, como proyecta, se la pasa recordando estos tiempos suyos de ahora. ◈



Los alienados de Open Door tienen su

EL "TEAM" INTEGRADO POR LOS ENFERMOS DE LA COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS ENFRENTA TODOS LOS DOMINGOS AL DE LOS EMPLEADOS DEL ESTABLECIMIENTO, Y SUS "HINCHAS" SUEÑAN CON QUE MORENO, PEUCELLE, SASTRE, MARVEZZI Y EL "CHUECO" GARCIA PIERDAN LA RAZON Y SEAN RECLUIDOS EN LA COLONIA

Escribe Carlos L. Villalba

FOTOS DE JULIO PODESTA

Especial para "Leoplán"



Una escena muy común, que habla del orden y de la perfecta armonía que [cut off] en la colonia. Tres enfermos dedicados a sus tareas habituales en el establec[cut off]

Los componentes del equipo de fútbol de la colonia, compuesto en su totalid[cut off] enfermos, sorprendidos durante la realización de una práctica de entrena[cut off] que se efectúa dos veces por semana. La disciplina se impone allí por sí [cut off]

EN Open Door, dentro de la Colonia Nacional de Alienados, ese pequeño pueblo industrial donde los hombres que perdieron la razón reciben con afectuosa consideración los cuidados de la ciencia, funciona la Escuela Nacional Nº 1 de Colonias y Territorios Nacionales, fundada en noviembre de 1922, por iniciativa del doctor Alejandro Raitzin y gestiones del doctor Alfredo Scarano. La señora Adela Depino de Lucero, su primera directora y maestra, que empezó con 16 alumnos su labor docente en el establecimiento, continúa hoy ejerciendo su dirección, con 220 alumnos.

Luego, en 1933, se creó la Cooperadora "Sarmiento", presidida desde entonces por el doctor F. Gorriti. Gracias a ella se han realizado allí importantes obras, y funcionan gratuitamente un gabinete de física, química y ciencias naturales, una clínica odontológica y la copa de leche, proveyéndose a los alumnos de libros y útiles. Estos alumnos son, en su mayor parte, los hijos de los empleados del establecimiento; otros habitan en el pueblo de Open Door, y los hay que vienen de los pueblos vecinos. Es, por lo tanto, indiscutible la utilidad y la meritoria [cut off] de esta escuela, la que, por ser nacional, otorga un certificado de [cut off] grado válido para el ingreso inmediato a la Escuela Normal [cut off] de Luján.

EL CLUB DE LA COLONIA

Pero no es tan sólo su Escuela Nacional Nº 1 lo que puede co[cut off] un legítimo orgullo para el Establecimiento de Alienados de Op[cut off] Desde hace ya casi un año cuenta con otra institución: el Club C[cut off] Nacional, entidad deportiva creada por los empleados de la colonia [cut off] fomentar entre los enfermos la práctica del deporte; hablando es[cut off] ciativa con singular elocuencia de los humanitarios sentimient[cut off] allí predominan.

Posee el club una cancha de fútbol reglamentaria, tres c[cut off] de bochas, pista de bicicletas, que sirve al mismo tiempo para la [cut off] tica de ejercicios de atletismo, cancha de tenis, etc. El entren[cut off]

equipo de fútbol



Esta fotografía refleja una vista panorámica de los hermosos jardines de Open Door, que se hallan al cuidado de los enfermos. ¡Cuánta diferencia existe con lo que la mayoría del público piensa habitualmente de esas casas de salud!

de los enfermos, bajo la dirección de técnicos especializados, tiene lugar los martes y jueves para el fútbol, y los lunes y viernes para gimnasia y fútbol americano, que, como es sabido, se juega con quince hombres y cinco de repuesto, teniendo gran parecido con el "rugby", aunque es de menor violencia.

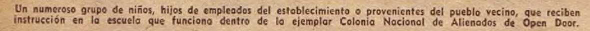
LOS EQUIPOS

Cuenta el Club Colonia Nacional con un equipo de quince jugadores de fútbol, enfermos en su totalidad, que componen la división intermedia, esperándose formar, más adelante, el cuadro de primera división a base de estos mismos jugadores, y una vez que otros hayan podido seleccionarse para cubrir los claros que se vayan produciendo en la intermedia.

Este cuadro de jugadores de fútbol nada tiene que ver con el que ya se está formando para jugar fútbol americano, el cual, también, una vez que se encuentre suficientemente entrenado, podrá tomar







Un numeroso grupo de niños, hijos de empleados del establecimiento o provenientes del pueblo vecino, que reciben instrucción en la escuela que funciona dentro de la ejemplar Colonia Nacional de Alienados de Open Door.

Dentro del radio de la colonia, existen much trabajo paciente de los enfermos, cuyo concurso

Una figura otrora popular, que muchos recordarán todavía, se ha acogido al amparo bienhechor de la colonia. El negro Bornetto, que fuera ídolo de nuestros "rings", y que hoy rememora tiempos pasados.

VERDADES SIN RAZON

AÑO 2, Nº 5 JULIO DE 1940

Publicación Periódica

ENCUESTA ACERCA DEL DOLOR DEL ALIENADO

SUMARIO

Redactado e impreso por los mismos internados de la Colonia Nacional de Alienados "Dr. Domingo Cabred", Estación Open Door, F. C. Pac. Provincia de Buenos Aires. REPUBLICA ARGENTINA

El sumario de "Verdades sin razón", título de por si sugestivo, dice con aplastante elocuencia de las inquietudes espirituales de los enfermos con aficiones literarias. Ellos redactan, corrigen e imprimen su revista.

parte en competiciones oficiales. Los jugadores, en todos los casos, son siempre enfermos, y en ello precisamente reside la parte más interesante del esfuerzo.

DISCIPLINA Y DOCILIDAD

Contra todo cuanto podría suponerse, estos jugadores enfermos tienen un espíritu de disciplina y una docilidad admirables. En ningún cuadro de "players" podrá, en plena acción, observarse una trabazón más íntima y un concepto más amplio de la propia responsabilidad deportiva que en ese conjunto de jugadores que respetan a ciegas las instrucciones del capitán y obedecen con docilidad sorprendente las indicaciones que se les hacen.

Pero tienen, como los que no están enfermos, sus "mañas", sus "vueltitas", para escurrirse de todo cuanto pueda significar una molestia. Un ejemplo: Antes de realizar las sesiones de entrenamiento, los martes y jueves, los jugadores deben dar una vuelta al trote alrededor de la pista y luego realizar una breve práctica de gimnasia, que alternan con ejercicios respiratorios, flexiones, etc. Lueg entran a la cancha para jugar. Hasta aquí do va bien, y mientras juegan ningún enfe mo acusa cansancio ni malestar alguno. Pe basta que el instructor ordene la suspensi del juego, terminado el período reglamentar tras lo cual deben dar nuevamente una vu a la cancha y al trote, para que empiece señalarse un malestar general: a éste le d len los pies, al de más allá la cabeza, a los oídos y a otro el estómago, y, en fin, dos están "mal".

El instructor, entonces, les recuerda que vuelta es necesaria para el buen "training", que ella los mantendrá en el estado neces para que la ducha posterior sea efectiva; habla del honor del club, y ahora todos, excepción, con mayores energías que al p cipio, se largan a correr cumpliendo entu tamente el número final de la práctica.

LOS "HINCHAS"

Hay oportunidades en las que la prác hace enfrentar al equipo de jugadores en mos con el de empleados; entonces, a los tro costados de la cancha toma ubicación barra numerosa y entusiasta, pero suma respetuosa. Colgados como monos de las de los árboles, sentados, en cuclillas, at a las incidencias del juego, los "hinchas" mantienen quietos, calladitos y sin hacer nifestaciones, hasta que... cuando el eq de enfermos marca un "goal", una grit ensordecedora acoge el tanto, mientras qu indiferencia recibe los éxitos de los em dos, los que, por ahora al menos, ganan siempre. Termina el partido y todos los chas", sin excepción, aplauden a los venc res, que son los creadores de ese club d ellos tienen oportunidad para abstraerse de sus procesos interior gozar de la libertad.

UNA BUENA COMBINACION

En el intervalo del descanso entre los dos períodos de reglam nos pusimos a conversar con un enfermo de los que jugaban, y al mentar la constitución de su cuadro y su "chance" para actuar en c peticiones oficiales, nos dijo:

—Nosotros tenemos un arquero de fierro, una defensa de "backs" midable y una línea media firme: pero... ¡nos faltan buenos ág Si siquiera se enfermaran el "chueco" García, Sastre, Marvezzi, Mor Peucelle y los trajeran a la colonia... ¡Qué línea de "forwards"! ¡N tro equipo, entonces, sería invencible!

El razonamiento es bastante egoísta, pero, de todas maneras, no de ser lógico.



[illegible] hermosos y apacibles como éste, debidos al [illegible] apreciar en las más diversas actividades.

"¡YO NO TUVE LA CULPA!"

En el grupo de jugadores observamos uno [illegible]te cachaciento, que es, al mismo tiem[illegible] muy recio para jugar. En una corrida, y [illegible] pretender uno de los contrarios —otro en[illegible] —gambetearlo, saltó éste para cabe[illegible] la pelota, a tiempo que el cachaciento ha[illegible] lo propio, y con tan mala suerte que dió [illegible] su rodilla en medio del vientre del otro. [illegible] bastante dolorido, sólo atinó a decirle, mientras se fregaba a dos manos:

—[illegible] que sos bruto, chei...

Y nuestro hombre, con una ceremoniosidad [illegible] le contestó:

—Caballero... ¡Perdóneme!... Pero yo no [illegible] la culpa... ¡Pa qué pusistes la panza [illegible] de mi rodilla!

"SIC TRANSIT..."

En un rincón de la cancha de atletismo, un negro atlético y de musculatura magnífica hace "rounds" con la sombra... Nos acercamos. [illegible] una agilidad portentosa y muestra la [illegible] pujanza de un gran campeón. Pregun[illegible] "¿Quién es?" Nos responden: "¿No lo [illegible]?... ¡Es el negro Bornetto!"

El que fuera ídolo de nuestros "rings" pro[illegible] finteando con la sombra. Lo llamamos [illegible] se acerca. Nos saluda y conversamos breve[illegible] con él. Lo hallamos en plena lucidez, [illegible] sus palabras trasuntan una intensa amar[illegible].

—¿Cómo se encuentra aquí, Bornetto?

—Muy bien, ¡excelentemente bien! Todos me [illegible] y me agasajan, y solamente aquellos a quienes yo proporcioné laureles y brindé grandes beneficios me han olvidado... Hay [illegible]... ¡que ni siquiera tengo cigarrillos!

Nos da la mano y se aleja. Al rato lo ve[illegible] nuevamente haciendo "rounds"; diríase que busca en el entrenamiento la anulación de sus recuerdos, recuerdos que lo llevan a las noches felices, inolvidables, en que consti[illegible] la atracción de los "rings" del mundo y en que su nombre era aclamado por millares de aficionados...

"Sic transit gloria mundi!"

TERAPEUTICA DEL DEPORTE

Sedante y tonificador para estos hombres a quienes el destino ha privado del don más grande del ser humano: la razón, el deporte [illegible] una acción terapéutica de suma efica[illegible] en ellos, y ha podido comprobarse que por [illegible] resultados inmediatos conviene intensifi[illegible]. El enfermo, a quien la práctica del deporte permite substraerse al imperio de sus procesos interiores, experimenta sensibles mejorías en su estado general; diríase que logra renovarse.

El Club Colonia Nacional se ha inspirado en sentimientos altamente humanitarios y lo impulsa el propósito de provocar en el alienado una evolución favorable para su mal.

"VERDADES SIN RAZON"

Ya de regreso, nuestro cicerone nos lleva a un pequeño taller de imprenta, donde, con método y disciplina notables, un reducido núcleo de enfermos realiza las tareas inherentes a la preparación de la revista de la colonia: "Verdades Sin Razón". Allí mismo se ejecutan todos los trabajos de imprenta necesarios para el establecimiento, desde el papel común de nota y carta timbrado hasta los talonarios de recibos, fichas de identificación, planillas, folletos, volantes, etc.

Los redactores entregan sus originales, que, luego de ser minuciosamente revisados, pasan a manos del obrero (siempre un enfermo) encargado de su composición; letra por letra va concretándose en el componedor el texto del artículo periodístico. La tarea es ardua y pesada.

—¡Las linotipos son tan caras! —nos dice el cajista, adivinando nuestra muda pregunta.

El orden más perfecto preside esta reducida imprenta. Todo limpio y prolijamente dispuesto. Para que nada falte, hallamos el clásico letrero-aviso de todas las imprentas: "Un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar".

Nos retiramos. El recuerdo de esa escuela, de ese campo de deportes y de esa imprenta nos abstrae. Pensamos en que la locura, ese mal aterrador que es tan antiguo como el mundo, llegará algún día a ser vencida. La ciencia logrará hallar el medio práctico y seguro, la fórmula terapéutica que neutralizará las desviaciones mentales de los seres predestinados por un aciago destino a vivir en la triste orfandad de la enajenación mental. Y encontrará en la cultura, en sus distintas facetas, los factores que influirán con eficacia en la cura del flagelo universal. ◈

Seis horas en las catacumbas de Buenos Aires

PATRULLADA POR LOS EMPLEADOS DE OBRAS SANITARIAS Y HABITADA CLANDESTINAMENTE POR EL HARAPIENTO EJERCITO DE LOS "HOMBRES-RATAS", UNA TENEBROSA CIUDAD SUBTERRANEA SE EXTIENDE BAJO LOS RASCACIELOS PORTEÑOS

Una nota de G. Cuadrado Hernández

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" — FOTOGRAFÍAS DE PEDRO CONE



Obreros en plena tarea, con todos sus elementos de trabajo, en el interior de la cámara reguladora de Charcas y José Evaristo Uriburu.

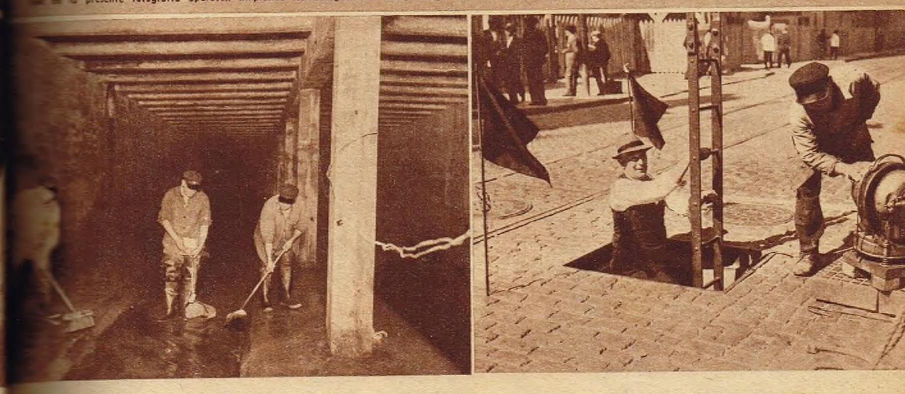
Como en plena guerra, este obrero debe colocarse una máscara antigás para internarse en los lóbregos túneles y realizar su limpieza.

BUENOS AIRES tiene debajo de él otro Buenos Aires. Un Buenos Aires idéntico al París subterráneo que Víctor Hugo describe en las magistrales páginas de "Los miserables", que poseo sus calles, sus encrucijadas, sus plazas, sus callejones sin salida, sus arterias y su circulación. Si pudiera levantarse a la ciudad de su sitio, a la manera de una gran tapadera, y observarse desde un avión el espectáculo que se descubriera a la vista, nos pasmaría el asombro. En nuestra mente se forjarían las imágenes más caprichosas e inconcebibles. Tan pronto imaginaríamos una madrépora colosal, como le hallaríamos semejanza con un inmenso ramaje de enorme tronco, o bien nos parecería contemplar un maremágnum de raras figuras geométricas. Esto, sin contar los subterráneos, con los cuales estamos tan familiarizados y que forman un mundo aparte; sin ocuparnos de las cañerías conductoras de g… sin hablar de los cables de la luz eléctrica y del teléfono, y deja… también de lado el vasto sistema tubular de la distribución de a… potable. Solamente las obras de desagües pluviales y cloacales —… un alarde de ingeniería entre sus similares del mundo entero — co…tuyen una prodigiosa e imponente red, un aparentemente tenebr… dédalo, cuyo hilo es su propio declive en demanda de la ribera rio…tense.

LOS HOMBRES QUE JUEGAN CON LA MUERTE

Víctor Hugo comparó las cloacas de París con el intestino … Leviatán, el monstruo marino de Job. Y el símil encaja también …

Van entre un verdadero torrente de agua, y corriendo el riesgo de ser arrastrados, estos empleados de Obras Sanitarias de la Nación realizan su labor con la mayor intrepidez.

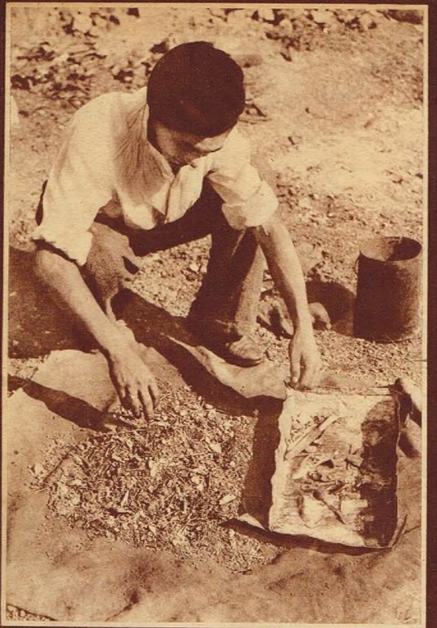


Chapoteando agua y en un piso resbaladizo deben realizar sus tareas estos obreros que en la presente fotografía aparecen limpiando los desagües del arroyo Vega.

El inspector de Obras Sanitarias, señor Juan C. Trincavelli, descendiendo a la mencionada cámara reguladora existente en las calles Charcas y José Evaristo Uriburu.

más justeza a las de nuestra gran urbe. ¿Acaso la capital federal no es un monstruo — una cabeza y un estómago desproporcionados — en relación con el resto del país? Pero lo que la población ignora, posiblemente, es que esa víscera de la ciudad, su intestino, de vital importancia como lo es para todo ser viviente, reclama especiales atenciones en el cumplimiento normal de su misión. Que requiere la constante asistencia de centenares de personas, de día y de noche, y demanda sumas fabulosas para su conservación. Para ello, es decir, por su salud, que es la salud de todos los habitantes de la urbe, vela Obras Sanitarias de la Nación.

Por ese dédalo tenebroso nos hemos internado durante seis horas. Descendimos a él atraídos por novelescos relatos. Una vez internados en ese endemoniado laberinto, lleno de canalizos, boquetes y corredores, el terror que nos dominaba fué disipándose a medida que los obreros alumbraban el camino con sus faroles. Gente heroica si la hay entre los meritorios servidores públicos, ésta que debe bajar a las cloacas para realizar su limpieza, mantener en buen estado sus instalaciones y regular su funcionamiento. Porque bien dijo el autor de "Los miserables" que "la cloaca es más bien hipócrita que irreprochable". Y más que hipócrita, traicionera. Nunca sabe el obrero de una cloaca dónde le espera la muerte. Le acecha centímetro a centímetro. Hay allí muchos enemigos emboscados, y todas las precauciones son pocas. Los gases letales, la infección de las heridas, el piso resbaladizo, los ejércitos de roedores, una lluvia a destiempo o la puñalada por la es-



Este ciruja clasifica pacientemente la cosecha que ha logrado recoger en los caños después de varias horas de labor, sin que haya aparecido un solo objeto valioso.

palda, asestada por el delincuente prófugo. Sin embargo, hé-roes anónimos, todo lo afrontan sin escrúpulos y con una intrepidez sólo comparable a la de las ratas. Y el que menos cuenta ya con veinte años de servicios, realizando sus labores con la dignidad que podría hacerlo en una señorial mansión.

—Ya lo ven —nos dice el señor Juan Carlos Trincavelli, inspector general de la zona antigua, que nos acompaña en la jira—; toda esta gente es fuerte. La mayoría de estos obreros come aquí, en estos túneles, y duerme sus buenas siestas. En el más suntuoso palacio no se hallarían mejor. ¿Que se hacen una herida? Nada de farmacia ni médicos. Extraen de sus pipas un poco de nicotina, la colocan sobre ella y santo remedio. Su mayor aspiración es la de llegar a "camareros", es decir, tener bajo su responsabilidad una cámara reguladora, cargo al que asignan tanto valor como al de oficial en el ejército.

Varios hombres trabajan. Por un momento cruza por nuestra mente una visión de la guerra. Soterrados en esas cuevas, semejantes a refugios antiaéreos, y los obreros con sus máscaras contra gases, formamos un cuadro viviente de la Europa en llamas. Deseando borrar la dantesca figura, preguntamos si es verdad que se hacen frecuentes hallazgos de objetos valiosos en las cloacas.

—Suelen encontrarse —nos responde el señor Trincavelli— efectos de valor. Hay, además, casos en que se nos solicita la búsqueda de objetos caídos en los sumideros. En esta forma en una ocasión se halló y devolvió un brillante valuado en 5.000 pesos. Otra vez la cloaca se tragó un tubo de radio del hospital Rivadavia, cuyo costo creo era de 30.000 pesos. Fué encontrado y reintegrado a dicho establecimiento.

LOS "CIRUJAS CLOAQUEROS" U "HOMBRES RATAS"

Pero no sólo los obreros de Obras Sanitarias recorren el intestino de Buenos Aires. Lo visitan también maleantes que huyen y pesquisantes que los persiguen. Las cloacas, además, han servido para que audaces ladrones llegaran hasta alguna joyería con el fin de saquearla. Mas también cuenta con



Un "hombre rata" cloaquero en plena actividad en uno de los caños de desagüe que va a desembocar en el río de la Plata.



Las bocas de tormenta existentes en la Dársena Norte, por las que suelen introducirse los "cirujas cloaqueros" valiéndose de chinchorros.

categoría de habitantes: los "cirujas cloaqueros" o "hombres ratas", llamados así porque se aventuran aún por los caños que sólo estos moradores pueden recorrer. Especímenes pintorescos, los "cirujas cloaqueros" son de una temeridad suicida. De su presencia comenzamos a tener indicios en la cámara reguladora de las calles Charcas y Uriburu. Allí el mecanismo es complicado. Hay escaleras, compuertas, canales, respiraderos, rejillas y pasadizos. Y un penetrante olor a cloro. En una de las compuertas advertimos una inscripción escrita con tiza: "Flores en San Martín", se lee. Pertenece a uno de esos sujetos, dejada como señal a algún compañero.

Para los "hombres ratas" las cloacas no tienen secretos. Ni paran en miras si se trata de salvar cualquier obstáculo. En ocasiones hacen estragos. Para "quedar en seco" no vacilan en abrir o cerrar compuertas, previa rotura de pernos, cadenas y cerraduras, aun cuando tengan que desorganizar todos los servicios. Luego recorren de punta a punta esos resbaladizos y oscuros túneles, buceando en busca de tesoros con que ganarse el pan de cada día. Estos están constituídos por todo aquello que pierde la gran urbe por sus cañerías de desagües. Monedas, alhajas, plomo, hierro, bronce, billetes de banco desteñidos, cucharas, cuchillos y mil cosas más. A veces oro y piedras preciosas.

¿Cómo trabaja esta gente? Hay quienes se meten por las bocas de tormenta utilizando chinchorros. Pero generalmente lo hacen a pie. Van desvestidos. Para alumbrarse están provistos de un farol rudimentario, hecho con una lata de aceite, en cuyo interior colocan una vela; llevan, asimismo, una zaranda que es otra lata chata agujereada, y, completando el conjunto de estos originales elementos de labor, una bolsa atada a la espalda. Sobre la cabeza, debajo del sombrero, colocan otras velas más, los cigarrillos y los fósforos. Una vez así equipados se introducen en los caños y comienzan su penosa tarea. Deben caminar cuadras y más cuadras con el agua a la cintura; tienen que hacer frente a las emanaciones de gases tóxicos, y es posible que se encuentren con cadáveres derribados por esos mismos gases, endurecidos por el frío o arrastrados por la corriente al caer una lluvia en el exterior. Después de diez o más horas regresan con 60 ó 70 kilos de peso en la bolsa y salen a la superficie, donde se dedican a clasificar la "cosecha". No hace mucho, un "ciruja" halló un brillante de un valor de más de 1.000 pesos. Un usurero le ofreció tan sólo 500. Desconforme, resolvió pignorarlo. En el Banco lo detuvieron y fué procesado por defraudador. Lo condenaron a pagar 500 pesos de multa. ◈


Bernabó



Un cuento de
Manuel Castro

Don Servando

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

CUANDO el sol, degollado a filo de horizonte, empieza a desangrarse, don Servando, patrón de la tropa de carretas, da una orden que hace media hora retarda su conocimiento del paraje y espera nuestra impaciencia:

—Hast'aquí llegó mi amor!... Ahicito, en la cañada, hay agua p'a cristianos y animales; a un tranco, n'el chañaral, leña p'a cien fogones; y a la redonda, pasto'e sobra p'a mil rodeos.

Nos largamos al suelo con sordo golpeteo de alpargatas. El trabajo, distribuído a través de muchas jornadas, se hace sin nerviosas premuras, entre bromas y dicharachos: unos traen agua, antes que los bueyes la enturbien; otros hacinan ramas, antes que la noche lo impida; unos desuncen; aquéllos arrean.

Al rato, junto a la hilera de *castillos*, cuyos ejes cesaron de gemir cansancios, brillan las llamas, chirria el asado, ahúmase la *pava*. Unos minutos más, y, en cuclillas o recostados, nos entregamos, en torno al rescoldo, a los *vicios* criollos: mate y cigarrillo. El cielo, azul, [illegible] de estrellas, y el campo, zaino, áspero de mugidos, tienden a confundirse. Derrengados, laxos, nos ronda el sueño. Mas de pronto, alguien —el *tape* Andrade, seguro— pide la *yapa*, esa *yapa* de fantasía que siempre, a jornales parejos, decide nuestro *conchavo* en la [illegible] de Servando Maidana:

—¿Y, don?... ¿Vamos a dir a las jergas sin un cuento aliveador?

Calla el aludido, que apurarse es de *chambones*, y retacea interés. En silencio sorbe el mate, hasta que la bombilla rezonga, y recién, mientras lo entrega al *chiquilín* cebador con un ceremonioso "¡sírvase!", *compone el pecho*, carraspea, señal de próximo relato. Debemos aguardar, empero —y la demora aumenta expectativas—, a que [illegible] *uno de chala*, lo encienda y dé algunas *pitadas*. Luego oímos el [illegible]:

—Había una vez...

Y estrechamos el círculo, con pueril apresuramiento, ávidos de episodios heroicos, de fábulas maravillosas.

—...un cacique muy guapo, que supo levantar sus toldos por estos pagos. Se llamaba Sansa y tuvo fama de indio sin yel. Fué —dicen—, el primero que mandó hombres de chuza. Tata Dios sabía —¡di'anden engañarlo a Él! — que Sansa, altanero y cocorita, andaba por ladearselé. Por eso le mezquinó cosas que d'entrada pudo darle. Una d'ellas, el fuego.

—Ejem! —tose uno en la rueda.

—No frunzan, que carece quien planche. ¿O piensan que los fogones nacieron solitos, po'el gusto de hacer churrascos, hervir pavas y calentar vagos?... El cuento que rilato es del tiempo'e Ñaupa. Entoavía hablaban los animales, igualito que hoy...

—Siga, don Servando.

—Hum... Güeno... Dije —¡y ando desioso que algún cachafaz cope y me desmienta! —que Tata Dios largó al hombre sobr'el campo arisco, con la orden brava: "Agenciátelas, muchacho"... Y Sansa, medio diablo, salvo p'a letra menuda, se las agenció no más. Las uñas a gatas le sirven p'a rascarse: inventa el cuchillo, cuchillo de piedra filosa, con unos tientos por cabo. (Vos, que te gusta interrumpir y estuvist'en Sierra Chica, sabés cómo se hacen, ¿no?) El ñandú lo farrea, alardiando gambetas de refucilo: inventa las bolas, que manean dende lejos. Gamas y venaos —disgracia enseña— mañerean, sin dejarlo acercarse: inventa la flecha, colmillo que muerde a la distancia. El miedo l'encoge el brazo frente a pumas y yaguaretés: inventa la lanza, estirada gana de matar.

—¿Y el lazo?

—Vino endispués... ¡y jeringue menos, mocoso!... Sansa inventó una punta de armas y herramientas. Unicamente le faltaba el fuego. Y sin él, ya pueden imaginarse la vida en estas pampas, ustedes que se mueren por locros y cimarrones, y en la escuridá ven ánimas y lobisomes... Porque —habrán notao—, por falta'e fuego, tuito lo comía crudo, a lo perro, y las noches eran camuatís de sustos...

—Con pedírselo a Tata Dios...

—¡Ajah!... ¡Como p'a encender el pucho de un cigarrillo!... ¡Serás abombao!... ¡Vaya si lo pidió!... ¿Nunca oiste el dicho: "Contra el vicio'e pedir, hay la virtú'e no dar"?... Si Dios, la Virgen y los santos te concedieran cuanti rogás, ¿andarías de tropero y con esas pilchas?... Dar es cencia difícil. Peligra que los pedigüeños se ceben y aguachen; que de tanto conseguirlo todo con sólo frangollar oraciones y santiguarse a menudo, aumenten haraganes y engreidos. "V'a crecerse Sansa —pensaba el Señor—, ni bien cuente con el fuego que alumbra, calienta, acompaña, protege; que pelea a la noche traicionera y al invierno crudo; que templa el coraje y las armas; qu'endurec'el barro y ablanda el fierro"... Y s'hizo el sordo.

—A lo pulpero, cuando l'hablan de fiao.

—Mesmamente... El cacique dentró a juntar rabia, y mal aconsejao por ella, quiso robar lo que le negaban. P'a eso, Sansa prencipió por hacerse amigo de caranchos, chimangos y urubuses, qu'entonces no eran pájaros catingudos. A juerza'e labia —con saliva s'in-

gieren tientos – los convenció de que debían ayudarlo; en prem
él cazaría p'a ellos. Tres ñanduces, qu'en aquellas épocas tenían
grandotas y volaban de la mañana a la noche, dentraron también
el aro, engolosinaos con promesas de mosquerío y de qu'en jamás
los jamases volverían a codicearles picanas y plumas. Churrinches
cardenales se comidieron, de puro hurguetes, a servir de bomber

–¿Y a qué tanto pajarerío?

–Pues lo sabrá, si se aguanta con los oidos bien abiertos. Pero
Mejor l'explico áhura, p'a que se duerma en seguida y deje de
robar. Con la cuarta de los bichos, que l'emprestaban juerza de
Sansa se propuso robarle al sol un cachito de su fogata eterna, d'
fuego que andaba necesitando. Una noche, él y los pajarracos s
condieron entre los yuyos, y a l'aurora, cuanti asomó el sol po
cima d'una loma, lo atropellaron. Sansa iba montao en un ñandú
paletiado por los otros dos; los caranchos, chimangos y urub
disimulaban la montonera con remolinos de plumas. Llegaron al
y antes de qu'el pobre sospechas'el malón, ya se levantara Sansa
dos lindas brasas trashogueras, que metió, engüeltas en ceniza,
la güampa de un guey y en la cola de una mulita.

–¡Mirá los yesqueros!

–¡Te avivast'e golpe!... Cierto. Ansina s'idearon. Y sigo... si
me atajan. Sansa y sus ayudantes pegaban la güelta, riyéndosé, cuan
el Señor l'alvirtió al sol:

–¡Epa!... Te han robao... Cobrátelá... ¡Meta leña!

–Y el sol, que con tanto calor tiene algo redetidos los sesos,
lugar de aporriar lomos y jetas de ladrones, conforme Tata D
l'indicaba, agarró un mont'enterito y lo echó a la fogata. ¡La
se armó!... Bramaban las llamaradas, alargándosé hacia la lu
que se puso colorada como fierro'e marca, y hacia la tierra, and'em
zaron a quemarse los pajonales. A los ñanduces les chamuscaron
alas y cayeron, con Sansa, en un bañao. De refilón, encendieron
copete de los cardenales y abrasaron a los churrinches...

–¡Cosa bárbara!...

–A'nqu'era justo castigo, Dios, entristecido po'el tendal de la
maos, adelantó la noche p'a evitar qu'el mundo se convirtiera
chicharrón. Luego, sentao n'una nube, sentenció:

–Ganast'el fuego, p'a vos y los tuyos. Con él, si lo doman y apr
den a manejarlo, serán dueños de la tierra. Pero vos, por desobed
te, tenés que pagarlo caro. Estaquiao, cargarás cadenas p'a siem
Chimangos, urubuses y caranchos te comerán a diario ojos y trip

–¡Bah! – contestó Sansa, con soberbia –. ¡De algo hay que mo

–No morirás – y será tu pena –, porque de noche te volver
crecer ojos y achuras, como las colas a las iguanas y las lagar
p'a que tu castigo dure añares... Seguirá tu sufrimiento hasta
dolor te redote y haga lagrimiar. A tus aparceros, los pájaros,
engañaos, les daré penas livianas: nunca más comerán los chi
gos, urubuses y caranchos otra cosa que pudriciones y usame
serán maulas en tierra de guapos y dependerán de quienes te
coraje p'a matar; nunca más volarán los ñanduces, y ¡vamos a
cómo se defienden sin ayuda ajena, ellos que, de puro compa
ayudaron a los hombres, bichos ingratos!; a los cardenales, les de
brasita del copete, p'a que cuando quieran pensar se les quemen
pensamientos; a los churrinches, que hicieron punta, les quedará
quemadura brava en la cabeza y la cola, que los hará saltar p'ar
de rato en rato, p'a que sepan lo lindo qu'es quedarse tranquilos

El viejo Maidana enmudece, para que meditemos sobre la equ
de las sentencias. Como guardamos silencio, insinúa un falso desen

–Ansí dijo Tata Dios, y emponchándosé'n la nube, se mandó m

Y calla de nuevo. Sabe que ahora lloverán comentarios y pregu

–¡Por eso nunca s'están quietos los churrinches!

–¡Miren di'ande le vien'el copete al cardenal!

–¡Con razón chimangos, caranchos y urubuses sólo comen jed
deces!

–¡S'embromaron los ñanduces, por meteretes!

–¡Había sido agalludo, Sansa!

–Y... ¿lloró alguna vez?

Don Servando esperaba esa curiosidad de la hombría criolla.

–Sí – contesta –, lloró machamente. Cuando los bisagüelos de n
tros bisagüelos vinieron al pais, y, a chumbos y sablazos, arrear
la indiada, lloró Sansa... Y Tata Dios l'indultó. Le sacaron cad
los pájaros dejaron de charquiarlo y hasta tuvo permiso p'a mo
en llegándolé su hora.

–Tata Dios – arguye el destripacuentos de marras – había sen
ciao: "Cargarás cadenas p'a siempre".

–¡Ajah!... Y también que los bichos lo achurarían tuitos los
Pero quien condena puede descondenar. Además, en cuanti a las
denas, el Señor mantuvo su palabra. Le dejó un anillo en cada
del corazón, y una argolla en cada tobillo. Y una sortija es el pr
eslabón d'una cadena, conforme saben los casaos... ¡Colorín,
rao!... Vamos a dormir, que mañana no es domingo.

❦ ❦ ❦

Así, hace muchos años, en pagos de Ajó y labios de don Serv
Maidana, tropero, oímos una versión criolla del mito de Prom

¿Había leído Maidana a Hesíodo y Homero? ¿Sabía que S
nombre del protagonista, significa *brasa*, en quichua?

¡Vaya uno a saber!

AGREGAMOS SEIS NUEVOS TOMOS



La más magnífica de las colecciones literarias se ha enriquecido con otras seis obras de autores de indiscutible mérito, que, presentadas con la misma elegancia de las anteriores, elevan a 212 el número de volúmenes que ofrece al público lector la

BIBLIOTECA MUNDIAL SOPENA

EDITADA EN LA ARGENTINA

FERNANDEZ Y GONZALEZ: El Pastelero de Madrigal (3 tomos).

JULIO VERNE: Familia sin nombre.

JULIO VERNE: Keraván el Testarudo.

Las Mil y Una Noches (Cuentos orientales).

El secreto del notable éxito de esta biblioteca está en presentar todas las obras absolutamente íntegras, con la cantidad de páginas que ellas requieren, por cuya razón los volúmenes varían entre 128 y 488 páginas, y por estar formada con las más celebradas obras de la literatura universal.

EMILIO CASTELAR
—Ernesto.
—Historia de un Corazón.
—Ricardo.

SEVERO CATALINA
—La Mujer.

CERVANTES
—Don Quijote de la Mancha.
—Novelas Ejemplares (2 tomos).

JUAN CRUZ VARELA
—Poesías Completas.

CESAR DUAYEN
—Stella.

ESTEBAN ECHEVERRIA
—La Cautiva.

ESPRONCEDA
—Obras Poéticas Completas.

FERNANDEZ Y GONZALEZ
—El Cocinero de Su Majestad (2 tomos).
—El Pastelero de Madrigal (3 tomos).

GABRIEL Y GALAN
—Obras Completas.

BALTASAR GRACIAN
—El Criticón (2 tomos).
—Tratados.

EDUARDO GUTIERREZ
—Juan Moreira.

HARTZENBUSCH
—Los Amantes de Teruel.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA
—La Vida del Lazarillo de Tormes.

CARLOS IBARGUREN
—Juan Manuel de Rosas.

TOMAS DE IRIARTE
—Fábulas Completas.

INFANTE JUAN MANUEL
—El Conde Lucanor.

JORGE ISAACS
—María y Poesías Completas (1 tomo).

ANDRES LAMAS
—Rivadavia.

ENRIQUE LARRETA
—"Zogoibi".
—La Gloria de Don Ramiro.

FRAY LUIS DE LEON
—La Perfecta Casada.
—Poesías Completas.

CARLOS A. LEUMANN
—Adriana Zumarán.

LOPE DE VEGA
—La Estrella de Sevilla.
—Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
—Fuenteovejuna.

LUCIO V. LOPEZ
—La Gran Aldea.

LUCIO V. MANSILLA
—Una Excursión a los Indios Ranqueles (2 tomos).

JOSE MARMOL
—Amalia.

BARTOLOME MITRE
—Ensayos Históricos.

MORATIN
—El Sí de las Niñas.

G. NUÑEZ DE ARCE
—Poesías Completas.

J. M. DE PEREDA
—El Buey Suelto...
—El Sabor de la Tierruca.
—Sotileza.
—Peñas Arriba.
—Don Gonzalo González de la Gonzalera.
—Escenas Montañesas.
—Pedro Sánchez.
—La Puchera.

E. PEREZ ESCRICH
—El Cura de Aldea (3 tomos).

QUEVEDO
—Historia de la Vida del Buscón.

BELISARIO ROLDAN
—Discursos Completos.

J. RUIZ DE ALARCON
—La Verdad Sospechosa.
—Poesías Completas.

SAMANIEGO
—Fábulas Completas.

FLORENCIO SANCHEZ
—Teatro (Barranca Abajo - La Gringa - Los Derechos de la Salud - El Desalojo - En Familia - Moneda Falsa).

D. F. SARMIENTO
—Las Ciento y Una.
—Facundo.
—Recuerdos de Provincia.

MARCOS SASTRE
—El Tempe Argentino.

TIRSO DE MOLINA
—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra.
—El Vergonzoso en Palacio.

JUAN VALERA
—Juanita la Larga.
—Pepita Jiménez.
—Doña Luz.
—Genio y Figura...
—El Comendador Mendoza.

JOSE ZORRILLA
—Don Juan Tenorio (seguido de Poesías Escogidas).

SI DESEA CONOCER LA LISTA INTEGRA DE LOS 212 TOMOS PUBLICADOS, SOLICITELA POR CARTA O TELEFONICAMENTE.

AUTORES HISPANOAMERICANOS PUBLICADOS EN ESTA BIBLIOTECA

PEDRO A. DE ALARCON
—El Capitán Veneno.
—El Niño de la Bola.
—El Sombrero de Tres Picos.
—La Pródiga.
—El Final de Norma.

J. B. ALBERDI
—El Crimen de la Guerra.

JOSE S. ALVAREZ
—Cuentos de Fray Mocho.

O. V. ANDRADE
—Obras Poéticas Completas.

JAIME L. BALMES
—El Criterio.
—Historia de la Filosofía.
—Lógica y Etica.
—Metafísica.

BECQUER
—Rimas.

MANUEL BILBAO
—Historia de Rosas.

HECTOR P. BLOMBERG
—La Mulata del Restaurador.

CALDERON DE LA BARCA
—El Alcalde de Zalamea.
—La Vida es Sueño.

ESTANISLAO DEL CAMPO
—Fausto.

CAMPOAMOR
—Doloras y Humoradas.

MIGUEL CANE
—Ensayos.
—Juvenilia.
—En Viaje.

80 centavos el tomo en rústica
$ 1.20 encuadernado en cartoné

Pídalos a su librero o a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S.R.L.

— SIMBOLO DE BUENA EDICION —

Esmeralda 116 - U. T. 34, 4067 - Bs. Aires

Adjunto $.......... para que me remitan, por certificado y a vuelta de correo, los títulos marcados con una X.

Nombre..

Dirección..

Población.. L. 166

NOTA: Agregar 20 centavos por un libro para flete y 10 centavos por cada libro más. Ténganse en cuenta las obras que constan de dos o más tomos.

REPORTAJES EN EL ZOOLOGICO

Donde Archibaldo, el rinoceronte, se enoja porque le llaman feo



DIBUJO DE VILLAFAÑE

Escribe Germán Dras

Especial para "Leoplán"

FOTOGRAFIA DE ANGEL CASTELLANO

—¡OH, Archibaldo!, ¿por qué eres tan feo?

Esta es la pregunta que todo el mundo formula *in mente* ante nuestro rinoceronte del Zoológico. Pero nosotros se la hemos lanzado a quemarropa y en voz alta. Entonces el paquidermo se revuelve hecho una furia, raya el suelo con su cuerno, enfrenta el alambrado que nos separa, y casi lo embiste con todo el ímpetu de su alma selvática. Pero un relámpago de luz en su turbia memoria contiene el huracán que le bulle dentro.

Se acuerda de cuando "se rompió todo" contra ese alambrado el día que lo trajeron. Y prefiere contestarme a gritos y resoplidos:

—¡Yo no soy feo! ¡Más feos sois vosotros los humanos, y nadie os dice nada!

—¡Tú eres horrible, rinoceronte! —le replico con un poco de rabia—; tienes cuernos en la nariz...

—Y tú, pobre hombre — me interrumpe—, tienes la cara pelada, con pelos arriba de la boca y sobre los ojos...

—Pero parece que no te hubieras visto nunca en el espejo del estanque, Archibaldo; pareces salido del infierno; ni una "quimera" de Notre Dame es más fea que tú; la imaginación del hombre no pudo idear nada comparable a tu fealdad...

—¡Cállate, pretencioso, pobre ser enclenque: si no te tapas con trapos te cocina el sol o te congela el frío! Yo, en cambio, estoy cubierto con un manto de buen cuero de mi legítima propiedad, que no se lo debo a nadie y nadie me lo puede quitar.

—Pareces olvidar que en Africa te desesperaba el dolor de ese manto estúpidamente sensible a las picaduras de tábanos, moscas y mosquitos.

—Tu deshonesta memoria te hace olvidar a ti que me bastaba un baño de buen cieno para quedar al resguardo de esas picaduras, y tu deshonesto entendimiento no te deja pensar que tú, en las mismas circunstancias, habrías perecido con 42 grados de fiebre, o lleno de infecciones, o estúpidamente dormido por la tsé-tsé.

—Sí, he pensado en todo eso, pobre animal, pero también pienso que no es ningún mérito sobrevivir en el infierno, donde sólo puede vivir lo diabólico; y a ti no te hizo Dios, sino el diablo, como aseguraban los antiguos.

—¡Bah, los antiguos! Si vamos a hacerles caso... Me han hecho muchos honores. Los egipcios me dibujaban en sus monumentos monolíticos, el gran Job se ocupó de mí, como se lee en la Biblia; y entré triunfante en Roma, llevado por Pompeyo, 61 años antes de Jesucristo.

—No te envanezca eso, horrible bicho; no vales nada...

—¿Que no valgo? ¡Qué pobre humano eres! ¿No ves que a mí no me importa nada de ti: que tú me tienes un miedo que avergonzaría a cualquier otro animal; que de no mediar este alambrado yo te destrozaría si quisiera aunque escaparas como un gamo; que no te sirvo yo a ti, sino tú a mí; que me cuidas, lavas la casa y traes todos los días la comida que necesito; que pagas por el honor de venir a verme y te quedas embobado mirándome? ¿No ves que por todas estas razones y por otras que callo soy superior a ti?

Es indudable que no vamos en vías de llegar a un acuerdo, y yo estoy llevando la peor parte. Resuelvo, entonces, darle la razón:

—Tienes razón, Archibaldo; todo depende del punto de vista en que uno está colocado. No peleemos más.

—Bueno — resopla de mal modo el nasicornio.

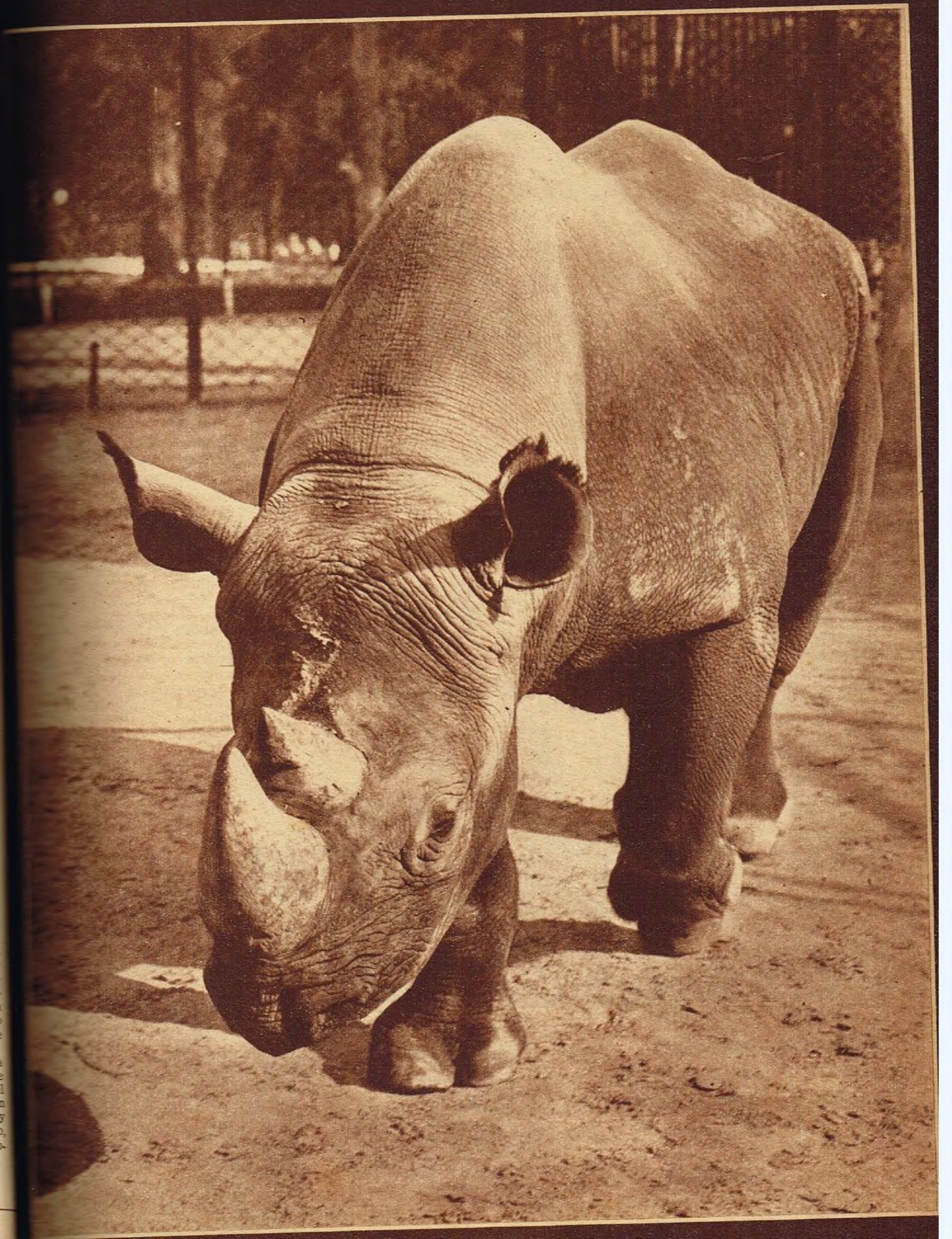
—Sé que eres bueno — le miento — y sabes mucho; ¿por qué no me cuentas algo de tu familia, de tu patria, de tus hazañas?...

—¡Bah!, ¿para que te instruyas a mi costa? No te diré nada. Seguramente estás creyendo que mi *pedigree* es inferior, que en mi patria no me conocen y

que no tengo his
Pero nada de eso
pariente cercano de
ballo, al que tú
noble, y primo her
del tapir que hab
Misiones; los tres
necemos al esplé
orden de los impar
tados. En la India,
hermanos son
nios, y parecen
tos por placas de
ro. En Africa,
mos la piel lisa y
bicornios. La fam
numerosísima y lle
variedades. Teng
hermano blanco
noceros Simus), el
grande de los rino
tes, que mide cinc
tros, y es bondado
más pequeño habi
Java y mide unos
metros, *(Rhinoc*
Sondaicus). El ele
nos tiene miedo, p
en cuanto se des
le hundimos la na
la barriga, y adiós
fante. Soy el verd
rey de la selva;
men todos y yo no respeto nada
abro paso en la peor espesura y
vieso en línea recta los matorra
Trago cualquier cosa: pastos duros
bustos y espinas. Corro a gran
dad, aunque parezco pesado al
nar. Tengo un oído extraordinaria
te fino; oigo hasta el rielar de la
en los charcos. Y tengo buen gusto
agrada el azúcar. Ya ves que lind
sa soy.

—Sí — le contesto con ánimo de
tigar tanta soberbia —; pero olvida
cir justamente lo que yo sé de ti.
una vista torpe, y cometes la tonter
cerrar los ojos cuando atacas; de
que cualquiera se burla de tus ímp
esquivándote como se esquiva un
Te enojas por cualquier pavada y
tas de matar por el placer de matar
que eres malísimo. A veces, porqu
no más, te enfureces contra un mat
y enceguecido tratas de deshacerlo,
cas los arbustos de raíz, cavas pozos
bistes, aplastas, lo rompes todo, y
pués, cansado, te acuestas allí mis
dormir, completamente olvidado
que has hecho. ¿Te parece ahora
eres muy linda cosa?

Archibaldo no espera más. Agac
cabeza, se lanza como un ciclón
mí y... y le crujen los cuernos con
alambrado. Entonces se pone a abr
pozo con gran ahinco, sofocación, f
enceguecimiento... Hasta que, can
se acuesta a dormir sobre la tierra
vida, como cuando vivía en sus sel
Pero, entre tanto, yo desaparezco



El gobierno ha olvidado a los artistas

Alumnos de la Escuela Nacional de Bellas Artes en el *hall* del establecimiento, junto a una magnífica talla de Moisés, obra de Miguel Angel.



Silencio y trabajo son las notas sobresalientes en

LA ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES, DONDE UN MAGNIFICO PLANTEL DE ARTISTAS EN POTENCIA ESTUDIA Y TRABAJA, CARECE DE UN EDIFICIO A TONO CON LA JERARQUIA DE BUENOS AIRES

Una nota de **Pedro Patti**
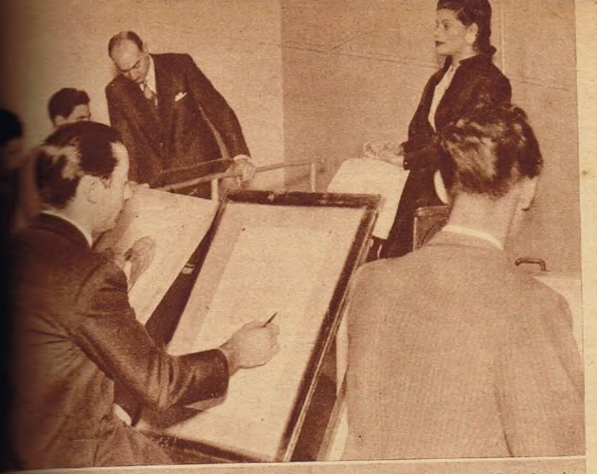
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS DE FLORENCIO ROMERO

-NADA de líneas esfumadas, p
das, inseguras, como si estuvieran
ciendo equilibrios en la cuerda
Los trazos deben ser precisos, ex
rados, si se quiere, pero sin p
nunca el sentido de la proporción
es necesario que abarquen toda
gura. Concreten el trabajo a una
reducida, determinada. Vean este
bro. Es un conjunto espléndido;
ven el volumen y el movimiento
músculo deltoide y del trapecio y
mo de la clavícula se extienden p

Emilio Centurión, corrigiendo el dibujo de un
ha dicho: "En el arte, como en muchas cosas
vida, para marchar rápido hay que andar lent





La clase de primer año de Octavio Fioravanti, ocupada en el dibujo de una cabeza de mujer.

Con estos dos músculos, esti- talentos, tienen trabajo para la noche. No olviden que en el como en muchísimas cosas de la para marchar rápido hay que muy lentamente.
El hombro del modelo que el profesor es magnífico. Al observarlo detenidamente, parecen adivi- debajo de la epidermis broncea- atleta, los músculos en tensión, para el movimiento. El pro- calla, observando el dibujo de un alumno. En el silencio, sólo se oye el ruido de la carbonilla al dejar huellas negras rectas y curvas, finas y gruesas, en el papel blanco. En el aula siguiente, hallamos a un grupo numeroso de alumnos, inclinados sobre los tableros, observando la figura que está de pie en la tarima, precisamente debajo de un foco eléctrico, cuya luz hace que resalten las formas del modelo.

la supervisión personal de don Pío Collivadino, di- de la Escuela Superior de Bellas Artes, los estu- van marcando las formas de la modelo.



Estamos en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Y precisamente en este momento aparece don Pío Collivadino, director del establecimiento. Saludos, apretones de manos y continuamos la visita nocturna a la casa. En todas partes, las dos notas sobresalientes: trabajo y silencio.

—¿Por qué estudian estos jóvenes?

Don Pío nos mira, sorprendido por la pregunta. Le suena extraña, aparentemente fuera de lugar. Se la explicamos. ¿Concurren a la escuela en busca de una carrera que mañana les permita defenderse en la ruda lucha por la vida, o simplemente movidos por la necesidad vocacional? Es lo que nosotros presumíamos. No todos asisten para obtener el diploma de maestro de dibujo, para ser profesionales en un futuro próximo. Muchos descuentan horas al sueño y tranquilidad al cuerpo, cediendo a sus inclinaciones espirituales, alimentando la llama mágica de la vocación.

—Este joven, por ejemplo —nos explica el director indicándonos a un estudiante de ojos saltones, frente amplia y despejada, y expresión concentrada—, es maestro de escuela. La mañana la dedica a sus clases, la tarde a su empleo de oficina y, por la noche, en lugar de ir al café, al cine

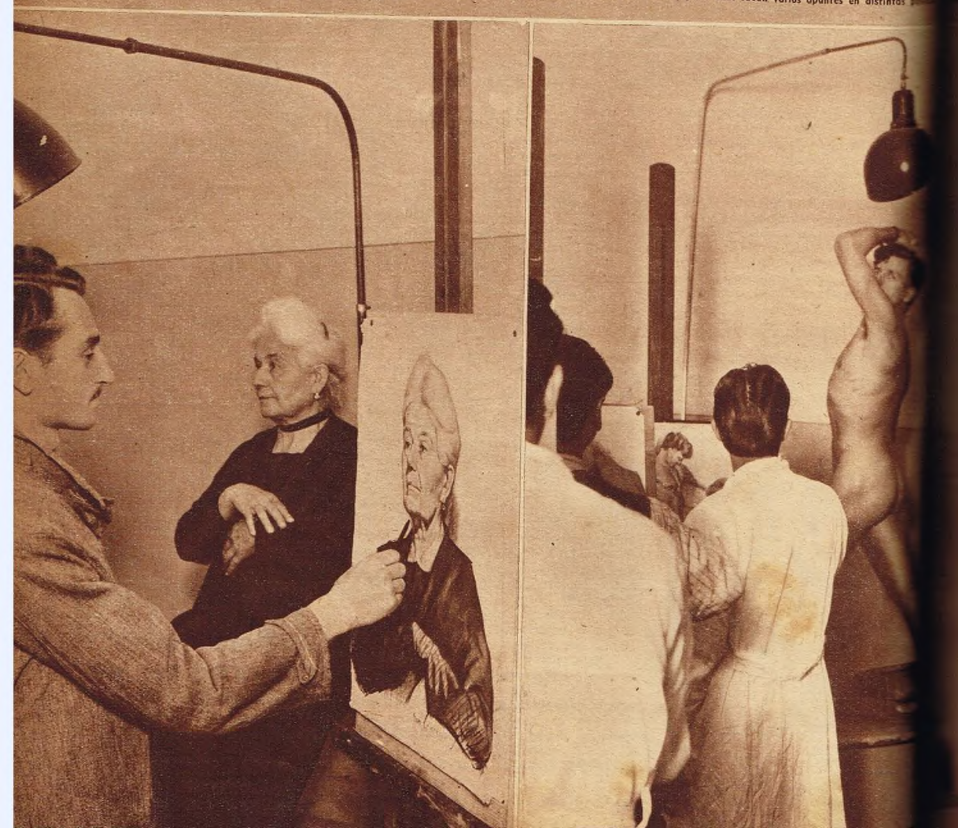
o al club con los amigos, viene aquí, se pone el guardapolvo y baja a las catacumbas, para seguir estudiando, para seguir perfeccionándose en escultura. Y ese muchacho vive en Olivos. Aquel joven del extremo es mecánico; también él trabaja todo el día. Sueña con ser pintor. Y llegará, posiblemente, a serlo. Aquel otro, de nariz prominente, es un alumno distinguido de cuarto año de medicina. Tiene condiciones para ser un excelente decorador. Pero la mayor parte de los que concurren a la escuela de noche lo hacen dispuestos a formarse una carrera. Sinceramente: todos ellos merecen más de lo que ahora se les ofrece.

Confesamos que, en el primer momento, no alcanzamos a interpretar la última frase del director. Pero a medida que cumplíamos nuestra visita por la casa, fuimos comprendiendo perfectamente su significado. Las aulas son reducidas, insignificantes, incómodas, antihigiénicas; escaleras empinadas e interminables; corredores estrechos, por arriba y por abajo, de disposición un tanto laberíntica, propicios al extravío de los visitantes y a los golpes contra los objetos que obstaculizan el paso. El despacho del director, convertido por falta de comodidad y de espacio en un verdadero depósito de listones, tablas, frascos y frasquitos; los mueb están cubiertos por una capa de polvo, y antes de sentar tanto el director como nosotros, debemos limpiar el s con el pañuelo, como suele hacerse al sentarse en una pl pública. Vamos a las catacumbas, como humorísticame suele llamar don Pío, por su ubicación, a las aulas de esc tura: se hallan más huérfanas de comodidades y de es tica que las otras salas de la academia. Los alumnos tra jan apiñados, confundidos con sus inanimadas criaturas d barro.

¡Y pensar que se pagan dos mil pesos mensuales por alquiler de este reducidísimo, incomodísimo, antihigié y antiestético local, ubicado en el lugar menos convenie y accesible de la ciudad! Con una mensualidad semeja cualquier banco metropolitano facilitaría el dinero ne sario para la construcción de un edificio digno de una E cuela Nacional de Bellas Artes en consonancia, no sólo co la jerarquía que hoy tiene la capital argentina — la prim ra ciudad de Latinoamérica —, sino también con el incue tionable valor que representa un cuerpo de profesores, e donde figuran nombres como Emilio Centurión, Lino En

Magnífica expresión de anciana que el alumno lleva al papel con extraordinaria fidelidad. Estos son los resultados que se obtienen al final de muchos años de estudio.

En una sala instalada en la planta alta de la referida casa de estudios h aparece de pie sobre una tarima, y del cual sacan varios apuntes en distintas



Spilimbergo, Dante Ortolani, Alejandro Sirio, Octavio Fioravanti, Proieto, Eugenio Daneri y otros que no recuerdo en este momento.

Chile, cuyos recursos económicos de ninguna manera pueden compararse con los nuestros, tiene en su capital una Escuela Nacional de Bellas Artes que bien podemos tomar por modelo. El monumental y bellísimo edificio de la escuela citada se levanta en el Parque Forestal de Santiago. Las aulas y talleres son amplísimos, dotados de ambiente y de comodidades, que utilizan profesores y alumnos a cualquier hora del día o de la noche; dispone de biblioteca, de auditorio, de sala de esparcimiento e, inclusive, de un club en la planta baja. Un cable informó no hace mucho que el primer magistrado chileno había llamado a su despacho a los intelectuales de todas las ramas, prometiéndoles:

"Señores: el gobierno quiere saber cuáles son vuestras necesidades, y yo puedo asegurar que una vez que las conozca buscará la forma de satisfacerlas".

Eso dijo el presidente de Chile.

Pero aquí, en la Argentina, no se ha dicho nada... ◈

Un numeroso grupo de alumnos ocupado en el dibujo del cuerpo del atleta, que por su dedicación y ansia de saber de estos artistas en potencia son dignos de elogio.







El crimen de

Novela policial de ROBERT THERRY SHANNON

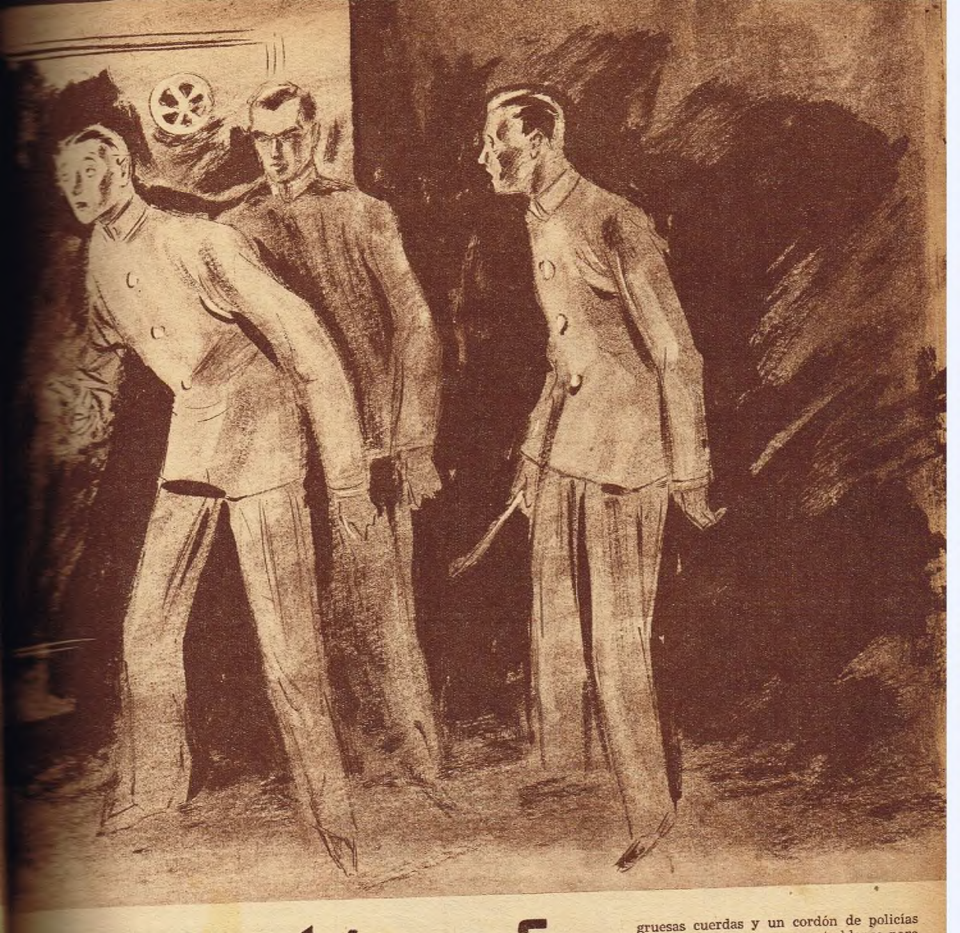
"El crimen del cinematógrafo", la novela policial que publica hoy LEOPLÁN, pertenece a la pluma ág
rana de Robert Therry Shannon, original autor norteamericano que, después de haberse consagrado en
de las letras con sus emotivas novelas costumbristas, pareció volver a encontrarse a sí mismo, renovando
mente su estilo al tentar el género policial, en el que obtuvo en muy poco tiempo una enorme popular
hoy día no cabe ya en las fronteras de su patria. Como muchos otros autores norteamericanos del
Robert Therry Shannon ha tenido una juventud azarosa y pintoresca, visitando los más apartados rin
Oriente y las islas del Pacífico. En el curso de esas correrías, desempeñó toda clase de oficios, mezclá
las más bajas esferas sociales, lo cual, a la par que le brindaba una extraordinaria cantidad de conoc
enriquecía su léxico y vigorizaba su estilo, de suyo enjundioso y brillante. De aquella época de su
"Sixty Hays in Malaca", que publicó a los veintidós años. Es creencia general en los Estados Unidos que

CAPITULO I

EL "speaker" se para ante el micrófono. Lleva un impecable smocking, y en su rostro dibújase una sonrisa sibilina.

Grandes reflectores arrojan torrentes de luz en el "hall" del teatro, dando a todos un aire artificial, como si estuvieran esculpidos en cera

Aquí, en la balsámica atmósfera del aire perfumado, entre columnas babilónicas, bajo un cielo estrellado y pisando en los marmóreos arabescos del reluciente piso, se confunden las más hermosas mujeres con los hombres más gallardos de la creación. Afuera, el gentío, demasiado distante para poder apreciar los costosos perfumes del ambiente, se halla contenido por



cinematógrafo

TAPA E ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

...ducida especialmente para LEOPLÁN

...llegó a desempeñar el puesto de detective de la policía de San Francisco, siendo luego trasladado por sus ...mientos del terreno a Singapur, para cooperar en la acción contra las bandas de ladrones internacionales, ... el fondo de sus argumentos de hechos de la vida real en que le tocara actuar, dotándolos luego, con ... imaginación, de la trama y los elementos que han dado origen a uno de los tipos de novela poli... originales y que llevan en sus páginas una indudable fuerza dramática orientada hacia esos finales fuer... ...racterísticos del autor de la obra que hoy inserta nuestro magazine, y que, junto con "Twenty and forty ..." y "Murder in Singapur" pueden ser considerados con estricta justicia entre sus más felices producciones.

gruesas cuerdas y un cordón de policías que visten de riguroso guante blanco para la ocasión.

Cada vez que un lujoso y reluciente automóvil deja en el "hall" una estrella o un escritor famoso, la multitud prorrumpe en aclamaciones y aplausos, ondulando de un lado a otro en su afán de ver. Es entonces cuando la voz del "speaker" se deja oír:

—¡Atención! ¡Aquí llega Sybill Hall, la famosa estrella de la pantalla! Luce un vestido X y Z, diseñado especialmente para ella... ¡Miss Hall! ¡Miss Hall! ¿No quisiera decir unas palabras para sus admiradores? ¡Por aquí, miss Hall!...

Y miss Hall consiente, con una voz cálida y acariciadora. Un plateado traje de noche que resplandece bajo las luces artificiales envuelve su cuerpo escultural. El

"speaker" la observa un segundo de arriba abajo con una mirada indefinida de admiración y envidia, mientras se vuelve en seguida para anunciar y alabar a la siguiente luminaria estelar.

Antes de que la noche termine, la flor y nata de Hollywood ha pasado ante el micrófono, pronunciando más o menos las mismas palabras. Todos confiesan hallarse altamente excitados y profesar un gran cariño por Leni Luneska, la única quizá que se halla ausente.

El anunciador, que no ha visto la película, declara repetidas veces que aquella será una fecha histórica en los anales de la cinematografía, y su voz, que adquiere todos los tonos de la convicción, electriza a la multitud.

Finalmente llega ante el micrófono un elegante caballero que lanza al éter un par de frases pulidas y galanas. Es el alcalde de la ciudad.

Tras él, ignorado por el "speaker", un hombre con aspecto de criado, que viste un raído traje gris, se desliza hacia el interior del teatro. Es Tom Mulrooney, jefe de detectives.

El "speaker" vuelve el rostro hacia un joven alto y elegante que se aprox ese momento. Un largo y costoso so do, con el cuello levantado, cubre su ket. Las mujeres dan vuelta la cabe ra mirarlo. Es Lucky Cavanaugh — gador—, con su cuerpo de atleta y su largo y elástico. De piel bronceada, llas salientes, nariz romana y mand prominentes, mira fríamente con sus grises, calmos, implacables, arrogan

Nadie hubiera podido confundirl un actor. Desde la cabeza hasta los su sólida estructura ósea pertenece a generación muy anterior a Hollywo de aquella época en que el bisonte ba libremente en las grandes planici Oeste y los pueblos mineros surgía doquier. Su herencia está marca cada línea de su rostro, aun cuan maneras son afables y su voz suena tosa y pulida.

—¡Y aquí tenemos a Lucky Cavan —grita el anunciador—. Se dice qu Cavanaugh ha hecho saltar la ban Caliente. Quizá quiera darnos su mé

El joven sonríe acercándose al fono.

—No crean una palabra de lo qu señores—expresa hablando con flu sólo hay una manera de ganar a la y es siendo propietario de ella. Yo soy...

Hay en ese instante un confuso miento en la entrada, seguido de do rumoreo, y Leni Luneska ha entrada triunfal, del brazo de un de mediana edad, que viste imp mente y se cubre con un sombre copa.

Aparece pequeña y delgada en su do de noche, de reflejos platinado envuelve su figura elegante y est Los reflectores le arrancan chispa luz, mientras de su cabellera plate rece surgir un nimbo argentado. C habla por la radio, su voz parece mente excitada, y es tan arrulla suave que embriaga. Disimulado per ceptible, su acento tiene reminis de la patria europea.

—Esta noche — dice — emana poesía y todo el amor que he soñad deseado. Soy feliz. Inmensamente pero quizá por eso me siento atemo Os pido que me acompañéis en esta única para mí con vuestros más pensamientos.

Lucky Cavanaugh se quita el rel sombrero de copa, deteniéndose a sos de ella para observarla con o intensa admiración. Cuando se alej casi rozándolo, envolviéndolo en diaciones perfumadas y magnéticas cuerpo juvenil. Su rostro tiene la vitalidad de una flor, pero sus ojos, extraño color violeta, aparecen fa y sombreados por profundas ojeras

La espontánea admiración de Cava aumentó entonces con un dejo de Y en el mismo instante quedó pr las redes de Leni Luneska, adorable lanceándose en el pináculo de la f pesar de la instintiva resistencia de ma de empedernido jugador, rudo y confiado.

El conocimiento de que así había



fué puramente instintivo en él. Era jugador de profesión, y estaba dotado de un sexto sentido, de una especie de telepatía que le permitía descubrir los más recónditos secretos del alma humana. Hasta ese momento, sin embargo, la idea no era más que un pasatiempo en su imaginación, cuando de pronto, y partiendo de la multitud que se apiñaba tras el cordón de la policía, una voz gutural de hombre pareció hendir el espacio.

—¡Leni! ¡Leni! — gritó —. ¡Soy yo! ¡Karl! ¡Karl Kruger!...

Aquella voz produjo en la joven el efecto de un mazazo en la nuca.

Se detuvo, vaciló un instante como si fuera a caer, y después se dió vuelta lentamente, mientras el color desaparecía de sus mejillas.

Antes de que ningún policía pudiera detenerlo, el desconocido se deslizó rápidamente por debajo de la cuerda y avanzó con grandes pasos hacia la estrella, deteniéndose a su lado. Lucky Cavanaugh, a dos pasos de ella, miraba y escuchaba.

El hombre parecía extenuado, con la barba y el cabello muy crecidos, y unos ojos que chispeaban como los de una fiera acorralada, en el fondo de profundas concavidades.

—Estoy hambriento, Leni — dijo con una voz que salía desde lo más hondo de su garganta —. ¿No quieres que diga ahora a todo el mundo lo que soy?

Comenzó a agitar las manos en una forma extraña, y cambió de color cuando los policías se acercaron a la carrera.

—¡Diles quién soy, Leni! — gritó.

El rostro de Leni Luneska estaba blanco y rígido como esculpido en el mármol. Cuando uno de los policías tomó al hombre por el cuello, pronunció breves palabras casi ininteligibles, con voz lejana y ausente.

—Hagan el favor de dejarlo. Deseo hablar unas palabras con él más tarde... Es un viejo conocido...

La cara de su acompañante dejaba traslucir la sorpresa enorme que lo embargaba, pero Karl se deslizó prontamente a su lado.

No hubo dificultades a la entrada. La palabra de Leni era suficiente. Lucky Cavanaugh entró tras ellos.

CAPITULO II

Pasando por las primeras puertas del teatro, Leni Luneska y su acompañante se encontraron en un lujoso salón de mullidas alfombras, doradas luces y paredes decoradas con grandes cuadros murales.

Karl Kruger, cuya miserable figura resaltaba aún más en aquel lujoso escenario, seguía a Leni, llevando el grasiento sombrero en la mano. Los elegantes y pulcros aristócratas se apartaban de su camino, como si temieran contaminarse con su presencia.

Douglas Gates, el caballero que acompañaba a Leni, fulminó a Kruger con una agria mirada.

—¿Quién es usted y qué desea?—dijo—. Está molestando a miss Luneska. Tome esto y retírese.

Y como Gates hiciera ademán de llevarse la mano al bolsillo, Karl Kruger se le acercó y le dijo, haciendo una mueca convulsiva:

—Quiero hablar una palabra con la señora. ¿Deseas que hablemos a solas, o aquí en público, Leni?

—¡Quieres esperar un momento, Karl!... ¡Por favor!... — dijo ésta, impaciente y nerviosa — .Debe de haber algún lugar en el teatro donde puedas esperar hasta que termine la función. Comprende que no me es posible hablarte ahora.

—¿Conque te avergüenzas de mí, eh? — dijo Karl acercando su rostro al de ella —; crees que...

La gente se agolpaba ya alrededor de ellos para ver y oír, pero de repente Kruger dejó de hablar. Una mano poderosa había hecho presa en su brazo y lo atenazaba como si fuera un garfio de acero.

—Este hombre esperará hasta que a usted le plazca, miss Luneska — dijo la voz suave pero amenazadora de Lucky Cavanaugh —; no habrá el menor contratiempo, se lo aseguro.

Una oleada de sangre afluyó al rostro de Kruger, pero apretó los dientes y permaneció quieto y callado, porque el poder de aquella mano de acero era una amenaza suspendida sobre él. Leni Luneska, en la confusión del momento, sólo atinó a dar las gracias a aquel joven alto y elegante que la libraba de su embarazosa situación tan oportunamente.

—Gracias, muchas gracias — murmuró con un suspiro de alivio, y, volviéndose hacia Kruger, continuó —: te veré más



tarde, Karl, cuando termine la función.

Cavanaugh se inclinó ligeramente, y después dió media vuelta arrastrando consigo al desconocido.

Douglas Gates tomó el brazo de Leni y la condujo hacia un costado del salón.

—Es un pobre infortunado a quien conocí en Europa — murmuró ella —; no pienses más en él; le hablaré luego.

Mientras tanto, un ujier uniformado se había aproximado a Cavanaugh.

—¿Llamaré a un policía para que se haga cargo de él, señor? — murmuró solícito.

—No, dígale al gerente que haga el favor de venir — contestó éste.

El ujier partió rápidamente, mientras Cavanaugh conducía a Kruger hacia un rincón y, empujándolo contra la pared, le decía:

—No sé quién es usted ni me importa — dijo —. Pero he prometido que va a esperar a miss Luneska hasta después de la función, y así será. Si trata usted de estropear su noche, entonces lo dejaré frío para siempre. ¿Entendido?

Kruger se frotó el brazo sin decir palabra y con la vista baja. El dolor le había quitado su decisión.

—Tarde o temprano tendrá que hablarme — dijo de repente —; esperaré.

En ese momento Sol Kaufmann hizo su entrada, con la sorpresa pintada en el rostro, pero tratando de aparecer tranquilo. La siguiente explicación del jugador y su deseo fueron suficientes para Kaufmann. Era la mejor manera de resolver el enojoso incidente. Entre los dos condujeron a Kruger a una oficina privada y le ordenaron que esperara allí.

—Estas artistas extranjeras siempre
nen un pasado turbio — dijo el ge
mientras bajaban las escaleras —. Lo
co que deseo es que no ventilen sus
tos en mi teatro.

—Es una lástima que miss Luneska
ya sido molestada, precisamente esta
che, por ese individuo — comentó
vez Cavanaugh.

—¡Bah!... Tan pronto como un
comienza a ganar fama y dinero, ap
tipos de esa calaña — dijo Kaufmann
giéndose de hombros —. Hollywood
pero no se inquiete por miss Lunes

Y Kaufmann desechó el asunto
ocupada noche, que era una máquina
fecta de resolver circunstancias e in
tes repentinos e imprevistos. Pero, por
traño que parezca, el joven jugador,
profesión lo llevaba siempre a mant

...do de cualquier otro asunto que no ... los suyos propios, estaba ahora pa... frente al camarín de Luneska, adonde sus pasos lo condujeran inconscientemente. En la platea del gran teatro, atestada de gente, una butaca estaba extrañamente vacía. Lucky Cavanaugh, sin sa... acababa de tomar en ese instante ... una nueva y peligrosa senda. Estaba ...siguiendo los pasos de una misteriosa mu... atraído por la rubia cabellera, la es... silueta y el perfume exótico e in... ... de Leni Luneska.

Él sólo sabía que una extraña sensación ... presa en él, y que ya no le sería ... dar un solo paso atrás.

Las bailarinas del primer acto estaban ... en el escenario. Los pasillos, silenciosos ... desiertos, se hallaban sumidos en la os... ...dad, porque la mayoría de los espec... habían ocupado ya sus asientos, ... el murmullo de las conversacio... en palcos y plateas indicara su indi... hacia las sesenta y cinco mucha... sonrientes y semidesnudas que baila... en el tablado.

Un ujier vistosamente uniformado se ... a Cavanaugh para examinar su en... El pensamiento de que todo podía ... en Hollywood daba a éste una ... seguridad. Deslizó su mano en el ... del pantalón y en seguida alargó ... ujier un billete de banco.

—Desearía conseguir un asiento en el ... de miss Luneska..., soy un viejo ... —le dijo con voz suave, y sonrien... confidencialmente.

El muchacho sonrió a su vez mientras ... el billete en su propio bolsillo.

—Espere aquí, veré lo que puedo hacer ... —dijo.

Leni Luneska se hallaba sentada cerca ... la baranda, en su palco. El costoso ta... de noche se volcaba en el respaldo ... una silla, y sus brazos, sus hombros y ... espalda exhalaban un suave perfume ... destacaban su blancura en la semioscu... ... del ambiente. Varios personajes im... ...tes de los estudios estaban en el ... palco con sus esposas, y para ellos ... Luneska que tenían al lado era mucho ... interesante que la otra Luneska que ... aparecería en la pantalla.

El único personaje que había en el pal... y no pertenecía a los estudios cinema... ...ficos era Douglas Gates, que en ese ... momento estaba pidiendo a Leni ... se casara con él.

—¿Por qué no me contestas esta noche? —murmuraba—. No me agrada forzar tu ..., pero debes comprender que no ... es posible esperar más tiempo.

Su premiosa insistencia era parte de la ... y vieja historia. Un hombre de ...enta años está siempre en desventa... ... una joven y hermosa mujer. Leni ... sinceramente que Gates era un perfecto caballero, sano, sin vicios, culto ... educado. Era, por otra parte, bien pa..., y el bigote a la europea realzaba ... facciones; pero se daba cuenta de que ... lo amaba ni lo podría amar nunca.

Sin embargo, en esos pocos minutos ... había decidido casarse con él.

—Douglas, querido, ¿me comprenderás siempre? —le preguntó con un hilo de voz—. ¿Me protegerás contra todos y me amarás, pase lo que pase?

—Naturalmente — respondió él con absoluta calma.

Ella se apartó entonces y lo miró detenidamente, mientras una imperceptible sonrisa excéptica asomaba a sus labios.

—Sí; desde luego que sí... Naturalmente — murmuró.

Gates no comprendió. Sus palabras de amor chocaban siempre contra la indiferencia de la joven, y esa noche se hallaba cansado. A despecho de su cuerpo erguido y de su rostro sin arrugas, se sentía viejo. Había jugado al polo esa tarde y sus ojos sombreados de grandes ojeras delataban aún el esfuerzo realizado. La juventud es siempre una difícil conquista para los hombres de edad. Diez años atrás ni siquiera se habría fatigado.

CAPITULO III

—Me temo que esta noche estés demasiado excitada para escucharme, pero trataré de tener paciencia — dijo Gates, sonriendo a medias.

—Gracias, querido. ¡Eres tan comprensivo!... — respondió ella estrechándole la mano.

Comprensivo y nada más, pensó, en el fondo de su corazón. El roce de su mano no le produjo ninguna sensación, y esa noche iba a necesitar de la fuerza que da



el amor, para afrontar a Karl Kruger. No debía permitir que la dominara la desesperación. Era necesario mantener la mente clara y hacer un gran esfuerzo para que el terror no hiciera presa en ella; tenía que prepararse para esa entrevista inevitable, y cuanto antes mejor.

En el escenario las bailarinas y la orquesta daban fin al "ballet", en medio de entusiastas aplausos. Un instante después se bajaba el telón, y cuando éste volvió a alzarse las luces se apagaron y el título de una nueva creación cinematográfica apareció en la pantalla. El silencio de la sala era absoluto, y todo el público estaba ya pendiente del film que iba a consagrar a Leni Luneska. Dos horas iba a durar la atención de los espectadores.

—Voy a tratar de descansar un poco; me hallo fatigada — díjole Leni a Gates, levantándose y poniéndose el tapado —. Por favor..., deseo estar sola.

Para Douglas Gates era aquél uno de los muchos caprichos de la artista, que aceptaba sin pretender analizar. Se levantó y permaneció de pie. La salida de la joven no llamó la atención, porque todo el mundo se hallaba concentrado en la figura de Leni Luneska que se proyectaba en la pantalla. El ser original, el humano, era entonces muy secundario.

Sin embargo, por una extraordinaria coincidencia, el drama de ficción que creara un brillante escritor teatral, y que se desarrollaba ahora en la pantalla, estaba a punto de ser vivido en la realidad por esa misma Leni Luneska que lo encarnaba en la pantalla. En aquel mismo teatro donde iba a consagrarse estrella indiscutida del firmamento de Hollywood, el pasado y el presente de Leni marchaban a pasos agigantados hacia un encuentro inevitable y fatal.

Lucky Cavanaugh la siguió con la mirada hasta que se perdió en las s
del pasillo, y en seguida, dándose
volvió a verla en la pantalla, mien
piraba con supremo deleite la es
perfume que dejara su cuerpo juv

El despacho al que Karl Kruger
conducido era uno de los tantos
gundo piso, bajo el "foyer". Durante
era la oficina del agente de public
como tal, reconocida por su lujosa
ción en todo Hollywood. Pesadas
escritorio caoba y mullidos sillo
cuero...

Muy diferente, por cierto, de la
ción contigua, con la que se com
por una pequeña puerta. Allí no
nada de lujo. Una máquina de
sobre una mesa, varias sillas, unos
libros de contabilidad y una caja
frente a cuya abierta puerta un
de rostro severo estaba arrodill
el piso, a su lado, se hallaba lo
do esa noche. Los billetes en gru
jos, y las monedas en dos bolsas

El hombre no era un ladrón.
ñaba las funciones de tesorero
tro y se hallaba ocupado en poner
recaudo el dinero obtenido con la
de las entradas de la función de
che. Los verdaderos ladrones, que
traban igualmente cuidadosos en
tuosa tarea, acechaban desde la
fila de asientos, en la galería.

Estaban vestidos con el uniforme
ujieres, y se habían deslizado h
pasando por la azotea. Su situac
comprometida, pero les faltaba
para que el éxito coronara sus es
Cada detalle de su plan había sid
con teórica perfección.

Recostado cerca de una puerta
a un lado, escaleras abajo, se hall
tercero, que actuaba de vigía y
bién vestía el uniforme de ujie
cualquiera que pasara no repre
otra cosa que el perfecto tipo del
za que había abandonado su pue
unos minutos para fumar un ciga

De acuerdo al plan de los lad
cuarto contiguo al del tesoro deb
llarse desierto a esas horas; pe
más perfecto calculador hubiera
la presencia allí de Karl Kruger,
menos de Leni Luneska, que en ese
instante se acercaba a la habita
coltada por el empresario en pe
quien ella pidiera informes sobre
donde se encontraba aquél. Esos
imprevistos molestaron a los ladr
ro de ningún modo los hicieron
de sus propósitos.

El guardián del tesoro había ce
puerta de la oficina y en ese mo
hallaba lejos de allí. Cuando éste
alejado, fué juego de niños para
nes abrir la puerta con una llave
y esperar luego en el interior,
tamente a oscuras, que termina
esperada conferencia de la habita
cina. Las voces del otro lado se
ban apenas como un murmullo,
trusos no les prestaban ninguna
Faltaba aún más de una hora para
mento que ellos fijaran para hac
la caja fuerte.

Esa voladura iba a ser la obra

[illegible] de violación de cajas de seguridad; un hecho sin [illegible]tes en la historia del crimen. "Madelón", la gran pe[illegible] que consagraría a su heroína Leni esa noche, desarrolla[illegible] acción en las trincheras de la guerra de 1914. En el sexto [illegible] había un formidable bombardeo, que durante las pruebas [illegible] en el laboratorio había hecho temblar los cristales [illegible] ventanas. Los ladrones se hallaban enterados de ese [illegible] y pensaban aprovecharlo en su favor esa misma no[illegible] La explosión que causara la mecha que habría de volar [illegible] de hierro, preparada por esos expertos del crimen, pa[illegible] completamente inadvertida, según sus cálculos, si ex[illegible] en el preciso momento del bombardeo de la película.

Kruger no se levantó del mullido sillón de cuero en el que [illegible] sentado fumando un cigarrillo, cuando entró Leni. [illegible] moverse, la miró fijamente a los ojos. Ella, con un movi[illegible] instintivo, llevóse la mano al pecho, subiendo su tapado.

—Cierra la puerta — dijo él, y después prosiguió —. ¿Qué te [illegible] tienes miedo de tu marido?

Ella no respondió, y en su frente formóse una profunda arru[illegible] también sentía la gravedad del instante, aunque tratara [illegible]larlo, y las venas de su cuello se hallaban tensas [illegible] cuerdas.

—¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Qué deseas de mí? — pre[illegible] ella, al fin, con voz vibrante, aunque cortés.

—Sabes demasiado bien lo que deseo — dijo Kruger levan[illegible] agresivo y arrojando lejos su cigarrillo —. ¡A ti y a tus [illegible] de pieles!... No es muy agradable que se te presente [illegible] de tu pasado sucio y hambriento en la forma de tu [illegible] Sí; comprendo perfectamente que hubiera sido muy de [illegible] olvidar por completo todo lo referente a Karl [illegible], ¿verdad?

La respiración de Leni se hizo penosa y sus ojos miraron en [illegible] como extraviados. Parecía como si la garra de su pa[illegible] se levantara del lodo para hacer presa en ella, otra vez. [illegible] tenía a un hombre frío y despiadado dispuesto a en[illegible] toda su vida.

CAPITULO IV

—[illegible] que estabas en la cárcel — dijo ella, tratando de apa[illegible] calma —; ¿lograste escapar?

—He sido absuelto por buena conducta — respondió Kruger [illegible] una sonrisa cínica de satisfacción —. No; no podrás en[illegible] de vuelta a aquel infierno.

Leni, ya más serena, lo contempló un instante. La cárcel y [illegible] privaciones habían impreso sus huellas en ese cuerpo en[illegible] y en ese rostro demacrado, cuyos ojos fulguraban aho[illegible] [illegible]rados en el fondo de las órbitas. Ella sintió repulsión [illegible] él, pero también piedad.

—¿Qué es lo que deseas? ¿Dinero? Bien, podemos llegar a [illegible] arreglo.

—Parece que olvidas que soy tu esposo — respondió Kruger [illegible] una sonrisa que semejaba una mueca —. Y no olvides tam[illegible] que has estado en la cárcel. Podría hacerte deportar si [illegible] Si el público supiese que estuviste seis meses tras [illegible] de Wormwood Scrubbs, no duraría mucho tu popu[illegible] Sí, Leni, no te queda otra alternativa que aceptar mis [illegible]

—¿Qué es, entonces, lo que deseas?

—Todos los sábados por la noche pasaban películas, allá en [illegible] — dijo Kruger, sin contestar directamente a su pre[illegible] —; muchas veces te vi actuar en pequeños papeles, pero [illegible] seguro de que triunfarías. Algún día Leni Luneska sería [illegible] nadie como yo confiaba en ti, aun en la cárcel, porque [illegible] como yo sabía de tus cabellos, de tus ojos, de tu cuerpo. [illegible] soñado muchas veces contigo en la soledad de mi celda. [illegible] soy libre y vengo a buscar lo que me pertenece. Ya [illegible] lo que quiero... ¡Quiero a mi esposa!

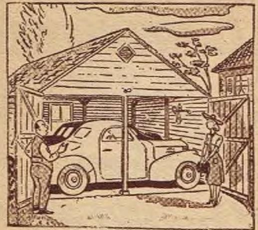
Hubo una pausa angustiosa, mientras uno y otra se miraban [illegible]tes a los ojos. Luego, lentamente, ella dejó escapar [illegible] palabras de entre sus labios apretados.

—Tú no eres mi esposo; no lo has sido nunca. Aquel casa[illegible] en Viena no significa nada. Yo era menor de edad.

—Pero fué legal, y si yo no soy tu esposo, entonces has vi[illegible] conmigo, y te digo que puedo causar tu ruina. Nadie [illegible] impedir que diga lo que sé.

—No me asustas, Karl; te conozco, eres un cobarde. Lo único

Enigma



—Está bien; prometo no enojarme porque hayas sacado mi coche. Dime solamente cómo diablos pudiste entrarlo así.

que deseas es dinero y quieres sacarme la mayor cantidad posible.

—¡Oh!, sí, ciertamente, deseo dinero. Toda mi vida lo he deseado. Pero también quiero a mi esposa. Y la tendré, ¿lo oyes? ¡La tendré!

—Hay una docena de hombres que te matarían si yo se lo pidiera — dijo ella lentamente.

—Y yo podría matarte ahora mismo — gritó él, levantándose de un salto y avanzando hacia ella, amenazador.

Hablaba a gritos, y en la habitación contigua los ladrones eran todo oídos, aunque no podían entender una palabra.

Leni lo consideró de arriba abajo. El era viejo y decrépito; ella joven y fuerte. Por su mente pasó la idea de que una lucha entre los dos quizá no le sería desfavorable, y el solo pensamiento la hizo sonreír aún en medio de tan dramático instante. El se encolerizó todavía más, pero Leni lo contuvo con un gesto.

—No tienes ni fuerza ni coraje para hacerlo, Karl. He sido una tonta en dejarme intimidar.

—Los dos hemos sido unos tontos en acalorarnos, Leni. Una cuestión como ésta no se arregla con disputar. Vete y vuelve dentro de una hora, cuando hayas tenido tiempo de pensar. Ya sabes mis condiciones, y no aceptaré ninguna otra cosa.

—¿Cuánto quieres?

—Que me reconozcas públicamente por tu esposo, y todo lo que ello involucra.

—¡No! ¡Jamás, aunque me cueste la vida!

—Escucha, Leni; estoy desesperado y no me importa hundirme más de lo que estoy; pero si no aceptas mis condiciones te arrastraré a ti en mi caída. Tenlo presente, y ahora vete, antes de que comencemos a disputar nuevamente.

—Muy bien, lo pensaré. Volveré dentro de una hora y arreglaremos todo esto.

Cuando Leni cerró la puerta de la habitación tras ella, sus piernas se doblaron...

El interés de Lucky Cavanaugh por las películas cinematográficas era tan escaso que él no se explicaba aún su presencia en el teatro. Había sido quizá un presentimiento lo que lo llevara hasta allí. Miraba a Leni Luneska moverse en la pantalla y sentía una emoción profunda nacer en él. No era su belleza ni su fama las que lo atraían. Muchas bellas mujeres se habían cruzado ya en su camino, desde Belmont hasta Saratoga. Pero lo que experimentaba ahora por Leni Luneska era algo distinto, más fuerte y más hondo.

Cuando Leni volvió a entrar en el palco, Cavanaugh perdió todo interés en la película. Gates se había sentado en una silla situada cerca de la barandilla, y estaba inmóvil, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás.

El fragante perfume de Leni la precedió en el palco. Sin sacarse el tapado ni hacer el menor ruido, sentóse en la silla que quedaba a espaldas de Gates. Cavanaugh se hallaba tan cerca de ella, que hubiera podido tocarla con extender apenas su brazo. A pesar de la oscuridad, él notó su agitación, y escuchó sus palabras cuando se inclinó hacia Gates.

—Si me casara contigo, Douglas, ¿me protegerías contra todos, pasara lo que pasara?

Ella se detuvo, y esperó la respuesta. Pero Gates no contestó, y en el silencio del palco se hizo más notoria aún su respiración profunda y acompasada.

Jamás había pasado Leni por un momento tan trágicamente irónico. Mientras ella triunfaba en la pantalla, el hombre que pretendía desposarla se hallaba dormido, justamente cuando ella le hablaba de matrimonio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y una brillante y húmeda perla se deslizó lentamente por su mejilla. Lucky Cavanaugh fué el único que la vió caer y esfumarse. Su mano alcanzó la de Leni en la semioscuridad del palco, y la retuvo entre las suyas con suave firmeza.

Leni no sabía de quién era aquella mano que apretaba la suya, pero había un algo amistoso, firme y juvenil en ella que le hizo responder instintivamente a la suave presión. Una voz acariciadora llegó a sus oídos.

—Esta atmósfera es demasiado densa — dijo Cavanaugh —; salgamos afuera a respirar un poco de aire fresco.

En ese mismo instante, Leni Luneska sonreía feliz, pero sólo en la imagen de la pantalla. La auténtica Leni Luneska se daba vuelta en tanto y, mirando fijamente en los oscuros ojos de Cavanaugh, murmuraba sin retirar su mano de la de él...

—Pero yo no sé quién es usted...

—¡Oh!, pero yo sé quién es usted, y eso ya es algo — respondió él con una sonrisa amistosa.

CAPITULO V

Ella se sintió aliviada por esa voz profunda y varonil. Intuía que podría confiar en un hombre así, y, sin pronunciar palabra, se levantó de su asiento y lo siguió hacia el pasillo exterior. Al salir, él la tomó del brazo y juntos caminaron hasta llegar a un corredor débilmente iluminado. En una puerta exterior, a pocos pasos de ellos, un ujier permanecía inmóvil y aparentemente no había reparado en e

—¿Fuma usted? — preguntó Cava ofreciendo a Leni su cigarrera abierta la mano izquierda, y en seguida bri su diestra la llama de un encended tomático a cuya luz pudo él conte a su sabor aquel rostro blanco y sen Conocedor del género humano, com dió que la muchacha pasaba por un tensa crisis. ¡Pobre Leni Luneska, f y todo, no era en ese momento más una muchacha desamparada! La vi cender su cigarrillo y aspirar el hum fruición, e inmediatamente pareció brar el dominio de sí misma. Lo m le sonrió levemente.

—¿Paseamos? — preguntó ella.

—Haremos lo que usted guste, mi neska.

—¡Oh!, lo que yo quiero es una muy simple... Quizá sepa usted có volverle el valor a una persona que perdido.

—No me diga que usted ha perd valor, porque no voy a creerle. Lo q ted tiene no es nada más que la ne dad y excitación del estreno. Nada

Habían llegado al final del pa volvieron sobre sus pasos.

—¿Cuánto tiempo desea perm aquí, miss Luneska? Quiero decir de volver al palco.

—Yo no desearía volver, pero de cerlo. Permaneceré aquí solamente terminar este cigarrillo.

—No hará usted eso. Se halla muy excitada y no pienso dejarla dentro de un cuarto de hora por lo

—No me agradan esos aires melo ticos, señor — dijo ella con mirada fiante —, y no trate de adoptar p protector conmigo. Es usted una muy simpática y le agradezco que ya ayudado en un momento de de pero eso no significa que haya y mi vida en sus manos.

—¿Pero qué es lo que puede hecho creer que yo trato de pro señorita?

—¿No es eso lo que desea usted?

—Unicamente contra todos los h excepto yo mismo...

—¿Es usted entonces como to demás?

—En ese sentido, mucho más qu quier otro hombre.

—Supongo que tendré que con usted; de todos modos — respondi después de mirarlo un instante e cio —, creo que deberíamos con mejor.

—Créame que no deseo otra cosa

Mientras hablaban, Cavanaugh forzaba por hallar un medio de s aquel pasillo, hasta que por fin lo tró al llegar a la galería exterior do a Leni un instante, se dirigió portero que fumaba tranquilamente do estuvo a dos pasos de él, éste lo

—Buenas noches, míster Ca — dijo el hombre sin dejar el cig su voz sonó extrañamente famili el jugador.

El joven se dió entonces cuenta el ujier era, en efecto, conocido sonrióse interiormente de ver a S delincuente de los bajos fond



con el uniforme de porte- también se hallaba incómodo enorme y musculoso cuer- rer salirse del estrecho uni- sumamente molesto por que un hombre tan conocido lo hubiese sorprendido vida honradamente. Eso, al que aparentaba.

muchachos comenzaran a bur- no vestía más este uniforme con absoluta sinceridad.

pero los tiempos son du- que vivir, ¿eh? — respondió

instante pensó él que Slug un portero, pero aceptaba como cualquier otra. Des- eso no era asunto suyo. especie de hermandad entre *los rateros*, criminales, pugilis- que los hace respetarse y instintivamente unos a otros. de la sociedad, pero, aun leyes. Para *los muchachos* está dividido en dos partes. Los ellos, y los que están con- Lucky Cavanaugh estaba con

CAPITULO VI

estuviera en el lugar suyo — di- mezclaría a la muchacha en

no quiero intervenir en lo pero ya que está en este tra- todos los rincones de la muchacha se halla fatiga- encontrar un saloncito re- pudiera descansar un rato. consideró fríamente, después sa- objeto metálico de su bol- alargó.

míster Cavanaugh, porque una ventana. Vea, tiene lado de los palcos y llegarse piso. El tercer balcón de pertenece al "manager", y la desocupada hasta después

— dijo Cavanaugh simplemen- a alejarse en dirección a

— respondió el otro —. Me he misma situación muchas veces. siguió a Cavanaugh sin objeción, sin preguntar

nuevamente por el pasillo de cruzaron frente a la habita- probablemente aun se hallaba y por el cuarto contiguo, ladrones miraban impacientes horas en un reloj de cua- En el palco, Douglas Ga- aún respirando acompasa- la menor noción de la au- Y en la pantalla, ella can- consagrándose más y más ca- que pasaba, como la mejor cinematográfica del año.

piso, Cavanaugh forzó sin ventana señalada por Slug, y a un lado para dejar pasar maneras eran las de un ca-

era confortable y estaba gusto. Muebles modernos, un Buda, y profusión de fotografías de astros y estrellas del cinematógrafo y el teatro. Leni se dejó caer en un sillón de cuero, y su tapado de pieles se deslizó de sus hombros. Cavanaugh vió que ella sonreía.

—¿Y bien? Me ha traído usted unos cuantos pisos más arriba, pero no por eso estamos más cerca del cielo — dijo.

—Déjeme pensar lo que debemos hacer — respondió él, fijando la mirada en su rostro, que reflejaba un completo renuncio de todo, como si se abandonara a la fatalidad del destino.

—Creo que debo decirle algo de mí misma — dijo ella.

El esperó en silencio.

—¿De dónde viene usted? — preguntó ella repentinamente.

—De Caliente; he llegado esta mañana.

—No, no...; quiero decir: ¿de dónde viene usted para irrumpir así en mi vida esta noche? Hace unas horas era usted un desconocido para mí, y aun ahora ni siquiera sé su nombre.

—Cavanaugh. "El afortunado", me dicen.

—Cavanaugh, "El afortunado" — repitió ella gravemente —. Parece el mote de algún caballero medieval... Si realmente es usted afortunado, necesito de usted y de su buena suerte esta noche.

—Uno y otra son todos suyos.

—Así parece ser... — dijo ella sin mirarlo —. No sé bien por qué voy a contar a usted mi vida, pero comprendo que necesito confiarme a alguien; que necesito ayuda, sea de quién fuere.

Después de un minuto de silencio, Leni Luneska comenzó a hablar. Contaba la historia de su vida como si se tratara de la de otra mujer. De una mujer que se hallara muy lejos en su memoria. De una mujer muerta hacía ya mucho tiempo.

Una fábrica en Viena. Doscientas muchachas, casi niñas, haciendo flores artificiales en un local malsano. Doce horas por día. Pan negro y agua de lentejas. Manos manchadas con anilina. Zapatos con papel en las suelas rotas. Mentes cansadas y cuerpos extenuados. El enloquecedor estruendo de la maquinaria en el aire viciado. Después, Karl Kruger. Fuga. Vino. Casamiento. Castigos. Odio. Robo. Vuelo. Arresto. Fuga. Terror. Vino. Golpes. Histerismo. Miseria. Hombres. Berlín. Hombres. Londres. Kruger. Cárcel. América...

De aquella vida de miseria surgió la mujer íntegra. Sirvienta. Mucama. Clases nocturnas. Modelo. Lecciones de inglés. Ahorro. Secretaria de una compañía en Portland. Hollywood. Ambición. Voluntad. Exito...

Su voz se quebró, agotada por el esfuerzo y el recuerdo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cavanaugh quedó pensativo. No se conmovía con facilidad, pero aquella historia le había tocado el corazón.

—¡Terrible!... — murmuró.

—Mañana estaré en todos los diarios — dijo ella con voz tensa —. Ninguna estrella, por famosa que sea, podría sobrevivir a tal pasado, si se hace público. Mis películas serán prohibidas en toda América, y yo seré deportada, quizá. Esta noche soy una estrella; mañana estaré otra vez en el barro.

—Creo que llegaremos a un acuerdo con Kruger — dijo él, calmoso, pero con una mirada dura como el acero.

—No quiere dinero...

Cavanaugh comprendió, y en seguida pensó que un hombre como Kruger debería ser aplastado como una araña venenosa. Olvidándose de sí mismo, de su condición de jugador frío y sin escrúpulos, para quien las mujeres hermosas no eran más que agradables pasatiempos, decidió hacerse cargo de la situación de Leni. Se sentó a su lado y la tomó en sus brazos. Ella se acurrucó contra él como un animal castigado. Cavanaugh murmuró palabras de consuelo.

—No llore... Todo saldrá bien...

—Quiero descansar — dijo ella.

CAPITULO VII

Una especie de súbita vergüenza de sí mismo envolvió entonces a Cavanaugh. Vergüenza de haberse dejado interesar por las penas de una mujer, y de estar a punto de rendirse ante ella. Deliberadamente apartó sus brazos de ella.

—Nada se gana con ponerse sentimental — dijo con voz breve —; no tema, ya hallaremos la manera de arreglar a su amigo Mr. Kruger.

—Perdóneme por haberlo mezclado en mis asuntos privados — dijo ella, reaccionando también —; fué un momento de debilidad, pero ya pasó. Lo siento; ahora desearía regresar al palco.

Ambos se levantaron.

—Yo veré a Mr. Kruger luego, y...

—Por favor, no haga nada de eso. Son

mis asuntos y mis penas. Es usted muy gentil, señor Cavanaugh, pero no podría solucionar esta situación. Además, sería una tontería de su parte mezclarse en las contrariedades de los demás.

Se puso el tapado, secóse las lágrimas y le sonrió valientemente. Era una vez más Leni Luneska, la triunfal estrella de la pantalla. El se arrepintió de sus maneras. Leni Luneska se había puesto en sus manos al confesarle su pasado, pero ahora tendía una muralla entre los dos con su valiente sonrisa de orgullo herido. Deliberadamente, Cavanaugh la tomó de los hombros y la obligó a mirarlo en los ojos. Hubo una especie de choque magnético cuando sus miradas se encontraron, y sin pronunciar palabra sus labios se unieron.

—No tome esto muy en serio — dijo ella cuando se separaron —, no es más que un accidente. Ahora deseo volver al palco.

—Se equivoca usted. Lo que ha comenzado aquí debe seguir adelante.

—No, y lo siento — respondió ella, tratando de consolarlo con una sonrisa —. Los hombres me traen mala suerte y hace rato que he terminado con todos ellos. Esta noche sentí la necesidad de confiarme a alguno, y le tocó ser a usted. Ahora le ruego que olvide todo eso.

El cambio de actitud de Leni fué como una ducha fría para Cavanaugh. Ciertamente, no lo esperaba, y recién ahora comenzaba a valorar a esa hermosa muchacha de dorados cabellos. Tuvo la sensación de que si persistía en su actitud ella iba a echarse a reír. Después de todo, apenas hacía unas horas que la conocía, y Leni Luneska le había dado más de lo que él podía esperar. Y en el fondo de sí mismo Cavanaugh se resistía contra la idea de que había empezado a enamorarse de ella.

Leni Luneska sentóse nuevamente detrás de Gates, y permaneció inmóvil y con la mirada perdida en la lejanía. No veía nada de lo que sucedía a su alrededor y no prestaba ciertamente la menor atención a su imagen, que actuaba riendo y cantando en la pantalla. Su corazón y sus pensamientos estaban lejos. "Esto es el fin de todo para mí", pensaba. "El fin de todo." Al día siguiente Karl Kruger hablaría, y ella caería del pedestal que tantas amarguras y privaciones le costara alcanzar. Cancelarían su contrato y todos los estudios se cerrarían para ella.

En ese momento Douglas Gates despertó y se dirigió a ella.

—Es una gran película, querida — murmuró —. No hay nadie como tú. Eres maravillosa.

Ella no contestó. ¿Para qué? Mañana, todo eso acabaría. Se alejaría de Hollywood para volver a las sombras de donde surgiera. Ni siquiera podía consolarse con la idea de su riqueza. Como muchas estrellas, su debe era mucho mayor que su haber. La vida, como una gigantesca esponja, la estaba borrando de la escena de la vida, para darle un futuro completamente en blanco. Todo había terminado ya para ella: Gates, Cavanaugh, Kruger. El podía hablar cuanto quisiera; ella estaría lejos de Hollywood cuando él contara su historia.

Para su peso y estatura, Lucky Cavanaugh se movía con sorprendente rapidez y agilidad mientras caminaba por el pasillo del teatro. Frente a la entrada posterior de los palcos halló un hombre vestido de ujier. Lucky se dirigió a él.

—¿Dónde está Slug? — preguntóle.

—No comprendo lo que quiere usted decir, Mr. Cavanaugh — respondió el otro fríamente.

—Cuando lo vea déle esto de mi parte — dijo Lucky, aproximándose y tendiéndole una pequeña pieza de acero que sacara del bolsillo.

—Está bien — fué la respuesta seca del hombre.

Sin más palabras, Lucky se dirigió directamente hacia la oficina donde sabía que se hallaba Kruger, sintiendo en sus espaldas la sensación de la mirada del otro. Pero eso no le importaba. Sus asuntos eran muy distintos y no pensaba mezclarse en los de Slug y su banda.

Por un instante se detuvo antes de abrir la puerta y entrar. Karl Kruger lo miró con asombro, levantándose rápidamente del mullido sillón de cuero donde se hallaba recostado. Los dos hombres se observaron en silencio, desafiantes.

—Tome su sombrero y sígame — dijo al fin Cavanaugh —. Vamos a salir de aquí.

Kruger lo consideró un instante, y luego volvió a recostarse en el sillón, extendiendo sus piernas.

—Nada de eso — dijo —; no soy tan fácil de manejar. Usted debe de ser uno de esos amigos de Leni, pero no conoce aún a Karl Kruger. Yo tengo mis derechos y no me iré de aquí hasta que se me hayan reconocido. No tengo miedo de usted ni de nadie. No podrán hacerme callar a menos que me asesinen.

—Está usted jugando con su propia vida, Kruger. Nadie ha dicho nada de matarlo; pero tampoco voy a permitir que se quede aquí para humillar a miss Luneska. No le daré ocasión de contar su historia a nadie. Podría silenciarlo ahora mismo y para siempre, si quisiera.

Los labios de Kruger se abrieron en una mueca que pretendía ser sonrisa. Las ventanas de su nariz se distendieron aspirando el aire.

—Huele usted como ella; acaba de separarse de ella, tal vez... Usted no puede engañarme, tengo los triunfos en la mano, y además sepa que está hablando con un hombre desesperado y dispuesto a todo.

—Bien, exactamente, ¿qué es lo que desea usted?

—Quiero dinero y quiero a Leni Luneska. Lo quiero todo — dijo él, poniéndose de pie —. No me importa decirle lo que es ella. Es...

No había terminado de hablar cuando el puño derecho de Cavanaugh dió con fuerza en su mandíbula. Kruger trastabilló y fué a caer a un costado del sillón de cuero en que se hallaba sentado hacía un instante. Se levantó penosamente, y cuando estuvo erguido tenía un pequeño revólver en su diestra.

CAPITULO VIII

Los ojos de Cavanaugh fueron, avizores, del revólver a los ojos de Kruger, que respiraba fatigosamente por sus labios entreabiertos. Ninguno de los dos pronunció una palabra, pero el hombre del revólver temblaba de excitación, en tant otro permanecía inmóvil como un

En ese mismo instante, en la de al lado los ladrones se prep volar la caja de hierro. Uno de ell dió una pequeña mecha en la o Para lo que iban a hacer no n mucha luz. La caja estaba prepa tíficamente para la explosión. E era tal que se escuchaba el tictac marcando los últimos segundos la acción. Uno de los hombres copiosamente; los otros dos, vi cuentes, se hallaban casi seren se oyó la voz de Kruger que otro lado de la puerta.

—¿Qué vamos a hacer con es cuarto? — preguntó el que tr

—¡Cállate!

—No me gusta nada eso de gente al otro lado — volvió a de ma voz —; a lo mejor son p están esperando para atrapar sabe...

—¡Si no te callas te voy a...

—Está bien, pero eso no me

Los tres ladrones aguardar en silencio, que el segundero d corriera el poco trecho que ra que en la pantalla se d impresionante realismo la es terrible bombardeo en los camp cia, en 1914. En las trincheras talla, los soldados aguardab con los nervios tensos, la hora

Por fin se desencadenó el en toda su furia. Fueron tres lamente, pero Leni Luneska, d co, comprendió, al caer el telón bía consagrado estrella. Una salva de aplausos llenó la sa ella se sonreía a sí misma con nía. Era el principio y el fin De golpe sintió frío y abrigós mente con su tapado.

Entretanto, los tres silenci habían hecho volar la caja de afanaban ahora recogiendo la las monedas y los fajos de b quiera Cavanaugh y Kruger, contiguo, sintieron la explosi mente estaba preparada. A también se debiera al hecho y otro se hallaban demasiad por sus propios asuntos.

Kruger elevó su revólver h al pecho de Lucky; su respi deante y en sus ojos brillab ira. Cavanaugh, sin moverse tamente una mano tras de su dedos tocaron la llave de la gundo después la habitación ras. Kruger disparó su ar veces consecutivas, mientras saltaba rápidamente hacia u vez se hizo el silencio, y la resonó agriamente en la o

—Creo que te he dado dijo de modo siniestro.

Pero en ese momento, Ca ro de que su antagonista balas en su revólver, pren luz. Kruger miró en der animal acorralado, el arm manos y, antes de que Cav alcanzarlo, abrió la puerta d contigua y penetró en e tromba.

Hubo un movimiento de

... que se hallaban inclinados ... fuerte, y en seguida uno de ... rápido movimiento y una ... brilló en su mano, mientras ... explosión llenaba el cuarto. ... miró con ojos fijos, sin brillo, ... se fué deslizando hacia el suelo ... quedó inmóvil y doblado sobre ... Estaba muerto.

... que había hecho fuego le... vez más su arma para tirar ... Kruger, pero uno de los otros lo ...

... estúpido! — le dijo, dete... mano.

... Cavanaugh entró en la pieza, ... la detonación, sólo alcanzó a ... hombres que huían por la ... Vió a Kruger en el suelo ... pensó que debía salir de ... en seguida. "O me arrestarán ..." — se dijo.

... alejarse, echó una mirada al ... de Kruger. No había duda ... estaba muerto. A su lado ... pequeño revólver con que inten... un momento antes. Cava... cuenta de todo lo que sig... muerte para él y para Leni, ... se salió al pasillo y se alejó ... hacia el palco de la fla... ligero de cuerpo y de espí... camino pensó que si alguien ... preguntas diría simplemente que ... del palco a fumar un ciga... y al cabo, él no había asesi... Kruger. El pasillo se hallaba de... comenzaba a felicitarse de su ... cuando de una oficina sur... de Tom Mulrooney, el jefe ... ves de la ciudad. Lucky pre... de largo, con un saludo, pero ... empeñó en estrechar su mano y ... palabras.

CAPITULO IX

... Lucky!, ¿otra vez por aquí? Me ... ¿Cómo le fué en Caliente? ... costumbre. Me sacaron hasta ...

..., eso sí que no lo creo. ¿Y ... la película?

... tratando de olvidarla.

... estaba usted en el palco con miss ...

... amiga suya?

...nte, es mi amiga. ¿Por qué ...nta, Mulrooney?

... nada de particular. Estaba ... no era usted la persona que ... con miss Luneska hace un ...

... era yo. Salimos a tomar un ... fresco.

...dad, si se lo pregunto es por... saber si ha visto alguna per... en los pasillos.

... son las personas sospechosas, ...

... que estoy bromeando, míster ... El hecho es que Kaufmann ... avisarme que alguien ha entra... oficina forzando la ventana.

... algo?

... precisamente, lo gracioso. No ... nada, y sin embargo hay mar... barreta de profesional. ¡Bah! seguramente alguna pareja que deseaba descansar un momento. No le doy mucha importancia a esas cosas.

Cavanaugh se apartó para seguir su camino. No le agradaba mucho la idea de estar conversando con un detective, mientras cerca de ellos yacía el cuerpo de un hombre asesinado.

—¿Vuelve para el palco de miss Luneska?

—Sí, creo que sí.

—Entonces haga el favor de devolverle este pañuelo. Lo hallé en la oficina de Kaufmann. Tiene un perfume muy atrayente, y creo que ésas son las iniciales de ella.

—Gracias, Mulrooney — dijo el jugador sin cambiar de expresión.

—Sólo hay una cosa que no me agrada, y es esa barreta de profesional. Si llego a saber algo más se lo diré, mister Cavanaugh.

—Cuento con ello — respondió éste, mientras se alejaba.

Mulrooney se quedó contemplándolo.

Mucha gente va y viene en un teatro durante la función, y tanto el detective como el jugador habían sido observados mientras conversaban. Tres hombres vestidos de ujieres salieron de una oficina próxima con sendos paquetes, y, después de echar una mirada a los dos hombres, se alejaron apresuradamente por el pasillo. Mulrooney se hallaba muy satisfecho esa noche y no prestó mucha atención a los tres hombres que salían de una oficina en la que no tenían habitualmente nada que hacer los ordenanzas. Ni la me-

Método infalible



—¿Que no puede encontrar a su esposa, señor? Este..., yo le aconsejaría que se pusiera a conversar con una vendedora bonita...

nor sospecha tenía de que una caja fuerte había sido forzada y un hombre asesinado casi bajo sus propias narices.

Cavanaugh pensó, sin embargo, que tan pronto como se descubrieran uno y otro, el detective lo recordaría a él rondando por la escena de los sucesos, y también lo asociaría con aquella ventana forzada. El hecho era inevitable, y si deseaba explicar satisfactoriamente los hechos tendría que descubrir las relaciones de Leni y Kruger, y quizá todo su pasado.

En el mismo instante en que Cavanaugh se asomaba a la entrada del palco, Leni volvió el rostro y le sonrió, aunque aparentando no conocerlo. Lucky ardía en deseos de comunicarle la noticia. Unos minutos más y ella dejaría el teatro en compañía de Gates. Volvió sobre sus pasos y buscó al ujier que le consiguiera una ubicación en él.

—¿Cree que podría hacerme otro favor esta noche? — le dijo.

El muchacho asintió, y entonces Cavanaugh le deslizó en la mano un billete de banco, le dijo unas palabras al oído e inmediatamente volvió al palco y ocupó su lugar con perfecta indiferencia.

Un par de minutos después, el muchacho se hacía presente en el palco y hablaba al oído de Douglas Gates.

—Lo llaman por teléfono, señor. Larga distancia — le dijo.

No bien Gates abandonó el palco, la voz suave de Lucky llegó hasta Leni.

—Su problema está resuelto — le dijo —. Kruger ha sido muerto por unos ladrones hace un instante.

—¡Muerto! — murmuró ella, volviéndose con el asombro pintado en sus facciones.

—Sí, todo ha concluído y usted no tiene por qué preocuparse más.

—¡Pero eso es terrible!

—Estoy pensando si no tendría algún papel comprometedor en sus bolsillos, pero en todo caso ya trataremos de hacerlo desaparecer. No hable a nadie de Kruger. Déjeme dirigir este asunto a mi manera.

—Está bien — murmuró ella quedamente.

—¡Magnífico!... Solamente un detalle me tiene intranquilo. He visto al policía Mulrooney, y éste ha encontrado su pañuelo en la oficina de Kaufmann. Probablemente se olvidará de ese detalle con la excitación del crimen, pero si le hace alguna pregunta es mejor decir la verdad, excepto que forzamos la ventana. Diremos que ya estaba abierta.

—Mr. Gates volverá en seguida — dijo ella mirando hacia la entrada del palco.

—En eso estaba pensando, precisamente. Esta noche yo la acompañaré a su casa. Tenemos que librarnos de Mr. Gates.

—¿Pero cómo?

—Esta noche es necesario olvidar las formalidades. Mr. Gates ha ido a hablar por teléfono y si nos damos prisa podremos salir antes de que él vuelva.

Ella no contestó, pero se levantó apresuradamente, y dando la espalda a la pantalla comenzó a caminar hacia la salida. Unos pocos pasos los llevaron hasta la puerta exterior. Slug no estaba ya de guardia, pero en cambio hallaron a Mulrooney ocupando su puesto. Cavanaugh tuvo un segundo de vacilación, pero se contuvo en seguida. Con la mejor de sus sonrisas saludó al detective.

—¡Hola!, Mulrooney, voy a acompañar a miss Luneska a su casa. Se halla un tanto fatigada. Miss Luneska, éste es míster Mulrooney, el jefe de detectives.

—Creo que se equivoca usted, Cavanaugh — dijo éste —; lo lamento, pero no podrá acompañar a miss Luneska hasta que ambos hayan contestado algunas preguntas. Hemos encontrado un hombre muerto y una caja fuerte violada, y es necesario saber qué andaban haciendo ustedes en el lugar del crimen.

CAPITULO X

Las palabras de Mulrooney penetraron en Leni como un puñal. El detective sospechaba y se hallaba sobre la buena pista. Solamente el contacto firme de la mano de Cavanaugh pudo lograr que se mantuviera tranquila.

—Esto es ridículo, Mulrooney — dijo Lucky —; pero si insiste, miss Luneska y yo estamos prontos a contestar sus preguntas.

—Bien, vayamos al piso de arriba y hablaremos — respondió el detective brevemente.

Lo siguieron hasta el pasillo que daba a las habitaciones del crimen, sin pronunciar palabra. Cuando el jugador vió que Mulrooney se dirigía al cuarto donde yacía Kruger, se volvió hacia Leni.

—Le va a hacer ver el cuerpo de Kruger — le dijo —; por favor, manténgase tranquila y déjeme hablar a mí.

—Me mantendré firme — respondió ella con desesperada resolución.

Mulrooney llegó a una puerta, la abrió y esperó que ambos entraran. En el cuarto, ahora brillantemente iluminado, cinco o seis hombres se afanaban yendo de un lado para otro y examinando la caja fuerte violada. Hablaban de impresiones digitales y esperaban la llegada de un experto. En el aire había un fuerte olor a nitroglicerina.

Nadie parecía prestar la meno[r]
al cuerpo de Karl Kruger, que
la misma posición que cuand[o]
muerto. En sus ojos, vueltos ha[cia]
había una enorme expresión de
—Quiero que ambos miren a
bre y me digan si lo han visto
dijo Mulrooney, dirigiéndose a
Cavanaugh se inclinó sobre el
lo miró un instante con perfecta
de curiosidad y se irguió luego.
—Jamás he visto a este hom[bre]
con absoluta sinceridad.
—No lo conozco — expresó a s[u]
apretando los labios al mirar
grentada figura.
Los ojos escrutadores de Mulro[oney]
de uno a otro, pero no pudo
la menor huella de que mentía[n]
—No había nada en sus rop[as]
mitiera identificarlo, pero pron[to]
taremos sus impresiones digita[les]
agriamente —. Vengan conmig[o]
habitación.
Los guió hacia el cuarto con[tiguo]
rró la puerta tras ellos.
—Siéntense a gusto y pónga[nse]
— dijo el detective amistosa[mente]
ahora, Cavanaugh, desearía qu[e]
exactamente lo que vieron y o[]
do usted y miss Luneska deja[ron]
casi a la misma hora en que
ese pobre diablo.
Cavanaugh no se dejaba eng[añar]
cho menos por el aspecto b[onachón]
sonrisa franca del detective.
veces había tenido cuestiones
cía, y no era un novicio.
—Dígame a su manera tod[o]
— insistió el policía, tratand[o]
jarlo a una confidencia.
—Creo que será lo mejor —
el jugador con fingida indifer[encia]
Luneska se sentía un tanto s[]
ambiente interior, y salimos
poco de aire fresco. Después p[]
estaríamos mejor en la azote[a]
mamos al balcón. La ventana
de Mr. Kaufmann estaba abi[erta]
ces entramos allí a descans[ar]
diez o quince minutos, fum[ando]
cigarrillos y luego retornam[os]
—¿Es verdad lo que dice
miss Luneska? — preguntó
volviéndose hacia ella.
—Sí, todo ha sucedido co[mo]
—Quiero que me conteste
ta, Cavanaugh — prosiguió
¿ha visto usted antes ese re[]
—Es la primera vez que l[o]
pondió éste con perfecta ca[lma]
—¿No vieron entrar o sal[ir]
cinas a alguien mientras se
el pasillo?
—Ni un alma.
—Bueno; parece que ning[uno]
tiene nada que ver en el a[sunto]
casualidad que sucediera e[n]
en que ambos estaban fu[era]
Ahora veremos qué nos di[cen]
siones digitales del muerto.
En ese momento la mú[sica]
questa llegó hasta ellos. La
terminado y una multitud
regocijada salía del teatro
a sus hogares o a los centro[s]
sin sombras de tragedia e[n]
—¿Cuándo conoció usted
ka? — preguntó el detectiv[e]

...esta misma noche.

...por lo que veo, un pequeño ro... Pero mientras tanto, se esta... un crimen.

... — respondió cortésmente Cava... no perdía de vista al detective ...ebro trabajaba febrilmente pa... cualquier trampa en las pre... éste le hacía como al azar.

CAPITULO XI

...qué me están mintiendo ustedes ... — dijo repentinamente el policía —. ... que me crean tan tonto... Antes ... ustedes, Mr. Kaufmann me ...ado que ese hombre trató de ... usted, miss Luneska, a la en... ...tro, y que usted lo contuvo. ¿Por qué no me dicen la ver... ...es cierto que salieron del palco ...arse aquí con él? ¿Cómo me ... con una historia como ésa, Ca... Creí que era usted un muchacho ...

... no contestó. Sentía la ver... ...verse vencido. ¡Cómo pudo ha... la escena de la calle con ... la intervención de Kaufmann!

...usted a ese hombre? — pregun... ...tive.

... no lo maté.

...puede ser que no, y sin embar... ...muy bien que un jurado lo ... Tiene diez probabilidades con... ...salir absuelto.

Cavanaugh comprendió que su ... desesperada. Sabía que el ... la verdad. En cambio, Leni ..., casi tan seguramente como ...

...que pueden hacer ustedes ...e la verdad. Se evitarían ...tiempos.

... me creería si le contara la ... — dijo Cavanaugh.

... que sí, y puede ser que no. ...jugador, ¿no es así? Pues bien, ... se arriesga?... O quizá miss ... decirme la verdad...

... de acuerdo con lo que diga Mr. ... — respondió ésta después de ...tante y mirar a Lucky.

...tedes haciéndome perder el ... comprenden que así no van a ...? No voy a pasarme toda la ...doles preguntas. Vamos a ver, ... ¿mató o no mató usted a este ...

...habló con él esta noche. — ...spondió el jugador después de ... segundo.

... ¿y qué sabe usted de la caja de ...

... palabra.

... Cavanaugh, no vuelva a men... ...vez. Hace tanto tiempo que es... que sé perfectamente cuando ...ice la verdad, o miente. Usted ...dor y tiene muchos conocidos ... ley. Está bien que procurara ... pero esta vez se trata de un ... y usted está complicado en él. ... que comprenda que puede ir a ... silla eléctrica.

... una palabra más hasta que no ... mi abogado — respondió éste. ...ca usted, Cavanaugh. Usted habla como si yo fuera su enemigo, y no lo soy. Estoy tratando simplemente de ahorrarle molestias. Si quisiera podría enviarlo a la cárcel ahora mismo, y eso es lo que deseo evitar.

—Mr. Mulrooney tiene razón — dijo entonces Leni —, y yo me siento muy cansada. Es mejor acabar de una vez, Lucky.

Por segunda vez aquella noche, Leni Luneska contó la historia de su vida, mientras el detective la escuchaba impasible. No dijo una sola palabra cuando ella terminó de hablar. Todo estaba claro ahora para él. Se volvió hacia Cavanaugh y le dijo:

—¿Cómo se llama el hombre que le facilitó la barreta?

—No recuerdo; conozco a muchos de ellos sin poder decir cómo se llaman — respondió éste, que no deseaba delatar a Slug.

—¿Lo reconocería si lo viera?

—Creo que sí, aunque no puedo asegurarlo.

El policía se levantó, fué hacia una ventana y allí se quedó mirando las calles brillantemente iluminadas de la ciudad.

—Escuche, Mulrooney; si podemos arreglar esto entre nosotros... — comenzó a decir Cavanaugh.

Pero el detective no lo dejó terminar. Volvióse vivamente hacia el jugador y le dijo:

—No siga, Cavanaugh. Sé muy bien lo que usted me va a decir. Usted y miss Luneska tienen dinero de sobra y pretenden sobornarme. Pero yo soy el último hombre a quien ustedes deberían hablar

de tal cosa. Créanme que lo siento, después de lo que me acaba de contar miss Luneska, pero debo cumplir con mi deber. No hay otra alternativa.

—¿Qué es lo que se propone usted hacer? — exclamó el detective, viendo que Cavanaugh se acercaba a un teléfono y descolgaba el auricular.

—Llamar al mejor abogado de la ciudad — respondió éste.

—No haga tal cosa, Cavanaugh. Vea, usted no está arrestado todavía y quizá podamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué me propone?

Mulrooney sacó un cigarrillo y lo encendió parsimoniosamente antes de contestar.

—Creo todo lo que me dijo miss Luneska, pero no estoy muy seguro de que usted me haya dicho la verdad. Tampoco aseguraría que no fué usted el que cometió el asesinato, ni mucho menos me asombraría el saber que está complicado con los que robaron la caja fuerte. Un tipo como usted es capaz de cualquier cosa; pero le voy a hacer una proposición: le doy cuatro días para que encuentre al hombre que voló la caja de hierro y mató a Kruger. No me importa cómo lo consiga, pero si no, ya sabe lo que le espera.

—Yo no soy policía. ¿Cómo espera que consiga lo que toda la policía de Los Angeles es incapaz de hacer? — respondió Cavanaugh.

—Eso no me interesa; usted tiene más relaciones y conocimientos en los bajos fondos que los que todo el departamento de policía podrá jamás tener. Allá usted, pero recuerde que si los arresto, el mundo entero sabrá la historia de Leni Luneska.

—Está bien, acepto; pero recuerde que si trata de jugarle una mala pasada a miss Luneska, usted no vivirá para verlo.

—Miss Luneska, ¿quiere llevarse a este mozo? — dijo el detective —, se está poniendo insoportable.

Un momento después Cavanaug y Leni salían a las desiertas calles de Hollywood. Llamaron a un solitario taxi que pasaba en ese momento, y Leni le dió una dirección en Beverly Hills.

CAPITULO XII

Siento no haberte conocido antes, querido; antes que a ningún otro hombre.

—¿Y por qué lo sientes? El pasado está muerto para nosotros. Tienes que olvidarte de todo lo que ha ocurrido esta noche y antes de esta noche.

—Cuéntame algo de tu vida, Lucky. Sé tan poco de ti...

—He rodado por aquí y por allá — dijo él, pensativo —. Si le hubiera hecho caso a mi padre, hoy sería abogado. Pero nunca me gustaron las leyes. El era juez y murió cuando yo tenía dieciocho años. Ahora tengo veintiocho. Hace ya tiempo de aquello. Creo que nunca he ganado un dólar honestamente...

Tuve caballos de carrera, y siempre fuí jugador. Una vez llegué a ganarles cien mil dólares a unos millonarios en Nueva York.

—Eres lo que se dice un mal hombre — dijo ella sonriendo.

El taxi se detuvo frente a los jardines de una suntuosa residencia. Lucky bajó primero y ayudó después a Leni. El conductor se tocó la gorra.

—¿Debo esperar, señor? — preguntó.

—Págale, y deja que se vaya — le dijo Leni por lo bajo, antes de que él pudiera decir una palabra.

Caminaron juntos hasta la entrada de la casa. Leni se detuvo de repente.

—¿Qué ocurre?

—Creo que hay alguien entre esos arbustos, a la derecha, — dijo ella —. No estoy segura, pero me parece haber visto que una persona se movía por allí. Quizá sean mis nervios.

—Iré a ver — dijo él, y se dirigió resueltamente hacia el lugar.

La casa estaba rodeada por una espesa mata de ligustros, y Lucky creyó ver una sombra deslizarse entre ellos.

—¿Quién anda allí? — preguntó.

—Soy yo, Lucky — respondió una voz extrañamente familiar.

—¿Quién es usted?

—Soy Slug.

Era Slug, en efecto, que se había despojado de sus ropas de ujier y vestía ahora un ajustado traje negro y un chambergo echado sobre los ojos.

—Necesito hablarle, míster Cavanaugh; es importante. Fuí hasta su departamento, pero como no lo encontré me vine hasta aquí a esperarlo.

—¿Quién está contigo?

—Nadie, he venido solo. Deje a la muchacha adentro y luego vuelva.

—Espérame aquí. Retorno en seguida.

Cavanaugh volvió hacia donde se hallaba Leni, esperando junto a la puerta ya abierta.

—¿Quién es? — cuchicheó ella.

—Es alguien que quiere hacerme un favor. Espérame adentro; es cuestión de unos minutos.

—Ten cuidado — dijo ella, mientras entraba en la casa —, puede ser una trampa.

—No temas, todo irá bien. No hay nada que temer.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Cavanaugh volvió sobre sus pasos.

—Bueno, ¿qué es lo que deseas? — dijo cuando estuvo cerca de Slug.

—Muchas cosas. ¿Conoce a *los muchachos* que trabajaron conmigo esta noche?

—No los he visto.

—Será así; pero ellos lo han visto a usted y lo conocen. Son de Pittsburgh. Cuando salieron de la oficina lo vieron conversando con Mulrooney, y creen que los ha delatado.

—Ya sabes que yo no hago esas cosas.

—Efectivamente; pero usted conoce al compañero a quien le entregó la barreta.

—No, no lo conozco, pero me di cuenta que trabajaba contigo.

—No me gusta haber trabajado con ellos. Ya repartimos el dinero, pero los tres están atemorizados. No debieron matar al pájaro aquel. Los que andan tan ligeros con el gatillo siempre son unos cobardes.

—Bueno, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Créame que lo siento, Lucky. Yo traté de decirles que usted no lo haría, pero no me hicieron caso. Saben que es el único testigo en contra de ellos, y andan buscándolo para darle el pasaporte.

—Gracias, Slug — dijo Lucky brevemente.

No era la primera vez que la muerte lo rondaba, y la noticia no causó la menor sensación en él.

—¿Saben dónde vivo? — agregó de una pausa.

—Creo que no, pero tardarán en averiguarlo. Estaban telefo todos los hoteles cuando yo me

—Te agradezco el dato, Slug. gún día pueda hacer lo mismo po

—No quería que lo sorprendi prevenido. Ahora ya estoy tra debo irme. Hasta la vista.

Cumplida su misión, Slug tiempo en despedidas a las que acostumbrado, y pronto desapare sombra de la noche, deslizándose de felino en sus pasos.

Cuando se perdió de vista, se encaminó hacia la casa. Las piso bajo estaban apagadas y rior reinaba apenas una tenue Entró y se quedó un moment para acostumbrarse a la oscurid ra podido encender las luces tirar el brazo, pero no quiso. cigarrillo y se detuvo un instant un paso y tropezó en una silla. prisa esa noche, la noche más naria en su vida. Se sentó y de fortablemente. De golpe, un te menzó a sonar su campanilla co cia. Esperó un instante, y como diera al llamado, se levantó y tientas el aparato. No pensaba Leni, sino simplemente contesta se tratara de un criado. Leva ricular y lo aplicó a su oído,

—¡Hola!

CAPITULO XIII

Hubo un prolongado silencio, cual le pareció como si el te viera vida. Después, una voz familiar llegó hasta él.

—Hola, Lucky; me imaginé q ahí.

Su primer impulso fué colgar lar. Pero conocía demasiado rácter de Annette. Seguiría llamando toda la noche, o peor ría un taxi y se llegaría hasta nette, salvaje, imperiosa, latina.

—¿Qué es lo que deseas? — agriamente, aunque bajando la que no lo oyeran desde arriba.

—¡Tú no me harás eso a mí, vi en el palco con ella y sospe tarías en su casa. ¿Por qué no cuando volviste de Caliente?

Recostada lánguidamente en vestida con un pijama de seda el teléfono y se levantó perezo ra ir a atender a quien llamaba a la escalera escuchó la voz que ky. No le llamó la atención que hablando por teléfono, pero pe guramente se trataba de algo con ella. Bajó las escaleras d aproximó. Lucky parecía esc guien que hablaba largament dijo con voz breve:

—Está bien. Hasta mañana,

Iba ya a salir a su encuentro las luces de la habitación, cu bló nuevamente, y las palabr nunció la dejaron inmóvil.

—Pero, Annette, ahora no Quédate tranquila y vete a l

argumentando contigo toda

el cuarto se encendieron y vuelta con la sorpresa pintada en el rostro, se encontró frente a Leni Luneska.

un momento — dijo por el au-

necesita hacer esperar a esa solamente darle un poco suficiente electricidad en esta

tonta!

Yo me voy arriba.

noches! — dijo Lucky por el dejar de mirar a Leni. lentamente se le aproximó y los hombros.

! — exclamó ella.

Leni; si hay algo que detes- mujeres celosas. Acabo de col- ocular a una de ellas. Una mu- que me vió contigo esta no- llamó aquí. Siento haberte dis-

hacer el favor de dejarme? con lágrimas en los ojos.

de eso — respondió él; con una las luces y luego, como si ella más que un niño, la tomó en sus se dirigió escaleras arriba —. tu dormitorio? — preguntó, arriba.

de seda del pijama se deslizó hombro dejando al descubierto un torneado brazo, cuando ella su pequeña mano. Un instante Cavanaugh la depositó en su le- al lado y le tomó la mano.

chiquilla! — murmuró.

levantó, sacó un cigarrillo y se mientras paseaba por la ha-

que sepas que eres la única le voy a pedir que se case dijo después de un instante. respuesta. Fué hacia la cama Leni, abatida por las emocio- la noche, se había quedado dormida. Sonrió apenas, ternura. Depositó un suave beso y luego de arroparla, fué ventana y corrió los cortinados luz del día no turbara su

después escaleras abajo, to- y salió a la calle. El aire madrugada refrescó su rostro ideas. Tenía un compromiso un serio compromiso, y momento no tenía la menor idea solucionarlo. Se le ocurrió dormir unas horas para bien dispuesto y con la men-

disparara aquel tiro que die- a Karl Kruger, una enorme sed atormentaba a Steve Poletz- imposible dormir; no sentía la siempre era así cuando estaba en

de la última dosis de dro- hacía ya veinticuatro ho- estado como flotando en el aire, sensación de inconmensurable que hacía vibrar sus nervios co- conductores de flúido eléc-

Tenía una gran opinión de sí mismo. Nadie como él poseía un cerebro ágil y despierto para salir de las situaciones difíciles. Sus ojos no eran más que dos puntos de brillo anormal en el centro de su pálido rostro.

En ese momento, Cavanaugh descendía de un taxi frente al edificio en que habitaba. Poletzki se hallaba en el cuarto piso de otro edificio contiguo y similar al primero, y separado de éste apenas por un estrecho callejón, una especie de pasillo entre ambos. Se hallaba oculto entre la pared de ladrillos y la escalera de escape, completamente en la sombra.

Desde su escondite, Poletzki podía ver parte del departamento de Cavanaugh, alcanzando a distinguir también una puerta que daba a un pasillo del interior del edificio. Hacía una hora que esperaba en su observatorio. Entonces, como siempre que se hallaba nervioso, las palmas de sus manos transpiraban copiosamente, y él las secaba pasándolas por las mangas del saco. No había tenido ninguna dificultad en averiguar la dirección de Cavanaugh y conseguir después ese escondite. En otra ocasión hubiera esperado a Cavanaugh a la entrada de su departamento y lo hubiera matado sin contemplaciones, pero ahora la policía andaba tras él y no le convenía arriesgarse. Aquella escalera de escape iba a servir a las mil maravillas para sus propósitos. Podía esperar tranquilamente la ocasión más favorable y eliminar a su víctima a través de la ventana. Sonreía ya satisfecho al pensar que su treta iba a desorientar a la policía y que podría escapar sin ser visto. Quizá otros hubieran podido operar de distinta manera, pero él, Poletzki, siempre trabajaba según sus propios métodos, el mejor de los métodos.

Se sentía asombrosamente tranquilo y dispuesto para el trabajo, aunque sus manos temblaban de continuo. Eso no era más que una costumbre. Introdujo la mano derecha en el bolsillo interior de su saco y palpó la pistola automática, la misma con la cual había dado muerte a Kruger. El trabajo que iba a realizar le daba una agradable sensación de hilaridad y superioridad sobre todos los demás *muchachos*.

CAPITULO XIV

Reclinado en su escritorio, el sereno dormía tranquilamente cuando Cavanaugh entró.

El ascensor lo llevó hasta el cuarto piso del edificio, y al salir caminó lentamente por el largo pasillo. Se sentía cansado y somnoliento. Siempre le resultaba agradable llegar a su departamento a la madrugada. Su criado filipino le preparaba el baño, extendía su pijama sobre el lecho y ordenaba el traje y las ropas que se quitaba. Luego, después del baño, encendía un cigarrillo y leía la correspondencia, y sólo entonces despedía al muchacho y se arropaba con fruición en las frescas sábanas. Era un modo de vivir que le agradaba, y que él podía seguir, porque estaba libre de preocupaciones y de compromisos.

Al llegar a la puerta de su departamento, Cavanaugh sacó un llavero del bolsillo y, eligiendo la llave correspondiente, la introdujo en la cerradura. Era costumbre del criado acudir para recoger su abrigo y su sombrero, pero esa vez el muchacho no estaba allí. Sin dar mayor importancia al hecho, arrojó negligentemente ambas prendas en una silla, pensando que el criado se habría dormido, y que aparecería de un momento a otro, sonriendo y pidiendo disculpas.

De repente, Cavanaugh se detuvo. Acababa de percibir un sutil perfume de mujer, inconfundible para él. Su rostro se tornó sombrío, mientras se dirigía directamente hacia su dormitorio.

Una mujer levantóse en ese instante de un sillón de cuero donde había estado reclinada.

—Supuse que habrías de venir tarde o temprano — dijo con una sonrisa amenazadora.

—¿Cómo has podido entrar aquí?

—¡Oh!, muy sencillo; le dije a tu criado que me esperabas y que podía retirarse hasta mañana.

—¿Qué es lo que deseas?

—Bien sabes lo que quiero. No voy a permitir que me abandones por esa actriz...

—No seas tonta, Annette; dentro de un par de días te habrás olvidado de mí. Lo siento, pero esta vez no puede ser.

Continuaron discutiendo durante largo rato. Ella, alzando la voz; él, tratando de calmarla.

Poletzki se movía en su escondite tratando de hallar una buena posición para disparar sobre Cavanaugh, pero siempre la mujer se interponía entre su pistola y su víctima. Sin embargo, no tenía apuro; sentía el regocijo del cazador que acecha la pieza y espera que ésta se ponga a tiro. Sabía bien cómo disparar un arma y estaba seguro de no errar. La pistola automática se movía constantemente de un lado a otro en su húmeda mano, siguiendo los pasos de Cavanaugh. A veces la pareja se acercaba a la ventana y podía escuchar sus voces; otras, se ocultaba a su vista. Al cabo de un cuarto de hora, Poletzki comenzó a impacientarse.

De súbito, el hombre detuvo su brazo

Culpas ajenas



—¡Oh!... ¡Cuánto lo siento! Creí que era mi esposo el que llegaba.

y aguzó la puntería. El momento decisivo había llegado. La mujer rodeaba con sus brazos el cuello del jugador y éste se hallaba de espaldas a la ventana. Lentamente comenzó a apretar el gatillo. Cavanaugh estaba perdido. Pero en el mismo instante que Poletzki presionaba a fondo su índice, la mujer hizo un brusco movimiento para evitar que Lucky la rechazara, y se colocó en la trayectoria del arma. Poletzki se dió cuenta de lo que iba a suceder, pero no pudo evitarlo. Salió el tiro con un fuerte estampido, y la mujer se deslizó al suelo en los brazos de Cavanaugh. Este, al principio, no comprendió lo que ocurría, pero una ráfaga de aire con olor a pólvora que entró por la ventana lo llamó a la realidad. Los vecinos se asomaban ya, atraídos por el ruido del disparo.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó uno de ellos.

—Alguien disparó un tiro bajo mi ventana — dijo otro.

—¡Hay que llamar a la policía! — exclamó un tercero.

Cavanaugh cerró la ventana y corrió las cortinas. Tenía que pensar algo y rápido. Alguien había disparado un tiro a través de su ventana y matado a Annette. No tenía la menor idea de quién pudiera ser. Todo había sucedido tan rápidamente que le parecía una cosa irreal, pero comenzó a darse cuenta en forma subconsciente de que ése era un asunto en que debería intervenir la policía.

—Me arrestarán — dijo en voz alta —. No podré explicar cómo sucedió.

"¡Mulrooney! — pensó —. Eso es; él era su salvación. El comprendería."

Fué hasta la habitación contigua y tomó el auricular del teléfono.

—Comuníqueme con la policía — dijo al operador de la central telefónica del edificio.

—¿Qué sucede, Mr. Cavanaugh? — le preguntaron —, ¿algún contratiempo?

—Vamos, no pierda tiempo. Déme con la policía, rápido — respondió él, impaciente.

Transcurrió un largo rato antes de que Mulrooney acudiera al aparato. Seguramente a esas horas estaba todavía en la cama.

—Escuche, Mulrooney; habla Cavanaugh. Una mujer ha sido asesinada en mi habitación hace unos minutos. Si se da prisa en venir llegará antes que ningún otro policía.

El detective no perdió tiempo en hacer más preguntas, cuando supo la dirección del jugador. Se vistió a toda prisa y salió rápidamente.

Cavanaugh se sentó en una silla tratando de hilvanar sus pensamientos. Estaba fuera de su alcance por el momento la forma en que había sido asesinada Annette. No comprendía ni el porqué ni el cómo.

Parecía ser el fin de su buena suerte. Jamás podría salir de ese atolladero. Nadie creería que Annette se había suicidado. Se levantó y fué hasta el otro cuarto, donde comenzó a buscar el revólver. Pero no pudo hallarlo. El teléfono comenzó a sonar. Era el administrador de la casa.

—Me acaba de comunicar el telefonista que ha llamado usted a la policía, Mr. Cavanaugh — dijo —, y que hablaba usted de un asesinato.

—No; está equivocado — respondió éste, y cortó la comunicación.

CAPITULO XV

Muy despaciosamente, Leni abrió los ojos y se desperezó. Había dormido casi hasta mediodía, y sentía la deliciosa sensación de tener el cuerpo descansado y la mente despejada.

La puerta se abrió, y su mucama Celeste apareció llevando una bandeja con café y peras heladas.

—Es hora de que la señora se levante — dijo —; es casi mediodía y hay una gran cantidad de cartas y telegramas que contestar.

Leni sonrió, satisfecha. Eran los primeros frutos de su triunfo. Desde ahora en adelante viviría como una reina. Era joven y hermosa; era rica y amada.

—Llévese esos telegramas, Celeste. No me interesan — dijo.

—¡Pero, señora!...

—Haga lo que le digo, Celeste, y si alguien llama por teléfono, no estoy para nadie, excepto para míster Cavanaugh.

—La han estado llamando varias veces desde el estudio, señora.

—Está bien —; puede retirarse, Celeste.

—¿Le traeré los diarios a la señora? — preguntó ésta.

—Sí, quiero ver lo que dicen del estreno.

La mucama le alcanzó el "Examiner", aun doblado, con una muda interrogación en sus ojos negros. Nunca había comprendido a su ama, y que tomara el triunfo con tanta calma le parecía algo incomprensible.

Leni Luneska bebió su café a pequeños sorbos, con deleite. La aromática bebida le daba una sensación de bienestar y libertad como nunca había sentido. Dejó después el pocillo sobre la mesa de noche, y en el mismo instante Celeste apareció nuevamente en la habitación, con el rostro excitado.

—¡Señora, han venido — exclamó — el "manager" del estudio y su director Herman Gerstenfield!

—Diles que bajaré en seguida — dijo Leni, comenzando a deslizarse de

—¡Buenos días, señores, saludó abajo.

—Buenos días — contestó W "manager".

Gerstenfield sólo hizo un ade la cabeza.

—¿Supongo que se quedarán a conmigo, verdad?

—Ya hemos almorzado, gracia pondió el director —, y ahora, si hablemos de negocios. Tengo un muy conveniente para usted y h nido para que lo firme.

—Lo siento, pero yo he term las películas.

—¿Cómo?... Vamos, miss Lu ted sabe bien que los estudios siempre generosos con usted. No apelar a tales medios. Su rem será espléndida.

—Estoy hablando en serio, se deseo trabajar más en el cinem

—Pero usted no sabe lo que Luneska. Desprecia una fortuna.

—Quizá, pero han de saber u estoy enamorada.

—¿Quién es él?

—Su nombre es Lucky Cava

—¡Lucky Cavanaugh!

Por un segundo, los rostros d ger" y el director expresaron la funda estupefacción. Después, e extrajo del bolsillo de su sob diario arrugado que había estad momentos antes. Lo desplegó en ra página y se lo tendió a la est lo tomó maquinalmente.

LUCKY CAVANAUGH ACUSADO DE

Las letras del enorme título ba toda la página bailaron ant Ni un sonido brotó de su garga instante. Su vista recorría febr subtítulos, para tratar de comp

—Lo siento — comenzó a gate —; según parece, Cavanau con su amante en su departam go la mató de un balazo. De to han hallado el cadáver en su nes, y él está preso. Es una su trate de otra mujer, aunque n vamos a hacer para mantener todo este escándalo.

Leni no sentía nada, no oía nube negra pasó por sus ojos, corrió para sostenerla en sus br do ella volvió en sí, el "manage un pañuelo húmedo por las sie tó en el sofá y pasóse una rostro.

—Tengo que ver a Lucky lo ble — dijo —, ¿quiere acompa la cárcel, Ned?

Wingate miró a su superior un movimiento negativo con la

—No podemos permitir qu mezcle en ese escándalo, m — dijo con fría cortesía.

—¡Oh!, no se preocupen po se arreglará, sin duda.

—Dadas las circunstancias, veniente ofrecer este contrat neska sin consultar a la dire compañía — dijo Gerstenfiel

—Me da lo mismo. Ya he te el cinematógrafo.

En el mismo momento en visitantes trasponían la pue tomó ella el diario y, tratand

...do lo referente al arresto de ... pesar de estar complicada una ... mujer que había sido asesina... no sentía celos. Le parecía impo... Lucky fuera culpable de ese

...ente se dirigió a la habitación ... marcó un número en el telé... el número del departamento de

...hablar con el detective Mulroo... a quien atendió su llamado. ...y se halla ausente. ¿Quién

...r, Leni colgó el receptor. Le ... que un timbre sonaba con per... Fué hasta la puerta de calle. Con ... en una mano y enjugándose ... un gran pañuelo, el detective ... miraba sonriente.

...itó a entrar, y por un instan... debía estrechar su mano con ... mano de Leni, extendida y ... el amistoso saludo.

...edido algo nuevo? — preguntó ... antes dígame si se presenta ... o como enemigo. ¿Qué ha ... decirme?

...ficado de todo esto es que su ...augh está metido en un serio ... ser un hombre inocente, y ... hace se vuelve contra usted, ... o de otra. ¿Me permite que ... preguntas?

...é ha encarcelado a Lucky? ... ella con energía.

... un hombre está complicado en ... uno después de otro, es ... se lo encarcele. Primero ese ... Anette Santos. ... creerá que él ha matado a

... no.

... mujer? ¿Cree usted que él es ...eter tal tontería?

... muy seguro... Pero escuche; ... aquí a hacer preguntas, no a ... ¿Qué sabe usted de Annette

...más en mi vida la he visto.

... hablar de ella, tampoco?

... oído hablar de ella.

...

... de desconfianza brilló en los ... Deseaba, desde luego, ayu... pero siempre que ello no ... contra de Lucky. Todavía no ... descubrir si Mulrooney era ... tantos policías estúpidos y ho... enemigo alerta y sutil, con un ... piedra para todo lo demás ... su deber.

... representante de la ley a quien ...? — preguntó, con un leve ... de cejas.

...tando de llevar las cosas de ... más simple, miss Luneska. Us... por qué contestarme ahora y ..., si no lo desea, pero por mi ... conducirla al departamento ... obligarla a contestar. Cava... ha dicho lo suficiente como ... pueda proceder contra usted. ... con el cuento de que estuvo ... las dos de la mañana. Que ... llamó por el teléfono mien... aquí, y que cuando regresó a ...partamento ella lo estaba es... Nadie sabe quién la mató; su historia de una mujer celosa es tan buena como cualquier otra. ¿Pero quién puede ser esa mujer celosa? Yo podría decir que es usted.

—¿Por qué habría usted de pensar una cosa tan ridícula? Usted siempre sospecha de las personas inocentes.

—Quizá pueda decirme qué es lo que debo hacer — respondió el detective con un aire que esta vez no engañó a la muchacha —. ¡Haría cualquier cosa que pareciera sensata!

Se levantó de su asiento, tomó un cigarro y después de despuntarlo lo llevó a la boca, lo encendió y comenzó a arrojar densas bocanadas de humo.

A pesar de que tenía el aire de ser un policía incompetente e irresoluto, era uno de los tres mejores detectives de Norte América.

—Si usted hiciera lo que voy a decirle, no se sentiría tan desorientado.

—Veamos.

—En primer lugar, debería usted poner en libertad a Lucky Cavanaugh, y decir a todo el mundo que es inocente.

—¿Y por qué?, si se puede saber.

—¿Por qué? Primero, porque es inocente, a pesar de todas esas evidencias que usted tiene. Su sentido común le dirá que él no es tan tonto como para matar a una mujer en su propio departamento. Usted ha hecho una tontería en encerrarlo y tiene que admitirlo así. Si lo deja en libertad, él hará lo imposible por hallar al hombre que asesinó a esa mujer. ¿No comprende usted que dos y dos son cuatro, y nada más?

—Ya hice la prueba cuando la muerte de Kruger, y vea lo que sucedió. Sé perfectamente que dos y dos son cuatro, como usted dice, y sé también que donde hay un asesinato siempre hay un motivo. Usted es el mejor motivo que he encontrado. Usted estaba celosa de esa mujer.

—¿Y por qué habría de estarlo? Lucky quería deshacerse de ella.

—¿Deshacerse de ella, eh? — dijo el detective, apuntándole con la diestra extendida.

—¡Oh!, pero no de esa manera... Es usted como esos detectives de las novelas policiales. ¿Nunca le ha preguntado nada a su señora acerca de la naturaleza humana?

—Muchas veces, pero eso nada tiene que hacer con ustedes, excepto que me han tenido tan atareado que apenas he podido verla desde ayer. En fin, de todas maneras voy a encerrar a Cavanaugh por largo tiempo.

—¡Usted no puede condenarlo!

—No voy a dejar en libertad a Cavanaugh porque no me ha dicho todo lo que sabe de esto, pero usted y yo podíamos ser amigos y trabajar juntos, en lugar de ser enemigos. Prefiero tenerla a usted por aliada a que trabaje conmigo toda la policía de Los Angeles. Dígame usted lo que piensa de todo esto, y si tiene alguna buena idea yo la pondré en práctica.

CAPITULO XVI

El corazón de Leni dió un vuelco. Hubo como una especie de liberación en ella. Se levantó y, llegándose hasta el detective, estampó un beso en su rostro. Mulrooney aspiró el penetrante perfume de la muchacha y la rechazó débilmente.

—¡Mi esposa! — exclamó.

—Olvídese de su esposa y de sus hijos, si los tiene, Mulrooney; ahora deseo hablar con Lucky.

—Está bien, pero tendrá que ser en mi presencia.

No era lo que Leni deseaba, pero de todos modos ya era algo. Todo su pesimismo y desconfianza había desaparecido como por obra de encantamiento.

—Perfectamente, Mulrooney; consiento en que esté usted delante, con tal de poder habler con Lucky; pero, si es posible, sería conveniente que lo trajera usted aquí.

—¿Y por qué aquí? Podemos conversar en una oficina privada, en el departamento de policía.

—Vamos, Mulrooney, ¿tiene usted miedo de que le eche un soporífero en el té?

—Bien; lo traeré aquí..., dentro de una hora.

—No esperaba menos de usted, Mulrooney.

—Aguárdeme aquí. Volveré con Cavanaugh — y el detective salió apresuradamente de la casa.

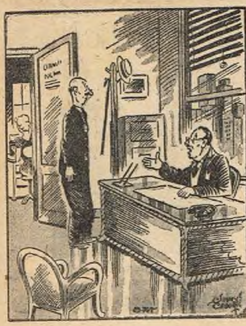
Sesenta minutos después Lucky se hallaba en presencia de Leni. El detective había llegado solo con él, sin policías que lo custodiaran y sin siquiera esposarlo. Después de todo, Mulrooney no era un cobarde y tenía cierto sentido de la lealtad.

—Querido...

—Leni...

Se abrazaron, olvidando la presencia del detective.

Hombres de negocios



—¿De manera que su esposa dice que usted merece un aumento de sueldo? Bien; le preguntaré a la mía si puedo dárselo.

Pasaron a una sala donde Lucky y Leni se sentaron juntos en un diván, mientras Mulrooney buscaba una silla para hallarse cómodo a su manera.

—Ahora, hablemos claro — dijo —; nosotros tres vamos a trabajar juntos.

Leni asintió con la cabeza, pero la expresión de Lucky fué completamente negativa.

—Yo nunca trabajaré junto con un policía — dijo —; lo único que puedo prometerle es cooperar honestamente con usted.

—Si eso es lo que piensa, dejemos todo esto y volvamos al departamento de policía.

—Usted no me engaña, Mulrooney; si consintió en traerme aquí, es porque trata de sacarme todo lo que sé acerca de esos asesinatos. Admita que estoy más informado que usted.

—Lo admito.

—Bien; creo que puedo hallar al hombre que mató a aquella mujer. Sé que el balazo me estaba destinado y probablemente se trata del mismo sujeto que mató a Kruger, pero no podría operar si no estoy solo y libre. Es necesario que esto lo arregle yo a mi manera.

—No puedo dejarlo libre ahora. Es demasiada responsabilidad. ¿Supongamos que huye usted a México?

—Sin embargo, deseo que la policía me declare inocente y, después, que usted me deje completamente solo.

—No puedo hacer tal cosa. Usted debe decirme todo lo que sabe. ¿No cree que tengo razón, miss Luneska?

—No mezcle en esto a miss Luneska. Este es un asunto entre usted y yo, Mulrooney.

—Está usted haciendo un juego peligroso, Cavanaugh, tratando de quedar bien con ambas partes. Sabe perfectamente bien quiénes son los que volaron la caja fuerte y mataron a Kruger.

—Quizá sí y quizá no.

—¿Y por qué no me dice quiénes son?

—¿Cree que soy un delator? No ha pensado que alguno de esos hombres podría ser mi amigo? Quizá alguno de ellos me ha hecho un gran favor no hace mucho, y hay otra cosa además: supongamos que el hombre que mató a la mujer hubiera querido matarme a mí, en realidad. Ese es un asunto enteramente mío y no podría hacer nada si la policía anda siguiéndome los pasos. Debería comprender eso, Mulrooney.

—¿No le parece que eso es lo mejor, míster Mulrooney? — terció Leni.

—No, jamás, míster Cavanaugh — dijo el detective, sin dejar de fumar —; libertar a un preso, a un hombre acusado de asesinato, va más allá de mis atribuciones. ¿Y a cambio de qué? De una simple promesa. No; le digo que no es posible. De todos modos, usted está en un terrible compromiso, y lo sabe. He hecho demasiado con traerlo aquí; ya hice un trato con usted cuando asesinaron a Kruger, pero ahora no le queda otra alternativa que decirme todo lo que sepa.

—Le voy a hacer una última proposición, Mulrooney — dijo Cavanaugh —, o, mejor dicho, le voy a hacer un favor. Tengo el presentimiento de que sé dónde puedo encontrar al asesino. Pues bien, déjeme trabajar a mi manera y yo le prometo traerle aquí a su hombre. Toda la gloria será para usted. En cambio, olvidará hasta la última palabra del pasado de Leni. Usted es la única persona que lo sabe, y si algo trasciende yo sabré perfectamente quién ha hablado. Ese será el último día de su vida, Mulrooney. No es una amenaza, es la verdad. Suceda lo que suceda con respecto a mi caso, espero que usted se conducirá decentemente con miss Luneska. De lo contrario, ése será un asunto privado entre Mulrooney y Cavanaugh.

El detective se levantó de su asiento, presa de repentina furia, y al mismo tiempo Cavanaugh se ponía también de pie.

—Vamos, caballeros, esto es una conferencia y no un campo de batalla — intervino Leni —. No haga caso de lo que dijo Lucky, míster Mulrooney; le aseguro que no me importa lo que pueda sucederme. Ya he terminado con el cinematógrafo.

Lucky la tomó por un brazo sin contemplaciones y la forzó a sentarse.

—Ya sabe lo que le he dicho, Mulrooney — expresó, con los labios apretados.

El detective, blanco de ira, introdujo su mano en el bolsillo posterior de su pantalón. Lucky creyó que el representante de la ley iba a sacar una pistola, pero en su lugar apareció un reluciente par de esposas.

—Ha venido aquí como un caballero, pero volverá como un ladrón cualquiera. ¡Póngase esto! — exclamó el detective.

CAPITULO XVII

—Apártese, Mulrooney — dijo Cavanaugh con voz extrañamente serena —. Nunca me pondrá eso.

El detective dió un paso hacia adelante. Algo blanco y veloz como un rayo cruzó el espacio entre los dos hombres. Era el puño de Cavanaugh lanzado con todas sus fuerzas. Mulrooney, tocado en la mandíbula, se desplomó sin dar un grito. Era cuestión de un minuto escaso que vol
en sí.

—Dime lo que debo hacer — dijo
apresuradamente, pero sin pizca de
bro o vacilación.

—Déjalo estar hasta que recobre
nocimiento, habla lo menos posible
te preocupes. Todo saldrá bien.
debo irme.

—No temas, no hablaré.

Leni permaneció inmóvil hasta que
vanaugh hubo desaparecido hacia la
trasera de la casa, y recién enton
volvió hacia el caído. El detective
raba regularmente, signo de que
daría en reaccionar. Buscó una to
humedeció y la colocó bajo su ca

Mulrooney permanecía en el suelo
si durmiera plácidamente. Estaba
ciente, pero no se hallaba herido
poco en peligro. Leni comprendía
respiración tranquila, que el dete
hallaba perfectamente bien, y no
quietó en lo más mínimo.

Había un destello de resolución
ojos. No hacía nada por volver
detective, porque comprendía que
más tiempo permaneciera inco
mayor sería la oportunidad de L
ra huir. De todos modos, sólo ser
tión de un minuto o dos a lo sum

"Ha sido una locura por parte de
hacer esto — pensó Leni —, y to
cedido por mi culpa. Ahora no pu
ver sin exponerse a un gran peli
embargo yo lo amo y estoy se
que él también me ama. Nos hal
vueltos en un terrible dilema,
siento feliz en el fondo de mi
tan feliz como puede serlo un ser
Pero yo... yo no soy sino
mujer".

Miró a Mulrooney. El rostro
tive comenzaba a recobrar sus
Leni pensó, sin saber por qué,
de asombro que pondría la señora
rooney si viera a su esposo en
¡Pobre mujer! Sin duda vivía
tante sobresalto pensando en los
que corría su marido.

"Los Mulrooney no deben de
personas" — pensó —; y aun cu
ba a Lucky, no podía sentir odio
miento por ese hombre que y
suelo. Llevaba una vida muy d
bablemente su salario sería b
guo. "Algún día le voy a envi
regalo a la señora Mulrooney",
sí misma.

En ese momento, el detective
ojos y miró en derredor para
se hallaba. Le llevó unos segun
nar sus pensamientos y recor
había sucedido. Inmediatame
de pie sin ayuda de Leni, aun
arrodillarse le zumbaran los

—¿Dónde está? — fueron la
palabras que pronunció.

—Siéntese un momento; le
un accidente — dijo Leni, pe
así podría demorarlo aún m
un instante, le traeré un vaso

—Ahora recuerdo..., ¿por
ido? — dijo Mulrooney, m
unos pasos por la habitación.

En seguida salió del cuar
grandes pasos. Leni no tra
nerlo; hubiera sido inútil
comprendía instintivamente

iba a tener éxito en su pesquisa.
ney llegó al vestíbulo y en se-
ó hasta la calle. Su automóvil
vía estacionado delante de la
Miró hacia uno y otro lado de la
ésta se hallaba desierta. Uni-
lo lejos vió una niñera de color
tranquilamente con dos niños.
cuando el detective no sabía cuan-
había estado inconsciente, calcu-
Cavanaugh tuvo tiempo suficiente
hasta una esquina cualquiera
por una de las calles late-

asomó a la puerta y esperó tran-
a que el detective volviera. Le
curioso comprobar que no le im-
más mínimo lo que pudiera
a ella. Había actuado para ayu-
de la mejor manera posible,
no estaba satisfecha.
Mulrooney la arrestaría para lle-
cuartel central de policía. Eso,
sería el fin de su carrera
ca. El fin de todo; pero qué
... Habíanle sucedido tantas
últimas horas que la vida co-
parecerle un sueño. Sin embar-
fondo de sí misma sentía nacer
esperanza de que, por último,
vería felizmente.
regresó al cabo, a la casa,
nto pintado en sus ojos. Leni
de lástima por él.
que me permita ofrecerle
—dijo ella, cuando el detec-
la puerta.
sin contestar, fué hasta el
recogió su sombrero de una
esposas que yacían relucientes
Leni lo había seguido discre-
detective, al incorporarse, se
a ella.
lástima que esté usted enamo-
hombre. Quiero decir, para su
seguridad personal.
contrario, Mulrooney, creo que
hombre en el mundo como

puede hacerme esto a mí y
quilamente. Dentro de vein-
estará en mi poder y en-
—dijo el detective mientras
esposas en el bolsillo poste-
pantalón.
que no era posible argu-
él en ese momento. Ninguna
suficientemente poderosa
hacerlo desistir de sus propó-

que yo estoy arrestada por
¿no es así? —dijo.
ía no —respondió Mulroo-
propongo capturar a Cava-

que pueda usted hacerlo, Mul-

está su teléfono? —preguntó
contestar a su pregunta.
qué?
Dentro de dos minutos to-
lleros de la policía habrán
por radio y puestos sobre
amigo. ¡Oh!, lo atraparemos,

dudas, pero me parece
Nada de esto habría ocurrido
hecho caso.
fué la idea de traer aquí a Cavanaugh? —preguntó el detective, mirando a la muchacha con ojos cargados de reproche.

—Si me permite, míster Mulrooney, le diré que está usted cometiendo otro error ahora mismo —dijo Leni encogiéndose de hombros—. Mientras Lucky esté en libertad, usted se verá obligado a depender de él. No le queda, pues, otro recurso que confiar en que él hará todo lo posible por descubrir al asesino.

—¿Conque ésas tenemos, eh?

—El ha prometido hacerlo así, y lo cumplirá; y hasta podría decirle que tengo la absoluta seguridad de que tendrá éxito; pero, naturalmente, si usted trata de encarcelarlo, eso será el fin de todo. ¿Se da usted cuenta de que si hace pública la noticia de que Lucky ha huído tendrá que confesar también que huyó de entre sus manos? Me parece que sería una confesión bastante humillante para un hombre de su categoría.

Mientras hablaba, Leni se daba cuenta, no sin asombro, de que era capaz de hallar argumentos para contrarrestar la lógica del detective. Lo atribuyó a que su mente se hallaba ahora despejada después de unas horas de descanso; y también a que ya no le interesaba mucho lo que pudiera ocurrirle a ella misma.

—¿Dónde está el teléfono? — volvió a preguntar el detective.

Leni lo condujo hasta la habitación donde se hallaba el aparato. No valía la pena combatir entonces su obstinación. Ni siquiera permaneció allí para escuchar las palabras de Mulrooney. "He hecho todo lo que pude; ahora sólo falta esperar el resultado de todo esto. Quisiera poder manejarlo todo a mi manera, pero comprendo que no hay modo de argumentar con un policía enfadado" — pensó —. Bostezó, porque sentía sueño, y prosiguió en su soliloquio: "Me iré arriba y me acostaré tranquilamente. Durante todos estos años no he hecho más que luchar por mi porvenir. Ahora dejaré que me lleve la corriente. Todo me es igual".

CAPITULO XVIII

Mulrooney colgó el auricular del teléfono. Sus palabras habían sido imperativas. Cada policía de la ciudad había recibido la orden de buscar a Lucky Cavanaugh. Sus datos descriptivos habían sido transmitidos por la radio a todas las patrullas policiales. Acusado de asesinato, debía ser capturado vivo o muerto.

Con el sombrero echado sobre los ojos y con el corazón rebosando de ira, abandonó Mulrooney aquella casa. Leni lo vió alejarse en su automóvil desde la ventana de su dormitorio. En el mismo instante en que el automóvil se perdía de vista, ordenó a Celeste que conectara el teléfono directamente a su dormitorio, para estar preparada a recibir cualquier mensaje de Lucky. Hecho eso, no le quedó ya nada más que hacer que esperar. Así que aguardó tranquila y pacientemente.

Lucky le había pedido que no se preocupara. Perfectamente. No se preocuparía en lo más mínimo. Después de todo, comprendía que nada en absoluto adelantaba con ello. Era necesario mantenerse tranquila y esperanzada. Los años por venir no iban a ser nunca peores que aquellos que habían pasado, cuando un peligro sucedía a otro, y una desgracia a otra desgracia peor. La vida probablmente no era más que eso: una sucesión de peligros y desgracias.

Solamente una desgracia temía ahora. Tan sólo un peligro y un deseo: Quizá el destino le arrebatara a Lucky Cavanaugh...

Sentóse frente al tocador y, acodándose en el mueble, apoyó el rostro entre las manos. "Qué vida más extraña he tenido — pensó —. No hay otra vida como la mía. He estado en lo más alto y en lo más bajo. ¡Cuán extraña es la vida! Ahora mismo, en este momento, no sé si se avecina el fin o el principio de todo".

De repente, un ruido la sobresaltó. Era el ruido de una puerta al abrirse. Leni contuvo el aliento presintiendo que algo iba a ocurrir, y cerró los ojos. Después los abrió lentamente, como con miedo, y miró al espejo que reflejaba toda la habitación. La puerta se abría lentamente. Se abrió hasta permitir el paso de un hombre, y entonces, de las sombras, surgió la figura de Lucky.

—Este es el lugar más seguro que pude encontrar — dijo sonriendo —; ¿te alegra verme?

—¡Sí, estoy contenta de verte! ¡Oh, querido! — exclamó ella corriendo a su encuentro y echándole los brazos al cuello.

Su sensación de que la vida era un sueño continuaba todavía. Cosas así no le sucedían a todo el mundo.

—¿Por qué y cómo estás aquí? — preguntó ella, finalmente.

—Es muy sencillo; hubiera sido una tontería salir a la calle y correr; así que subí tranquilamente las escaleras y me oculté aquí. ¿Qué dijo Mulrooney?

—Se fué rechinando los dientes. ¡Pobre Mulrooney! Lo siento por él.

—No me inquieto por Mulrooney, conoce su oficio y dentro de poco lo olvidará todo hasta lograr atraparme, si puede. Pero no quisiera que pensaras en ello ahora. No me quedó otra alternativa que proceder así.

—¿Eres feliz?

—Sí, querido, tan feliz que no podría expresarte cuánto. Nos han sucedido tantas cosas en estas últimas horas, que creo que ya nada pueda separarnos.

—Eso creo yo también, querida.

En ese momento se oyó la campanilla del teléfono. Leni se levantó perezosamente para atender.

—¿Quién llama? — dijo.

—Oiga, señora — dijo una voz áspera de hombre —, necesito hablar con Lucky Cavanaugh. Si usted sabe dónde se halla, dígale que se ponga en contacto conmigo.

—¿Y quién es usted?

—Dígale que habló Slug, nada más

—¿Cómo dijo, Slug?

—Sí.

—¡Slug! — repitió Lucky a su vez.

Extendió éste el brazo y tomó el auricular de manos de Leni.

—Pregúntale otra vez su nombre, querida, para que yo pueda oír su voz.

—¿Quiere repetir el nombre?, no he oído bien — dijo Leni, obediente.

—Slug, dígale que Slug quiere hablar con él.

—¡Hola!, Slug, ¿qué sucede? — dijo Cavanaugh, al reconocer la voz.

Su rostro se convirtió en una máscara inexpresiva al escuchar lo que le decían a través del teléfono. Luego su boca se contrajo en un rictus enérgico. Leni lo observaba en silencio, preocupada. Aquella llamada había venido a romper su idilio de un instante. Nada podía deducir de las respuestas de Lucky.

—Sí... Ajá... Bueno... Sí..., comprendo... Hasta la vista — eran sus breves palabras.

—¿Qué sucede? — preguntó Leni cuando él colgó el auricular.

—Nada importante. Slug desea verme para hablarme de una persona.

—¿Entonces, te vas?

Cavanaugh sonrió sin contestar. Su pensamiento estaba por entero en las palabras que le había dicho Slug.

—Sí, querida — dijo después —, debo irme. Todo esto va a terminar bien, pero es necesario trabajar mucho aún, antes de que todo haya concluído. Nos veremos pronto, pero no te hablaré por teléfono. Mulrooney hará intervenir la línea. Tu casa será vigilada, pero ya encontraré el medio de comunicarme contigo.

—¡Cuídate! — exclamó ella mientras él abría la puerta y desaparecía de la habitación —. Y en esa palabra iba envuelto un mundo de amor.

Cavanaugh llegó hasta la puerta de calle y vaciló un segundo; la casa podía estar vigilada. Consultó su reloj: hacía cinco minutos que terminara de hablar con Slug. Ya debería estar allí. Abrió la puerta y salió, dirigiéndose rápidamente hacia la esquina.

En Hollywood nadie hace caso de las vestimentas más raras. Cowboys, militares de todas las nacionalidades, legionarios y gentes en traje de etiqueta a todas horas del día son allí cosa común para todos, excepto para los que visitan la ciudad por primera vez. Policías en veloces automóviles y en motocicletas pasan rápidamente por las calles persiguiendo a un delincuente que huye, y perseguidos a su vez por los "cameramen" en pleno trabajo. En todo y por todo, Hollywood es la ciudad más rara y sorprendente de la tierra. Las calles se hallan atestadas de extras en las más llamativas caracterizaciones. Por regla general, se congregan en los alrededores del estudio donde trabajan, pero otras veces vagan de aquí para allá divirtiéndose con infantil alegría.

De ahí que Slug, que esperaba sentado en un viejo automóvil, vestido con una camisa a cuadros, un pañuelo rojo alrededor del cuello y un gran sombrero de fieltro de amplias alas, no llamara la atención de ninguna de las numerosas personas que pasaban a su lado. Su disfraz estaba completado por un par de bigotes que le daban una inusitada apariencia de importancia. Tenía pantalones grises, botas altas, y una enorme cartuchera con su correspondiente revólver pendía de su cintura. Mientras esperaba a Lucky, fumaba tranquilamente su pipa.

Hasta los niños sabían que se trataba de un extra que trabajaba, sin duda, en una de las tan comunes películas que tienen por ambiente el Oeste americano.

—Oí por la radio que la policía recomendaba su captura vivo o muerto y he venido a darle una mano — dijo Slug mientras Cavanaugh se ubicaba a su lado en el automóvil —. Quítese la americana y póngase este sombrero y ese pañuelo. Cavanaugh procedió al cambio sin decir una palabra.

CAPITULO XIX

Slug miró a su compañero y sonrió por entre sus espesos bigotes.

—¿Cree que la policía nos reconocerá? — dijo.

Cavanaugh no contestó; estaba muy atareado poniéndose el pañuelo rojo alrededor del cuello.

—Me figuré que podría encontrarlo en la casa de ella. Desde que Poletzki salió anoche de su refugio para ir a matarlo, lo estoy buscando. ¿Sabe que fué él quien mató a la Santos?

—Desde luego, me lo figuré desde un principio.

—Estuve a punto de matarlo a él, anoche, pero pensé que usted querría hacer ese trabajito.

—Olvídate de eso. Necesito a Poletzki vivo. Tengo que llevárselo a Mulrooney, para aclarar el asesinato de Annette. Es la única manera de que ese detective no hable de...

—Está bien. Ese Poletzki no merece consideraciones. No hace honor a *los muchachos*.

Entretanto, Slug había dirigido el automóvil por el bulevar Santa Mónica hasta las proximidades de unos estudios cinematográficos. Había allí muchos extras ataviados como ellos, y eso constitu[illegible] garantía de seguridad hasta que [illegible]ran lo que tenían que hacer.

—Si usted quiere, yo me encargo [illegible] trabajo — dijo Slug.

—No, esto lo tengo que hacer yo. [illegible] pensé que tuviera que entregar a [illegible] a la policía, pero debo hacerlo con P[illegible]ki. ¿Sabes dónde se esconde?

Habían estado dando vueltas al [illegible] llegando hasta el bulevar Sunset. [illegible] policías habían quedado atrás [illegible] camino, pero ninguno de ellos hi[illegible] del típico automóvil ni de los dos [illegible]

—El y sus dos compañeros tie[illegible] departamento en la avenida Weste[illegible] otros se han ido, pero Poletzki est[illegible]vía allí. Según creo, no sale nunca [illegible] del anochecer. No le gusta salir [illegible] Hay que tener cuidado con él. Es [illegible]to que un gato, y se maneja p[illegible]mente.

—Está bien. Ahora llévame allá [illegible]pués me dejas solo. Conviene que [illegible] de la ciudad cuanto antes. Aquí [illegible] seguro.

—Me quedaré cerca, por si aca[illegible]

—No, ya te he dicho que este [illegible] es mío, compañero. ¿Cómo andas [illegible]nero?

—Tengo bastante.

Desde ese momento, ninguno de [illegible] habló una palabra. Todo lo que [illegible] sería superfluo.

Manejando en silencio, Slug co[illegible] automóvil frente a un edificio de [illegible]sos, el inferior ocupado por peq[illegible]gocios. Buscó un lugar convenien[illegible]cionó el automóvil.

—Es en el segundo piso — dijo [illegible]do la entrada del inmueble —, al [illegible] pasillo, a la derecha.

Cavanaugh se quitó las pren[illegible] momentáneo disfraz y volvió a [illegible] su americana y su sombrero. S[illegible] ágil y bien dispuesto, al desc[illegible] automóvil.

—Bueno, hasta la vista, Slug; [illegible] por todo — dijo.

—¿Tiene armas? Le prestaré [illegible]vólver.

—Gracias, tengo el mío.

Cavanaugh se hallaba desarm[illegible] mintió para ahorrar argument[illegible] había sentido la necesidad de lle[illegible] y no iba a cambiar ahora e[illegible] sería quizá la última aventura [illegible] saliera bien o mal...

—En caso de que no vuelv[illegible] que le diga algo a miss Luneski[illegible]

—Si no vuelvo, olvídate de [illegible] Pero creo que volveré...

Hizo un signo amistoso con [illegible] cruzó ágilmente la calle en [illegible] edificio.

Lucky Cavanaugh empujó [illegible] dos batientes y pentró en el [illegible] la casa. Un tufo maloliente le [illegible] rostro. Miró rápidamente en [illegible] viendo la escalera a la derech[illegible] a subir los escalones tapizado[illegible] sucia y desgarrada alfombra. [illegible] verdad, era un escondite ide[illegible] hombre en la situación de Po[illegible]

Cavanaugh llegó al segun[illegible]mente, alerta y despejada, el[illegible]pidamente un plan para acos[illegible] en su guarida. Lo principal e[illegible]

... que Poletzki se hallaba realmente ...

... de los ruidos de la calle llegaba ...te al pequeño departamento de ...taciones ocupado por Poletzki. En ... instante en que Cavanaugh se ... a su puerta, por el pasillo, el ... dejó de leer la página de los de... del diario que tenía delante, y se ... escuchar.

... poco por instinto y otro poco por los ... aguzados con el miedo, creyó es... leve ruido que llegaba desde el ... Escuchó atentamente por un mo... pero como el ruido no se repitiera, ...berse equivocado.

...odó confortablemente y buscó ... que había suspendido, para con... leyendo. El deporte era lo único ...interesaba de las noticias del día. ... recorrieron trabajosamente los ... pero no pudo leer. Su instinto ... que alguien caminaba por el pa... ...que infinidad de chiquillos ven... y pedigüeños pasaban a diario por ... hora, se sentía inquieto.

... levantarse y observar, pero, pen... mejor, permaneció sentado. Impo... se tratara de la policía, porque ...quiera sospechaba dónde se ha... Miró instintivamente el picaporte ...ta, pero éste permanecía inmó... completamente tranquilzado, se ... continuar su lectura, cuando ... a la puerta con los nudillos. ...s golpes fuertes y francos, co... pudiera dar cualquier tranqui...r. Poletzki no se alarmó esta ... ser el muchacho de los diarios, ... vendedor ambulante, de esos ...ren continuamente los departa... la esperanza de conseguir al...

... precaución, Poletzki tomó su ... de sobre la mesa y la metió ...lo de su saco.

—¿... es? — preguntó.

... hubo respuesta al otro lado de ... Entonces, Poletzki, con una ma... bolsillo, sobre la culata de su pis... rápidamente, y de un violen... abrió la puerta con la otra mano.

—... Poletzki, deseo hablar con us... Cavanaugh con una tranquili...ble.

... dió un paso atrás, vivamente ..., y comenzó a sacar su mano ... Cavanaugh, que vigilaba sus ...s con ojo alerta, no le dió tiem...ar el movimiento y se le echó ... velocidad de un rayo. En ...mento en que Poletzki sacaba ... bolsillo, Cavanaugh le apri... muñeca entre sus dedos de acero. ... hizo saltar la pistola de su ...ego, tranquilamente, sin prisa, ... de sí la puerta del departa... ...gió el arma del suelo, se la ... el bolsillo y enfrentó a Poletzki.

—... sulfure, Poletzki — le dijo —; ... a hablar con usted.

... de éste se hallaba pálido como ... cadáver y sus ojos fulguraban en ... las profundas órbitas. Sus ca... ...denados, que le caían en me... la frente, le daban una apa... ... feroz todavía.

CAPITULO XX

—¿Quién diablos es usted? — preguntó con ira.

—Demasiado sabe quién soy, Poletzki — dijo Cavanaugh calmosamente, sin quitar los ojos del rostro de su enemigo —. A usted le espera la horca, Poletzki. Pocas veces dan muerte a los criminales de esa manera en este estado, pero usted se lo ha ganado. Mató a un hombre y a una mujer a sangre fría, sin atenuantes. Eso significa la silla eléctrica o la horca.

Los ojos de Poletzki miraron desesperados en derredor. Había una ventana cerca, pero saltar por ella equivalía a la muerte.

—No sé de qué habla — dijo para ganar tiempo.

—No use esas tácticas conmigo, Poletzki; no le valdrán de nada — dijo Cavanaugh sentándose en un viejo sillón —; además, es necesario que sepa que estoy aquí para salvarlo. Si la policía hubiera llegado antes que yo, ya estaría usted camino de la horca, pero si hace lo que yo le diga, lo más que podrá sucederle será que lo condenen a cadena perpetua. ¿Nunca vió un hombre ir a la silla eléctrica, Poletzki?

Naturalmente, éste nunca había visto un hombre ejecutado por orden del gobierno, pero entre los de su calaña era ése uno de los más tenebrosos pensamientos. Siempre, aunque no lo desearan en lo más mínimo, el pensamiento de la silla eléctrica rondaba por sus mentes. Especialmente cuando, como él, acababan de cometer dos crímenes, uno tras otro. Poletzki se estremeció sin querer. El solo pensamiento de ser ejecutado le daba escalofríos.

—Los cobardes como usted tienen que ser arrastrados por los guardias, cuando llega el momento — continuó Cavanaugh, para impresionarlo aún más —. ¿Cómo se portaría usted en un trance así, Poletzki? ¿Qué le parece ser electrocutado? Pero no se aflija; si hace lo que le digo lo enviarán a San Quintín y allí podrá estarse tranquilo entre sus viejos conocidos.

—No sé lo que usted quiere decir, pero no importa, hable — dijo Poletzki traspirando copiosamente. Gruesas gotas de sudor se deslizaban de su frente.

—Tiene que confesar espontáneamente que mató a Annette Santos. Alegará que usted quiso matarme a mí. Con un buen abogado, esa confesión hará la diferencia entre la vida y la muerte. Además, si confiesa ese crimen, los policías olvidarán el de Kruger, y eso ya es algo. Le doy mi palabra de conseguirle el mejor abogado de la ciudad para estos asuntos, si escribe la confesión de su crimen y la firma.

—¡Está usted loco! — exclamó Poletzki —. Jamás haré tal cosa.

—En ese caso, irá derecho a la silla eléctrica. Con dos asesinatos sobre sus espaldas sabe muy bien que no hay escapatoria. Lo único que puede salvarlo es la confesión y una gran suma de dinero para pagar a los abogados. Yo tengo el dinero. ¡Piénselo bien, hombre! Es lo que le conviene.

Cavanaugh se detuvo un instante para encender un cigarrillo que se había llevado a los labios, y en el mismo instante Poletzki saltó sobre él con furia salvaje, levantando en su mano derecha un objeto negro que tomara rápidamente de sobre un mueble. El sillón se tumbó por la violencia del encontronazo, y ambos hombres rodaron por el suelo.

Por un segundo, mientras caían, Cavanaugh trató de evitar el golpe del objeto que Poletzky tenía en su mano, levantó el brazo, pero el golpe lo alcanzó de lleno, justamente cuando llegaban al suelo. El golpe fué terrible y ambos rodaron uno sobre otro. Unos segundos no más estuvo Cavanaugh semiinconsciente, pero cuando pudo comprender su situación el otro estaba ya encima de él, amenazándolo nuevamente con un pesado pisapapeles, que tal era el objeto que blandía.

Cavanaugh le envió un puñetazo desesperadamente, y, en el mismo instante en que el otro trastabilló, su mano derecha hizo presa en la garganta de Poletzki. Apretó entonces con la furia del que se juega la vida, y en menos de dos segundos Poletzki dejó de ser adversario para él. Mientras continuaba aumentando la presión de su mano, se lo sacó de encima con un empellón y se puso de pie. Entonces, levantándolo casi en vilo, le golpeó el cráneo contra la pared hasta que el otro cesó de resistirse. Pálido y ensangrentado, se deslizó lentamente al suelo, contra la pared, mientras llevaba sus manos a la garganta.

—No... puedo... respirar — murmuró.

—¿Cómo es eso? ¿Y qué hará entonces cuando la soga le apriete el cuello? — dijo Cavanaugh sarcásticamente.

—¡La soga! — exclamó Poletzki.

Carrera de galgos



—¡Pero, hombre, déle de una vez el sandwich! ¡Le he apostado cinco ganadores!...

No era un pensamiento, esta vez; era algo real. Aquellos dedos que lo atenazaban le habían hecho experimentar todo el horror de la muerte que tantas veces pensara. Era más de lo que sus nervios podían soportar.

—¡La soga! — murmuró — ¡La soga!...

Sus sentidos se hallaban embotados por el terror. Cavanaugh lo consideró fríamente.

—Es un espectáculo divertido ver cómo cuelgan a un hombre — dijo con sonrisa irónica —. Primero le colocan el nudo corredizo en la garganta, y después lo dejan caer bruscamente por el agujero. La soga se aprieta, tira, se mete en la piel y rompe el cuello. ¡No podrás respirar, Poletzki! ¡Morirás como una rata!

Poletzki lo miraba con ojos extraviados por el terror. Había perdido todas sus energías y yacía en el suelo, con los brazos caídos.

—¡Levántese, hombre! — exclamó Cavanaugh, tomándolo de un brazo —: todavía no lo están colgando. No es más que una pequeña explicación de mi parte de lo que le va a suceder dentro de poco.

Cavanaugh pensó por un instante que ése era el peor trabajo de toda su carrera. Le daba lástima la manera como estaba haciendo sufrir a aquel pobre diablo, aunque fuera un asesino por partida doble; pero debía seguir adelante si quería arrancarle la confesión.

—Le voy a echar otra vez las manos al cuello — dijo, avanzando un paso —. Así verá cómo es el apretón de la soga.

Poletzky retrocedió vivamente, levantando los brazos para alejar a su enemigo y detener aquellas manos que semejaban garfios y cuya fuerza había experimentado un momento antes. Quiso gritar, y de su garganta reseca sólo salió un sonido ronco, inarticulado. Los ojos se le salían de las órbitas.

—Sólo hay una manera de librarse de lo que le espera — dijo Cavanaugh, implacable —; si persiste en su estúpida negativa, lo colgarán hasta que haya muerto. Le echarán la soga al cuello sin remedio. Es la peor muerte que pueda haber en la tierra; pero si sigue mi consejo puede salir vivo. Le ofrezco una oportunidad para librarse del nudo corredizo. No vacile, es su única oportunidad: decir toda la verdad. Usted tiró sobre mí, y la bala mató a Annette Santos.

Poletzki miró a Cavanaugh estúpidamente, con la sombra de la muerte danzando en sus ojos. Hizo un esfuerzo supremo por apartarse de la pared y ponerse de pie, pero las pocas fuerzas de que disponía lo abandonaron de golpe, y cayó al suelo cuan largo era.

—¿Cómo voy a saber que usted juega limpio conmigo? — alcanzó a murmurar, mirando a Cavanaugh con ojos de perro apaleado.

Este respiró hondamente antes de contestar. Se hallaba a punto de recoger los frutos de su victoria. Na era aquélla una lucha brutal de cuerpo a cuerpo, aunque así lo pareciera, sino otra muy diferente y mucho más profunda. Una batalla entre dos mentes. Y de su victoria dependía, no solamente su seguridad personal, sino también la de Leni.

—Tiene que confiar en mí, Poletzki — dijo con voz fría y cortante como el hielo —; no le queda otra alternativa que elegir entre mi palabra o el nudo corredizo. Pase lo que pase, y decida lo que decida, lo llevaré al departamento de policía. Si no tiene confianza en mí, lo espera el patíbulo. De lo contrario, le conseguiré el abogado más listo que el dinero pueda pagar. En usted está elegir ahora. Ya sabrá lo que le conviene.

Poletzki se llevó la mano a la frente y la retiró empapada en sudor.

—No puedo morir así, como un perro — dijo con voz extraviada —; no puedo aguantar más esa idea. Haré lo que usted quiera, con tal de que me defienda y me libre del patíbulo.

Poletzki se levantó haciendo un esfuerzo y fué a dejarse caer sobre el sillón donde estuviera leyendo. Allí permaneció silencioso y abatido, con el rostro escondido entre las manos.

CAPITULO XXI

Lucky Cavanaugh no iba precisamente a reunirse con Leni en aquel momento. Los últimos acontecimientos le habían hecho recuperar la confianza en sí mismo. Esa confianza que lo había abandonado por un instante ante el cariz desesperante de los acontecimientos que se acumulaban sobre él. Ahora se sentía otra vez libre, fuerte y audaz. Su buena estrella brillaba nuevamente en lo alto del firmamento.

Cuando llegó a su departamento, tomó una ducha que terminó de reconfortarlo y cambióse luego de traje. Tan sólo su buena estrella y su indomable energía podían haber volcado en su favor todos los sucesos de la víspera. Su negocio con Mulrooney estaba terminado. El detective no se había mostrado amistoso en su trato, pero cumplió su palabra. Poletzki estaba alojado en una celda de la cárcel y su confesión plena en manos del jefe Mulrooney.

Una vez completamente renovado, Cavanaugh se encaminó a la casa de Leni.

Ella no tenía la menor idea de cuándo volvería, pero lo esperaba a cada instante que pasaba. Cartas, telegramas, llamadas telefónicas y visitas, todo era sistemáticamente eludido o diferido, porque resultaban un estorbo para el caso de que él se presentara. Además, no le dejaban pensar en él todo lo que ella deseaba. Fué hasta el comedor. La mesa era suficientemente grande como para disponer cómodamente una cena para doce personas. Con ayuda de Celeste la redujo a la mitad, quitando el larguero del medio. Después fué hasta la cocina y comenzó a preparar la comida. Hacía años que no entraba en aquella parte de la casa, y ahora, de repente, experimentaba una alegría infantil en disponerlo todo por su propia mano, vestida con un delicioso delantal blanco. Sentía la proximidad de Lucky. Estaba segura de que no tardaría en presentarse.

Ella, por su parte, sentía renacer viejas y olvidadas sensaciones. Una nueva mujer se manifestaba en ella. El amor que tantas veces había fingido con perfecto ardor ante la cámara se apoderaba ahora de ella, en plena realidad de su existencia.

La llegada de Cavanaugh fué curiosamente formal, comparada con su primera visita a esa misma casa. Un mayordomo recogió su tarjeta y lo invitó respe[illegible]
mente a esperar en el "hall". Luego [illegible]
ció su visita como si se tratara de u[illegible]
tante cualquiera.

Después de la cena, se sentaron [illegible]
en el "living room", deseosos de [illegible]
todo lo que sus corazones anhelaba[illegible]
que la presencia de los criados [illegible]
exteriorizar.

El le había contado ya, entre [illegible]
plato, su aventura. Y ahora, des[illegible]
tanto esperarlo y ansiarlo, estaba [illegible]
do el momento más feliz de su exi[illegible]
Entonces fué cuando Lucky le pi[illegible]
se casara con él.

—¿Qué hay de nuevo acerca de [illegible]
trato con el estudio? — preguntó[illegible]

—Creo que no habrá dificulta[illegible]
conversado con Wingate esta mañ[illegible]
ro, de cualquier manera, podría [illegible]
para otra compañía.

—Quisiera casarme contigo ah[illegible]
mo, querida; pero... — una nube [illegible]
mó en su frente —, pero sucede [illegible]
lo que no pensé al principio. N[illegible]
me había ocurrido pensar en el[illegible]
ahora, en verdad. Creo que tendr[illegible]
esperar bastante tiempo aun.

—¿De qué se trata? — preguntó [illegible]
tanto alarmada.

La sombra de una duda pasó [illegible]
relámpago por su mente. Algo [illegible]
taba a punto de arrebatarle su [illegible]
de entre las manos.

—¿De qué se trata, Lucky? — [illegible]
preguntar, sintiendo que la ang[illegible]
nazaba su garganta.

—No me sería posible mante[illegible]
el momento estoy arruinado. D[illegible]
rar a que haga otra vez fortuna[illegible]

—¿Dinero? Pero si yo tengo [illegible]
suficiente para los dos, querido[illegible]

—Jamás tocaré un solo dólar [illegible]
nero.

Ella lo miró casi sin compre[illegible]
su inmenso amor, aquello le p[illegible]
tontería. Conocía la miseria y [illegible]
cia, y para ella el dinero no [illegible]
sino algunas comodidades más[illegible]
ca algo que pudiera interpo[illegible]
ella y la felicidad. Sin embarg[illegible]
seía mucho menos dinero de l[illegible]
saba. Su actuación en las últ[illegible]
las había sido para ella una m[illegible]
pero el dinero se gastaba co[illegible]
generosidad con que se ganaba[illegible]

—De todos modos — dijo L[illegible]
esta cuestión soy de prin[illegible]
cuados. Deseo ser yo quien [illegible]
mi mujer. Hasta hoy he tenid[illegible]
dinero, y no veo la razón p[illegible]
vuelva a tenerlo.

—Pero, entretanto, podemos [illegible]
dinero. Con nuestro dinero. ¿N[illegible]
des que es una tontería est[illegible]
por una cosa tan trivial?

Mas Lucky se mantuvo in[illegible]
mo hombre que era, compre[illegible]
dinero significaba una de las [illegible]
gulares de un buen matrimon[illegible]
obrar a la ligera. Con otra [illegible]
hubiera sido eso posible, pe[illegible]
una enorme responsabilidad [illegible]
tar a Leni del camino de la[illegible]
la fama, tan sólo para que s[illegible]
él, pobre y desconocido.

—No es que tema no pode[illegible]
— dijo —, pero da la fatali[illegible]
quiera tengo ahora lo neces[illegible]

miel. Ayer poseía cien mil dó- el banco; hoy no tengo un cen- de pagar los abogados para de Poletzki, y me costó preci- cantidad.

do de su corazón, Leni se sintió de él. Era una pequeña fortuna contra su palabra, pero Cava- cumplido fielmente con lo a un pobre diablo, que ni re- podía soñar con obligar a Ca- cumplir su palabra. Ese detalle enorme mérito a sus ojos. Mas palabra al respecto. Intuía se ofendería. Para él cumplir mesa era una cuestión de prin-

CAPITULO XXII

estuviste tentado de elegir otro menos costoso que ése? — pre- sonriendo.

son así, querida — contestó también —. Se necesita mu- para librar a un gusano como la silla eléctrica. Ahora no levarte a pasar nuestra luna de hotel de tercera clase. Pero no mi buena estrella no me ha tendrás lo mejor de lo mejor. pasaría sin todo ello, pero no lo mismo de ti. ¿Compren- Si yo me viera obligado a usar habría algo entre los dos, que ser felices.

cuanto se refiriera a esas su- de dinero parecíale hueco Leni, porque, por sobre todo el irresistible impulso de

luego, yo también comprendo que existe entre ser rico y pero no entiendo por qué ha- diferencia entre tu dinero y el nuestras vidas y nuestros des- ahora uno solo. En fin, si lo de- qué debemos hacer.

paciencia por ahora, creo.

decir que debemos esperar? posiblemente tendré que de- un tiempo. Se aproxima la Saratoga y...

época de Saratoga?

decir, las carreras de caballos en el estado de Nueva York. un hipódromo que me ha dado suerte.

nada de lo que dices es ver- no puede ser más importan- ¿Cómo puedes permitir que solo hecho de que el dinero en lugar de ser tuyo? ¿Aca- pronto nuestro? Seríamos unos esperáramos. ¡Quién sabe cuánto tendremos que esperar! Y además, las carreras de caballos sean para un hombre que piensa un pasatiempo, quizá, pero profesión. No quiero que seas un jugador profesional.

mente, ya me ves alejado del Cavanaugh con una leve son- convirtió pronto en una sonora

—¿Por qué te ríes así? ¿Qué tiene esto de gracioso?

—Lo gracioso es que vosotras las mujeres queréis reformarlo todo. Especialmente a nosotros los hombres. Tú ya has comenzado.

—¿No temes afrontar la vida como hacen los demás hombres, verdad? — dijo ella.

—¿Cómo puedo yo saber lo que hacen los demás en semejantes ocasiones? Pero descuida, todo irá bien.

—Tal vez no tengas tanta suerte en lo futuro como lo has tenido antes, Lucky.

El sonrió con aire superior, como si en realidad tuviera algún poder sobrenatural para dominar su destino, y ella pensó, allá en su interior, cuán poco sabía de la vida y el carácter de Lucky. Sin embargo, su instinto de mujer le descubría más en un instante que todo cuanto pudiera decirle él mismo en una hora de conversación.

—Lo que amo en ti — dijo Lucky — es que me has traído la verdadera sensación de la suerte. Has derribado todas las paredes que me aprisionaban. Antes tenía suerte, pero no reparaba en ello. Se había hecho una costumbre en mí eso de ganar siempre. Hoy comprendo todo lo que eso significa. Sólo una vez en muchos años nace alguien con suerte. ¡Y ése soy yo! La primera vez que fuí a las carreras con mi padre tenía diecisiete años; comencé con dos dólares y salí del hipódromo con quinientos. Siempre fué así; es la cosa más sencilla del mundo, pero no me es posible explicarla.

—¡Qué orgulloso deberías sentirte!

—Nada de éso, porque no podía apreciar de qué se trataba, mientras que ahora... Yo hubiera podido ser abogado, y ganaría hoy unos cuantos miles de dólares al año. Exactamente lo mismo que siempre he ganado en una semana o en un día. Naturalmente, no todo es suerte; uso mi inteligencia también y mi experiencia, ¿pero sabes lo que hubiera ocurrido de no encontrarte a ti?

—¡Oh!, no quiero ni pensarlo, querido.

—Hubiera rodado, malgastando mi buena suerte durante algunos años más, hasta que un día cualquiera ésta se esfumara de golpe, sin previo aviso. He visto muchos casos así, desde el día que aposté mi primer boleto, y te aseguro que todo se acaba para esos pobres diablos. No es muy alegre verlos mendigar unos miserables dólares después de haberlos visto nadando en riquezas. Ahora ya no me sucederá eso a mí, porque te he encontrado, y quiero asegurar mi porvenir, nuestro porvenir. No hay razón alguna para que no pueda usar mi buena suerte fuera del juego, ¿no te parece? Buscaré algo seguro y lucrativo. Las carreras me proporcionarán el capital, y después...

Leni asentía a cuanto él dijera. Se hallaba reclinada en el mullido sillón y tenía en sus ojos una mirada en la que se mezclaba el amor de la mujer con la tierna solicitud de una madre por su hijo joven e inexperto. La vida no lo había golpeado aún. La fortuna lo tratara como a uno de sus elegidos, y él, que no había mendigado jamás, que no conocía la cárcel ni las privaciones, quería enseñarle a ella lo que era la vida, a ella que había pasado por todo eso desde muy joven.

—Todo esto lo he pensado muchas veces ya desde que te conocí — continuó él —; nunca tuve aspiraciones antes, me conformaba con vivir al día..., como quien dice ganar una carrera, y jugar doble a la segunda.

—¿Y ahora?

—¡Ah!, ahora... Sería gracioso que me reformara completamente apenas te hubiera conocido... No; creo que la cosa no es tan sencilla... Tengo algún dinero en el bolsillo y esta misma noche, cuando salga de aquí, iré a un lugar donde giran las ruletas. Siento que voy a tener suerte. Mejor dicho, estoy seguro, lo presiento con tanta seguridad como si lo viera. Creo que podría tocar mi suerte con los dedos...

—Puedes hacer lo que gustes — dijo Leni con una comprensiva sonrisa llena de felicidad —. Yo he dejado la pantalla, porque te amo más que a todo eso. No me interesa en absoluto. Pero tú debes proceder como te lo dicte el corazón...; ya ves cuán buena esposa quiero ser para ti. Sé que irás esta noche a jugar, e irás otras muchas noches; pero sé también que un día te quedarás a mi lado. Entonces, ese día serás enteramente mío. Aguardaré con paciencia, porque creo en todas esas cosas que me has dicho hace un instante.

Cavanaugh se levantó y la estrechó entre sus brazos.

—Puedes estar segura de que volveré y también de que me quedaré — dijo —. Yo siempre cumplo mi palabra. Pero hoy siento mi buena suerte. No olvides que por algo me llaman "El afortunado"..., y mi mayor fortuna ha sido ganarte a ti.

Atraco



—Guárdate el revólver: este pobre se cae solo.

FIN DE "EL CRIMEN DEL CINEMATOGRAFO"



Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto pueda proporcionar agradable distracción.

EL CAÑON DE CARTON



Este juego es sumamente interesante y divertido, pudiéndose hacer con un trozo de cartón, una gomita elástica y un fósforo. Se dobla el cartón de tal manera que tome la forma de un cañón, tal como lo muestra la fotografía. Una vez hecho esto se coloca cerca de la parte superior, y a su alrededor, una gomita elástica. En la parte posterior, lo que vendría a ser la culata, se introduce un fósforo que se encuentra en contacto con la goma.

Para disparar este original cañón, basta encender el fósforo. Cuando la llama qu... gomita, ésta saldrá disparada en la dirección que apunte el cañón, sin desviarse ni ... tímetro. Para completar el juego puede construirse un blanco que hará aún más ... sante el entretenimiento.

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

HORIZONTALES

1. Existe.
3. Moneda de cobre de los antiguos romanos que en los primeros tiempos pesaba una libra.
5. Estimar, apreciar.
7. Comarca de oriente donde mandó Salomón buscar oro.
9. Que se sonroja.
12. Número uno en las barajas.
13. Señalar día.
14. Iniciales del nombre compuesto de una provincia del Canadá, cuya capital es Halifax.
16. Sujetar, amarrar.
19. Río de Alsacia.
20. Da muerte.
22. Campo sin labrar.
24. Arbol que da el bálsamo de calaba.
26. Preposición inseparable que significa sobre.
27. Nombre de una consonante.
28. Caballería de color castaño.
30. Musa que presidía la elegía.
32. Intersticio que separa las moléculas de los cuerpos.
33. Pequeño pájaro cantor sudamericano.
35. Seglar que no tiene órdenes religiosas.
37. Preposición inseparable que significa dentro.
38. Acción de andar a pie, en coche, etc., por simple diversión.
40. Iniciales del nombre y apellido de un célebre pintor, escultor y arquitecto de la escuela romana.
41. Conjunto de varias cosas menudas.
46. Manifestaban alegría o regocijo.
47. Opera en cuatro actos, de Verdi.
48. Nombre personal de segunda persona en ambos géneros y número plural en dativo y acusativo.
49. (Antonio). Iniciales del apellido del obispo de Zamora durante la época de Fernando el Católico.

VERTICALES

1. Género de aves corredoras de Australia.
2. Una de las Antillas menores.
3. (Domicio): orador romano que fué maestro de Quintiliano.
4. Preposición inseparable que significa unión.
5. Terminación de verbo.
6. Aprisco cerrado para el ganado.
7. En Ecuador, nombre que se da al eucalipto.
8. Iniciales del nombre y apellido de un novelista y moralista suizo (1799-1846).
9. Uno de los puntos cardinales.
10. Ocre, color.
11. Ser, el que es o existe.
12. Voz germánica con que se designa el agua.
15. Interjección que sirve para estimular.
17. Marcar la superficie.
18. Residuo de una cosa.
20. Relativo o concerniente a la tapia, muralla, etc.
21. Salsa hecha con ajos.
23. Río de Francia, afluente del Ródano.
25. Río de Gerona.
28. Parte de un círculo comprendida entre un arco y la cuerda.
29. (Yvao): mariscal y generalísimo japonés (1843-1916).
30. Tragedia de Eurípides.
31. En los cuentos infantiles, persona que comía carne humana.
32. Nombre de una consonante.
34. Manija.
36. Igual que 48 horizontal.
38. Territorio, región, comarca.
39. Aversión que se experimenta hacia una persona.
42. Consonante doble.
43. Prefijo que significa tierra.
44. Nombre de dos cadenas de montañas, una en Misia y otra en Creta.
45. Iniciales del nombre y apellido del obispo de León, uno de los jefes carlistas durante la primera guerra civil.

(La solución en el próximo número.)

JEROGLIFICO[S] COMPRIMID[OS]



FRASE HECHA

(Las soluciones en el número próximo.)

UNA PRUEBA FA[CIL]



Si dejamos una moneda de ... centavos sobre el mantel y ... ponemos un vaso boca abajo, ... creerá posible sacar la mo... retirar el vaso, pero la cosa ... ble procediendo del siguiente ... En vez de apoyar el vaso ... mente sobre el mantel, se po... monedas de veinte centavos ... ces se empieza a rascar el m... la uña, por delante de la m... cinco centavos, y se verá ... empieza a avanzar, como si ... a una llamada y, por fin, ab... lugar que ocupaba debajo de...

Esto se explica fácilmente. Con la uña se ejerce una tensión alternativa en las hebras de hilo de... Este se encoge en los momentos en que dejamos de rascar y la moneda, en virtud de la inercia, ... este movimiento, y de tal modo va avanzando, hasta que consigue salir de debajo del vaso.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

De los "JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"

PIRAMIDE

DESIDERATA

Del problema: "LA PANOPLIA"

Las armas contenidas en la panoplia eran las siguientes:

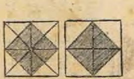
Verduguillo, Arco, Navaja, Honda, Arcabuz, Lanza, Escopeta, Maza, Ballesta, Lanza, Alabarda, Kris, Espada, Lanza, Alfange, Carabina, Yatagán

Las iniciales de cuyos diecisiete nombres, leídas por el orden en que aquí aparecen, nos dan los apellidos de los generales: VAN HALEM, BLAKE, LACY.

Del problema: "LOS SIETE CUADRADOS"

El problema se resuelve haciendo simplemente dos dobleces: el primero consiste en doblar las puntas del cuadro hacia atrás (figura superior), y el segundo en doblar hacia adelante las puntas del nuevo cuadro formado, apareciendo entonces por cada lado un cuadrado del mismo tamaño que los cinco primitivos (figuras inferiores).





Del problema: "LA ALMOHADILLA Y LOS ALFILERES"

En el grabado puede verse la manera de formar un cuadrado perfecto en el que quedaron incluidos cuarenta alfileres.

